

Aristotle and Dante

Discover
the
Secrets
of the
Universe



AMERICAN BOOK AWARD WINNER

BENJAMIN ALIRE SÁENZ



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Esta traducción es realizada sin fines de lucro; es el producto de un trabajo realizado por un grupo de aficionadas que buscan compartir los libros con las personas que por una u otra razón no pueden acceder a estos. Ninguno de los miembros que participaron de este proyecto recibió, ni recibirá, ganancias monetarias por su trabajo. El material expuesto es propiedad intelectual del autor y su respectiva editorial. Si te gustó esta historia y está en tus posibilidades, apoya al autor comprando este libro.

¡Gracias!



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Sinopsis

Aristotle and Dante Discover the Secrets of the Universe

Una novela lírica sobre la familia y la amistad del aclamado autor Benjamin Alire Sáenz.

Aristotle es un joven enfadado con un hermano en prisión. Dante es un sabelotodo que tiene una forma inusual de ver el mundo. Cuando los dos se conocen en la piscina, parecen no tener nada en común. Pero mientras las estrellas solitarias pasan tiempo juntos, descubren que comparten una amistad especial... del tipo que cambia vidas y dura para siempre. Y es a través de esta amistad que Ari y Dante aprenderán las verdades más importantes sobre ellos mismos y el tipo de personas que quieren llegar a ser.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Índice

Sinopsis

**PRIMERA
PARTE Las
diferentes
reglas del
verano**

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

**SEGUNDA
PARTE
Gorriones
cayendo del
cielo**

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

**TERCERA
PARTE
El fin del verano**

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

**CUARTA PARTE
Letras en una
página**

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecisiete	Cinco	Cinco
Dieciocho	Seis	Seis
Diecinueve	Siete	Siete
Veinte	Ocho	Ocho
Veintiuno	Nueve	Nueve
Veintidós	Diez	Diez
Veintitrés	Once	Once
Veinticuatro	Doce	Doce
Veinticinco	Trece	Trece
Veintiséis	Catorce	Catorce
Veintisiete	Quince	Quince
Veintiocho	Dieciséis	Dieciséis
Veintinueve	Diecisiete	Diecisiete
Treinta	Dieciocho	Dieciocho
Treinta y uno		Diecinueve
QUINTA PARTE	SEXTA PARTE	Veinte
Recuerda la	Todos los	Veintiuno
lluvia	secretos del	Poemas
	universo	Sobre el autor
Uno	Uno	Staffs
Dos	Dos	Créditos
Tres	Tres	
Cuatro	Cuatro	



BENJAMIN ALIRE SAENZ

*Para todos los chicos que han tenido que
aprender a jugar con diferentes reglas*

6



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

¿Por qué sonreímos? ¿Por qué reímos? ¿Por qué nos sentimos solos? ¿Por qué estamos tristes y confundidos? ¿Por qué leemos poesía? ¿Por qué lloramos al ver una pintura? ¿Por qué hay un disturbio en nuestro corazón cuando amamos? ¿Por qué sentimos vergüenza? ¿Qué es esa cosa en la boca del estómago que llamamos deseo?



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Primera parte

Las diferentes reglas del verano

El problema con la vida era que era la idea de alguien más.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Uno

Una noche de verano me quedé dormido esperando que el mundo fuese diferente al despertar. En la mañana, al abrir mis ojos, el mundo era el mismo. Aparté las sábanas y me quedé ahí mientras el calor entraba por la ventana abierta.

Mi mano se estiró hacia la radio. *Alone* estaba sonando. Maldición, *Alone*, una canción del grupo llamado *Heart*. Ni mi canción favorita. Ni mi grupo favorito. Ni mi tema favorito. “*No sabes cuánto tiempo...*”

Tenía quince.

Estaba aburrido.

Era miserable.

Tanto como me interesaba, el sol podría haber derretido el azul del cielo. Entonces el cielo podría ser tan miserable como yo.

El DJ estaba diciendo cosas molestas y obvias como:

— ¡Es verano! ¡Está haciendo calor ahí fuera! —Y luego puso esa vieja tonada de *Llanero Solitario*, algo que le gustaba hacer sonar todas las mañanas porque creía que era una buena forma de despertar al mundo—. ¡Hi-yo, Silver! —¿Quién contrató a ese tipo? Me estaba matando. Creo que mientras escuchábamos la *Obertura de William Tell* se suponía que debíamos imaginar al Llanero Solitario y Tonto cabalgando sus caballos por el desierto. Tal vez alguien debía decirle al tipo que no todos tenemos diez años—. ¡Hi-yo, Silver! —Maldición. La voz del DJ estaba al aire de nuevo—. ¡Despierta, El Paso! ¡Es lunes quince



BENJAMIN ALIRE SAENZ

de julio de 1987! ¡1987! ¿Pueden creerlo? ¡Y un gran “Feliz Cumpleaños” va para Waylon Jennings, quien hoy cumple cincuenta años! —¿Waylon Jennings? ¡Esta era una estación de rock, maldición! Pero luego dijo algo que probó la posibilidad de que pudiera tener un cerebro. Contó la historia de cómo Waylon Jennings sobrevivió al accidente aéreo de 1959 que mató a Buddy Holly y Ritchie Valens¹. Con esa nota, puso una versión de *La Bamba* de Los Lobos.

—La Bamba. —Podía enfrentar eso.

Di golpecitos en el suelo de madera con mis pies. Mientras movía la cabeza con el ritmo, medité qué había cruzado la mente de Ritchie Valens antes de que el avión se estrellara contra la imperdonable tierra. *¡Oye, amiguito! Se acabó la música.*

Que la música acabara tan pronto. Que la música acabara cuando acababa de empezar. Eso era realmente triste.

¹ Cantantes y compositores estadounidenses famosos en los años cuarentas y cincuentas que murieron en la “Winter Dance Party”, gira de rock’n’roll en el Medio Oriente en 1959.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Do

Entré en la cocina, mi mamá estaba preparando el almuerzo para una reunión con sus amigas de la iglesia. Me serví un vaso con jugo de naranja.

Mi mamá me sonrió.

—¿Vas a dar los buenos días?

—Estoy pensándolo —le dije.

—Bueno, al menos te levantaste solo de la cama.

—Tuve que pensarlo por un largo tiempo.

— ¿Qué hay con los chicos y el sueño?

—Somos buenos en eso. —Eso la hizo reír—. Como sea, no estaba durmiendo. Estaba escuchando *La Bamba*.

—Richie Valens —dijo ella, casi susurrando—. Qué triste.

—Justo como Patsy Cline.

Asintió. Algunas veces la atrapaba cantando esa canción, *Crazy*, y sonreía. Y ella sonreía. Era como si compartiéramos un secreto. Mi mamá tenía una bonita voz.

—Accidentes de avión —susurró mi mamá. Pienso que estaba hablando más para ella que para mí.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tal vez Richie Valens murió joven, pero hizo algo. Digo, él realmente hizo algo. ¿Yo? ¿Qué he hecho?

—Tienes tiempo —dijo—. Hay bastante tiempo. —La eterna optimista.

—Bueno, tienes que convertirte en alguien primero —le dije.

Ella me dirigió una mirada extraña.

—Tengo quince.

—Sé cuántos años tienes.

—Los de quince años de edad no califican como personas.

Mi mamá se rió. Ella era maestra de secundaria. Sabía que estaba más o menos de acuerdo conmigo.

—Así que ¿de qué es la gran reunión?

—Organizaremos el banco alimenticio.

—¿Banco alimenticio?

—Todos deben comer.

Mi mamá tenía algo por los pobres. Había estado ahí. Sabía cosas sobre el hambre que yo nunca sabré.

—Sí —dije—. Supongo.

—¿Tal vez podrías ayudarnos?

—Claro —le dije. Odiaba que me ofrecieran como voluntario. El problema con mi vida era que la idea era de alguien más.

—¿Qué harás el día de hoy? —Sonaba como un reto.

—Me uniré a una pandilla.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No es gracioso.

—Soy mexicano, ¿no es eso lo que hacemos?

—Sin gracia.

—Sin gracia —dije. Bien, sin gracia.

Tenía la urgencia de salir de casa. No es que tuviera algún lugar al que ir.

Cuando mi mamá tenía aquí a sus amigas de la iglesia católica, me sentía como si me estuviera asfixiando. No era tanto que todas ellas tuvieran más de cincuenta años... no era eso. Y ni siquiera era sobre todos sus comentarios de cómo me convertía en un hombre delante de sus ojos. Digo, sé reconocer mentiras cuando las oigo. Y así como estas mentiras iban, estas eran buenas, inofensivas y amables. Podía soportar el que me tomaran por los hombros diciéndome "Déjame ver. Déjame ver. Ay que muchacho tan guapo. Te pareces a tu papá²". No que hubiera algo que ver. Solo era yo. Y sí, sí me parecía a mi papá. No pensaba que eso fuera la gran cosa.

Pero realmente lo que me molestaba era que mi mamá tuviera más amigos que yo. ¿Qué tan triste era eso?

Decidí ir a nadar a la piscina del Parque Memorial. Era una idea pequeña. Pero al menos era mi idea.

Mientras atravesaba la puerta, mi madre tomó la vieja toalla que llevaba al hombro y la cambió por una mejor. Había ciertas reglas en el mundo de mi mamá respecto a las toallas que yo no entendía. Pero estas reglas no solo eran para las toallas.

² En español en el original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Miró mi playera.

Conocía una mirada de desaprobación cuando la veía. Antes de que me mandara a cambiar, le di una de mis propias miradas.

—Es mi playera favorita —le dije.

—¿No la usaste ayer?

—Sí —dije—. Es de Carlos Santana.

—Sé quién es —me dijo.

—Me la dio mi papá en mi cumpleaños.

—Según recuerdo no estabas muy emocionado cuando abriste tu regalo.

—Esperaba algo más.

— ¿Algo más?

—No lo sé. Otra cosa. ¿Una playera por mi cumpleaños? —Miré a mi mamá—. Supongo que no lo comprendo.

—No es tan complicado, Ari.

—No habla

—A veces cuando la gente habla, no siempre dice la verdad.

—Supongo —le dije—. De todas maneras, ahora realmente me gusta la playera.

—Puedo verlo. —Ella estaba sonriendo.

Yo también estaba sonriendo.

—Papá la consiguió en su primer concierto.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Yo estaba ahí. Lo recuerdo. Está vieja y maltratada.

—Soy sentimental.

—Claro que lo eres.

—Mamá, es verano.

—Sí —dijo—. Es verano.

—Reglas diferentes —le dije.

—Reglas diferentes —repitió.

Me encantaban las reglas diferentes del verano. Mi madre las estableció.

Me alcanzó y peinó con sus dedos.

—Prométeme que no la usarás mañana.

—De acuerdo —contesté—. Lo prometo. Pero solo si tú prometes no ponerla en la secadora.

—Tal vez deje que tú mismo la laves. —Me sonrió—. No te ahogues.

Le devolví la sonrisa.

—Si lo hago no des mi perro en adopción.

Lo cosa del perro era una broma. No teníamos uno.

Mamá entendía mi sentido del humor. Y yo el suyo. Éramos buenos de esa manera. No que mi mamá no tuviera algún misterio. Una cosa que yo completamente comprendía... entendía por qué mi padre se enamoró de ella. Por qué ella se enamoró de él, es algo que no puedo comprender. Una vez cuando tenía como seis o siete años, estaba muy molesto con mi padre porque quería que él jugara conmigo y él parecía tan distante.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Era como si ni siquiera estuviera ahí. Le pregunté a mamá con todo mi enojo infantil:

—¿Cómo pudiste casarte con ese tipo? —Ella me sonrió y peinó con sus dedos. Era su maña. Me miró directamente a los ojos y tranquilamente me dijo:

—Tu padre era hermoso. —Ni siquiera dudó.

Quería preguntarle qué era lo que había pasado con toda esa belleza.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

Cuando caminé hacia el calor del día, incluso las lagartijas sabían que era mejor no andar merodeando. Incluso los pájaros descansaban. Los parches de asfalto que cubrían las grietas de las calles se estaban derritiendo. El azul del cielo era pálido e imaginé que tal vez todos se habían ido de la ciudad y de este calor. O tal vez todos habían muerto como en una de esas películas de ciencia ficción y yo era el último chico sobre la Tierra. Pero en cuanto el pensamiento pasó por mi cabeza, un grupo de chicos que vivían en mi vecindario pasaron junto a mí en sus bicicletas, haciéndome desear ser el último chico sobre la Tierra. Se iban riendo y bromeando, y parecía que estaban teniendo un buen momento. Uno de los chicos me gritó:

—¡Oye! Mendoza, ¿saliendo con todos tus amigos?

Agité la mano, pretendiendo tomarlo bien, ja ja ja. Y entonces les hice la señal del pájaro³.

Uno de los chicos se detuvo y regresó hacia mí en su bicicleta

—¿Quieres hacerlo de nuevo? —me dijo.

Y le di el pájaro de nuevo.

Detuvo su bicicleta justo frente a mí, tratado de intimidarme con su mirada.

³ Se refiere a que le mostró el dedo del medio.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No estaba funcionando. Sabía quién era él. Su hermano, Javier, trató de meterse conmigo una vez, y lo golpeé. Enemigos de por vida. No me arrepentía. Sí, bueno, yo también tenía mi temperamento. Lo admito.

Él puso una voz maliciosa. Como si me asustara.

—No te metas conmigo, Mendoza.

Le di el pájaro de nuevo y señalé hacia su cara como si fuera una pistola. Él se bajó de su bicicleta. Había un montón de cosas a las que yo le tenía miedo, pero no a chicos como él.

La mayoría de los chicos no se metían conmigo. Ni siquiera aquellos que andaban en grupitos. Solo pasaban en sus bicicletas junto a mí y gritaban cosas. Todos ellos tenían trece o catorce años y meterse con chicos como yo era solo un pasatiempo. Mientras sus voces se desvanecían, empezaba a sentir lástima por mí mismo.

Sentir pena por mí mismo era un arte. Pienso que a una parte de mí le gustaba hacerlo. Tal vez tenía algo que ver con mi nacimiento. Sabes, pienso que eso tenía que ser. No me gustaba que supuestamente fuera un hijo único. No sabía cómo más pensar sobre mí mismo. Era un hijo único sin realmente ser uno. Esoapestaba.

Mis hermanas gemelas eran doce años más grandes que yo. Doce años era toda una vida. Juro que lo era. Y ellas siempre lograban hacerme sentir como un bebé o un juguete o un proyecto o una mascota. Realmente me gustan los perros, pero a veces tenía la sensación de que no era más que la mascota de la familia. Esa es la palabra en español para el perro que es la mascota de la familia. Mascoto. Mascota. Genial. Ari, la mascota de la familia.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Y mi hermano, él era once años mayor. Él era todavía menos accesible conmigo que mis hermanas. No podía ni siquiera mencionar su nombre. ¿A quién demonios le gustaba hablar de sus hermanos mayores cuando están en prisión? No a mis padres, eso era seguro. Ni a mis hermanas tampoco. Tal vez todo ese silencio hacia mi hermano me hacía algo. Creo que lo hacía. El no hablar puede hacer a un chico bastante solitario.

Mis padres eran jóvenes y batallaron con mis hermanos cuando nacieron. "Batallar" es la palabra favorita de mis padres. En algún momento mientras terminaban la universidad y después de tres hijos, mi padre se unió a la marina. Entonces se fue a la guerra.

La guerra lo cambió.

Yo nací cuando él regresó a casa.

A veces pienso que mi padre tiene todas estas cicatrices. En su corazón. En su mente. En todo él. No es tan fácil ser el hijo de un hombre que ha ido a la guerra. Cuando tenía ocho, escuché a mi madre hablar con mi tía Ophelia en el teléfono.

—No creo alguna vez vaya a terminar para él.

Después le pregunté a mi tía Ophelia si eso era cierto.

—Sí —me dijo—, es verdad.

—¿Pero por qué la guerra no deja en paz a mi papá?

—Porque tu padre tiene conciencia —me dijo

—¿Qué le pasó en la guerra?

—Nadie sabe.

—¿Por qué no lo cuenta?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Porque no puede.

Así que así era. Cuando tenía ocho no sabía nada sobre la guerra. Ni siquiera sabía qué era “conciencia.” Lo único que sabía era que algunas veces mi papá estaba triste. Odiaba cuando estaba triste. También me ponía triste. No me gustaba estar triste.

Así que era el hijo de un hombre en el que Vietnam vivía dentro de él. Sí, tenía todo tipo de razones trágicas para sentir pena por mí mismo. Tener quince años tampoco ayudaba. A veces pensaba que tener quince era la peor tragedia de todas.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

Cuando llegué a la piscina, tuve que tomar una ducha. Esa era una de las reglas. Sí, reglas. Odiaba tener que tomar una ducha con un montón de chicos más. No sé, simplemente no me gustaba. Sabes, a algunos chicos les gusta hablar mucho, como si fuera algo normal estar en las regaderas con un montón de chicos y hablar sobre el profesor que odiabas o la última película que viste o la chica con la que querías hacer algo. No yo, no tenía nada que decir. Chicos en las regaderas. No era lo mío.

Caminé hacia la piscina y me senté en la parte más baja y puse mis pies en el agua.

¿Qué haces en una alberca cuando no sabes nadar? Aprender. Supongo que esa es la respuesta. Había aprendido a manejar mi cuerpo para que flotara. De alguna manera, tropecé con algún principio de la física. Y la mejor parte de todo era que el descubrimiento lo hice por mi cuenta.

Todo por mi cuenta. Estaba enamorado de esa frase. No era muy bueno en pedir ayuda, un mal hábito que heredé de mi padre. Y como sea, los instructores de nado quienes se hacían llamar salvavidas apostaban. Ellos no estaban interesados en enseñar a un mocoso flacucho de quince años a nadar. Estaban más interesados en las chicas a las que de pronto les crecían los pechos. Estaban obsesionados con los pechos. Esa era la verdad. Escuché a uno de los salvavidas hablando con otro que se suponía estaba cuidando a un grupo de pequeños niños:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Una chica es como un árbol cubierto de hojas. Solo quieres trepar y tirar de todas ellas.

El otro guardia se carcajeó.

—Eres un idiota —le dijo.

—Nah, soy un poeta —le contestó—. Un poeta del cuerpo.

Y entonces ambos rompieron en carcajadas.

Sí, seguro, ambos estaban en ciernes de Walt Whitman. Verás, el caso es que no me importaba andar alrededor de los chicos. Digo, los chicos me hacen sentir incómodo. No sé por qué, no exactamente. Es solo que, no lo sé, simplemente no pertenecía. Creo que me avergonzaba hasta el infierno ser un chico. Y lo que realmente me deprimía es que hubiera una buena posibilidad de que yo terminara creciendo y terminara siendo como uno de estos idiotas. ¿Una chica es como un árbol? Sí, y un chico es tan inteligente como un pedazo de leña infestado con termitas. Mi madre solo hubiera dicho que era porque estaban pasando por una fase. Y pronto tendrían sus cerebros en su lugar. Seguro que lo tendrían.

Tal vez la vida solo era una serie de fases... una fase después de otra después de otra. Tal vez, dentro de unos años, estaría pasando por la misma fase que esos salvavidas de dieciocho años. No que yo creyera en la teoría de mi mamá sobre las fases. No me sonaba como una explicación, sonaba como una excusa. Creo que mamá no entendía por completo esto de los chicos. Yo tampoco entendía las cosas de chicos. Y yo era un chico.

Tenía la sensación de que algo estaba mal en mí. Supongo que yo era un misterio hasta para mí mismo. Eso apestaba. Tenía serios problemas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Una cosa era cierta: no había posibilidad de que le pidiera a uno de esos idiotas que me ayudara a nadar. Era mejor estar solo y miserable. Era mejor ahogarme.

Así que me quedé conmigo mismo y más o menos floté. No que me estuviera divirtiéndome.

Ahí es cuando escuché esa voz, algo chillona.

—Puedo enseñarte cómo nadar.

Me moví hacia la orilla de la alberca y me paré dentro del agua, entrecerrando los ojos por la luz del sol. Él se sentaba en el borde de la alberca. Lo miré con recelo. Si un chico se estaba ofreciendo a enseñarme a nadar, entonces seguro que no tenía vida social. ¿Dos chicos sin vida? ¿Qué tan divertido podría ser eso?

Tenía una regla, era mejor estar aburrido con uno mismo que aburrirse con alguien más. Me regía por esa regla. Tal vez por eso era que no tenía amigos.

Él me miró. Esperando. Y después me volvió a preguntar.

—¿Puedo enseñarte a nadar, si tú quieres?

Como que me gustaba más o menos su voz. Sonaba como si tuviera frío, sabes, como si estuviera a punto de perder su voz.

—Hablas gracioso —le dije.

—Alergias —contestó.

—¿A qué eres alérgico?

—Al aire —me dijo.

Eso me hizo reír.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Me llamo Dante —dijo.

Eso me hizo reír aún más fuerte.

—Lo siento —le dije.

—Está bien. La gente suele reírse de mi nombre.

—No, no —contesté—. Verás, es solo que mi nombre es Aristotle.

Sus ojos se iluminaron. Digo, el chico estaba listo para escuchar cada palabra que yo dijera.

—Aristotle —repetí.

Y entonces los dos nos pusimos un poquito locos. Riendo.

—Mi padre es un profesor de inglés —me dijo.

—Al menos tú tienes una excusa. Mi padre es un cartero. Aristotle es la versión inglesa del nombre de mi abuelo. —Y entonces le pronuncié el nombre de mi abuelo con seriedad y con un acento mexicano—: Aristóteles. Y mi primer nombre es Angel. —Y entonces sé lo dije en español—: Ángel.

—¿Tu nombre es Angel Aristotle?

—Sí. Ese es mi verdadero nombre.

Nos reímos nuevamente. No podíamos parar. Me preguntaba de qué nos estábamos riendo. ¿Era solo por nuestros nombres, nos estábamos riendo porque estábamos relajados? ¿Estábamos felices? Reír era un misterio de la vida.

—Solía decirle a la gente que mi nombre era Dan. Digo, ya sabes, solo quitaba dos letras. Pero dejé de hacerlo, no era honesto. Y de todas maneras, siempre me descubrían. Y me sentía como un mentiroso y un



BENJAMIN ALIRE SAENZ

idiota. Estaba avergonzado de mí mismo por avergonzarme de mí mismo. Y no me gustaba sentirme de esa manera. —Sacudió sus hombros.

—Todo mundo me llama Ari —le dije.

—Mucho gusto, Ari.

Me gustaba la manera en que dijo “Mucho gusto, Ari”. Como sí en verdad lo sintiera.

—De acuerdo —le dije—. Enséñame cómo nadar. —Creo que se lo dije como si estuviera haciéndole un favor. Él o no se dio cuenta o no le importó.

Dante era un excelente maestro. Era un verdadero nadador, entendía todo el funcionamiento del movimiento de mis brazos, piernas y la respiración, entendía cómo el cuerpo funcionaba mientras estaba en el agua. El agua era algo que él amaba, algo que él respetaba. Entendía su belleza y sus peligros. Hablaba como si nadar fuera un estilo de vida. Tenía quince años. ¿Quién era este chico? Su apariencia era un poco frágil, pero él no lo era. Era disciplinado y valiente, bien informado y no pretendía ser estúpido y ordinario. No era ninguna de esas dos cosas.

Era gracioso, valiente y centrado. Me refiero a que el tipo podía ser feroz. Y no había nada de malicioso en él. No podía entender cómo podías vivir en un mundo malicioso y no tener nada de esa maldad que te rodea. ¿Cómo podía un chico vivir sin alguna maldad?

25 Dante se convirtió en un misterio más en un universo lleno de misterios.

Todo ese verano, nadamos, leímos cómics, libros y discutimos sobre ellos. Dante tenía todos los viejos cómics de *Superman* de su padre. Él



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

los amaba. También le gustaban Archie y Verónica. Yo odiaba esa basura.

—No es basura —me dijo.

A mí, me gustaba *Batman*, *El Hombre Araña* y *Hulk el hombre increíble*.

—Demasiado oscuro —dijo Dante.

—Esto lo dice el chico que ama *Corazón de la oscuridad* de Conrad.

—Eso es diferente —me dijo—. Conrad escribió literatura.

Yo siempre estaba discutiendo que los cómics también eran literatura. Pero la literatura era algo muy serio para Dante. No recuerdo haberle ganado alguna discusión. Era mejor discutiendo. Y era un mejor lector. Leí el libro de Conrad solo por él. Cuando terminé de leerlo, le dije que odiaba el libro.

—Excepto —dije—, es verdad. El mundo es un lugar oscuro. Conrad está en lo cierto con eso.

—Tal vez tu mundo, Ari, no el mío.

—Sí, sí —contesté.

—Sí, sí —replicó.

La verdad es que le mentí. Amé ese libro. Pensaba que era lo más bonito que alguna vez había leído. Cuando mi padre se dio cuenta que estaba leyéndolo, me dijo que era uno de sus libros favoritos. Quería preguntarle si lo había leído antes o después de haber ido a pelear a Vietnam. No era bueno hacer preguntas a mi padre. Nunca las contestaba.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tenía la idea de que Dante leía porque le gustaba leer. Yo, leía porque no tenía nada más que hacer. Él analizaba cosas. Yo solo las leía. Tenía la idea de que yo tenía que investigar más palabras en el diccionario en comparación con él.

Yo era más oscuro que él. Y no solo me refiero al color de mi piel. Él me dijo que yo tenía una visión más trágica de la vida.

—Por eso te gusta *El Hombre Araña*.

—Solo soy más mexicano —le dije—, los mexicanos son gente trágica.

—Tal vez sí —contestó.

—Tú eres el estadounidense optimista.

—¿Eso es un insulto?

—Puede serlo —le dije.

Nos reímos. Siempre nos reíamos.

No nos parecíamos, Dante y yo. Pero sí teníamos algunas cosas en común. Por ejemplo, ninguno de los dos tenía permitido ver la televisión durante el día. A nuestros padres no les gustaba lo que la televisión hacía con las mentes de los chicos. Crecimos con conversaciones que sonaban más o menos así: ¡eres un chico! ¡Sal de aquí y ve a hacer algo! Hay un mundo fuera esperando por ti...

Dante y yo éramos los dos últimos chicos en Estados Unidos que crecieron sin televisión. Me pregunto un día:

—¿Crees que tus padres tengan razón, que hay un mundo esperando por nosotros?

—Lo dudo —contesté.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Él rió.

Y entonces tuve esta idea.

—Tomemos el autobús y veamos qué hay allá fuera.

Dante sonrió. Nos enamoramos de pasear en autobús. A veces nos íbamos en el autobús toda la tarde. Le dije a Dante:

—La gente rica no viaja en autobús.

—Por eso es que nos gusta.

—Tal vez así sea —dije—. ¿Somos pobres?

—No. —Entonces sonrió—. Si huimos de casa, ambos seremos pobres.

Pensé que eso era algo muy interesante de decir.

—¿Lo harías? —dije—. ¿Huir?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te diga un secreto?

—Seguro.

—Estoy loco por mi mamá y papá.

Eso realmente me hizo sonreír. Nunca había escuchado a alguien decir eso sobre sus padres. Digo, nadie estaba loco por sus padres. Excepto Dante.

Y entonces susurró en mi oído.

—Esa señora que está a dos asientos delante de nosotros, creo que está teniendo una aventura.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Cómo puedes saberlo? —le dije en voz baja.

—Ella se quitó su sortija de matrimonio y se subió al autobús.

Asentí y sonreí.

Hacíamos historias sobre los otros pasajeros del autobús.

Por todo lo que sabíamos, ellos estaban escribiendo historias sobre nosotros.

Nunca he sido muy allegado a otra gente. Era básicamente un solitario. Jugaba basquetbol y béisbol e iba a eso de los exploradores, intentaba eso de ser un Chico Explorador, pero siempre mantenía mi distancia de los otros chicos. Nunca me sentí ser parte de su mundo.

Chicos. Los veía. Los estudiaba.

Al final, no encontraba en la mayoría de ellos algo interesante. De hecho estaba bastante asqueado.

Tal vez era un poco desdeñoso. Pero no creo que lo fuera. Solo no entendía cómo hablar con ellos, cómo ser yo mismo con ellos. Estar rodeado por otros chicos no me hacía sentir inteligente. Me hacía sentir estúpido e inadecuado. Era como si ellos fueran parte de un club al que yo no pertenecía.

Cuando fui lo suficiente grande como para ser un Chico Explorador, le dije a mi padre que no lo iba a hacer. No podía soportarlo más.

—Dale un año —me dijo mi padre. Mi papá sabía que a veces me gustaba pelear. Él siempre andaba dándome pláticas sobre la violencia física. Estaba intentando mantenerme fuera de las pandillas en mi escuela. Trataba de mantenerme alejado de todo aquello en lo que se convirtió mi hermano quien terminó en prisión. Así que, por culpa de mi



BENJAMIN ALIRE SAENZ

hermano, a quién no se mencionaba en casa, tenía que convertirme en un buen Chico Explorador. Esoapestaba. ¿Por qué tenía que ser un buen chico solo por tener un chico malo como hermano? Odiaba como papá y mamá hacían los cálculos familiares.

Le seguí la corriente a mi papá. Le di un año. Lo odié, excepto cuando aprendí como dar RCP⁴. Digo, no me gustaba eso de dar respiración a alguien más en la boca. Eso me asustaba. Pero de alguna manera todo eso me fascinaba, cómo poder reiniciar un corazón de nuevo. No lograba entender la ciencia de ello del todo. Pero después de obtener una insignia por aprender cómo resucitar a alguien, renuncié. Llegué a casa y le di a mi papá la insignia.

—Creo que estás cometiendo un error. —Eso fue todo lo que me dijo.

No voy a terminar en la cárcel. Era lo que le quería decir. Pero solo mantuve cerrada la boca.

—Si me haces regresar, juro que empezaré a fumar hierva.

Mi padre me dio una mirada rara.

—Es tu vida —me dijo. Como si eso fuera eso cierto. Y otra cosa sobre mi padre: él no daba sermones. No reales. Lo que me enfurecía. No era un tipo malo. Y no tenía un mal carácter. Hablaba en sencillas frases: "Es tu vida", "Dale una oportunidad", "¿Estás seguro que no quieres hacer esos?" ¿Por qué no solo podía platicar? ¿Cómo podía conocerlo si él no me dejaba? Odiaba eso.

30

Me iba bien. Tenía amigos en la escuela. Más o menos. No era sumamente popular. ¿Cómo podía serlo? Para ser popular tenías que

⁴ RCP: Resucitación Cardio-pulmonar, incluye el dar respiración boca a boca.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

hacer creer a la gente que eres divertido e interesante. Yo no era un artista de la farsa.

Había un par de chicos con los que solía andar, los hermanos Gomez. Pero se mudaron. Y había un par de chicas, Gina Navarro y Susie Byrd, a quienes les gustaba atormentarme como pasatiempo. Chicas. Eran un misterio también. Todo era un misterio.

Supongo que no lo tenía tan mal. Tal vez nadie me quería, pero tampoco era uno de esos chicos a los que todo mundo odiaba.

Era bueno en una pelea. Por lo que la gente me dejaba solo.

Era casi invisible. Creo que me gustaba de esa manera.

Y entonces Dante llegó.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

Después de mi cuarta lección de nado, Dante me invitó a su casa. Él vivía a menos de una cuadra de la piscina en una vieja casa grande frente al parque.

Me presentó a su padre, el profesor de inglés, nunca había conocido a un hombre mexicano-estadounidense que fuera un profesor de inglés. No sabía que ellos existían. Y en serio, él no se veía como un profesor. Era joven, atractivo, agradable y parecía que una parte de él seguía siendo un joven. Parecía un hombre que estaba enamorado de estar vivo. Tan diferente de mi padre, quien siempre había mantenido su distancia del mundo. Había una oscuridad en mi padre que no entendía. El padre de Dante no tenía nada de oscuridad en él. Incluso sus ojos negros parecían llenos de luz.

Esa tarde, cuando conocí al padre de Dante, él estaba usando unos jeans y una camiseta y estaba sentado en una silla de cuero en su oficina, leyendo un libro. Nunca había conocido a nadie que realmente tuviera una oficina en su propia casa.

Dante caminó hacia su padre y lo besó en la mejilla. Yo nunca hubiese hecho eso. Nunca.

—No te afeitaste esta mañana, papá.

—Es verano —dijo su papá.

—Eso significa que no tienes que trabajar.

—Eso significa que tengo que terminar de escribir mi libro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Escribir un libro no es trabajo.

El padre de Dante rió con fuerza cuando él dijo eso.

—Tienes mucho que aprender sobre el trabajo.

—Es verano, papá. No tengo que escuchar sobre el trabajo.

—Nunca quieres escuchar sobre el trabajo.

A Dante no le gustaba a dónde estaba yendo la conversación por lo que intentó cambiar el tema.

—¿Te vas a dejar crecer una barba?

—No. —Él rió—. Está haciendo demasiado calor. Y además, tu madre no me besaría si pasó más de un día sin afeitarme.

—Vaya, es estricta.

—Sí.

—¿Y qué harías sin sus besos?

Él sonrió, luego me volvió a ver.

—¿Cómo toleras a este tipo? Tú debes ser Ari.

—Sí, señor. —Estaba nervioso. No estaba acostumbrado a conocer los padres de nadie. La mayoría de los padres que había conocido en mi vida no estaban interesados en hablar conmigo.

Él se levantó de su silla y dejó el libro. Caminó hacia mí y sacudió mi mano.

—Soy Sam —dijo—. Sam Quintana.

—Encantado de conocerlo, señor Quintana.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Había escuchado esa frase, encantado de conocerlo, mil veces. Cuando Dante me la había dicho había sonado real. Pero cuando yo lo dije se había sentido estúpido y poco original, quise esconderme en algún lugar.

—Puedes llamarme Sam —dijo.

—No puedo —dije. Dios, quería esconderme.

Él asintió.

—Eso es dulce —dijo—. Y respetuoso.

La palabra “dulce” nunca había pasado los labios de mi padre.

Él le dirigió a Dante una mirada.

—El joven tiene algo de respeto. Tal vez puedas aprender algo de él, Dante.

—¿Estás diciendo que quieres que te llame señor Quintana?

Ambos evitaron reír. Él dirigió su atención a mí.

—¿Cómo estaba la piscina?

—Dante es un buen profesor —dije.

—Dante es bueno en muchas cosas. Pero no es muy bueno limpiando su habitación. Limpiar la habitación está muy cercano a la palabra trabajo.

34

Dante le disparó una mirada.

—¿Es esa una indirecta?

—Eres rápido, Dante. Debiste haber ganado eso de tu madre.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No seas un sabiondo, papá.

—¿Cuál es esa palabra que acabas de usar?

—¿Esa palabra te ofende?

—No es la palabra. Tal vez es la actitud.

Dante rodó sus ojos y se sentó en la silla de su padre. Se quitó sus zapatillas deportivas.

—No te acomodes mucho. —Señaló hacia arriba—. Hay una pocilga ahí arriba con tu nombre.

Eso me hizo sonreír, la forma en que se relacionaban, la facilidad y el afecto con que hablaban como si el amor entre padre e hijo fuera simple y sin complicaciones. Lo que teníamos entre mi mamá y yo algunas veces era simple y sin complicaciones. A veces. Pero entre mi papá y yo, no teníamos eso. Me pregunté cómo sería, entrar en una habitación y besar a mi padre.

Subimos las escaleras y Dante me mostró su dormitorio. Era uno grande con cielorraso alto, suelo de madera y varias ventanas viejas para dejar entrar la luz. Había cosas por todas partes. Ropa esparcida por todo el suelo, una pila de viejos álbumes, libros por todas partes, cuadernos de notas con cosas escritas. Fotografías Polaroid, un par de cámaras, una guitarra sin cuerdas, partituras y una pizarra con notas y fotografías.

Él puso algo de música. Tenía un tocadiscos. Un verdadero tocadiscos de los sesentas.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Era de mi mamá —dijo—. Iba a tirarlo. ¿Puedes creerlo? —Puso *Abbey Road*⁵, su álbum favorito—. Vinilo —dijo—. Vinilo de verdad. Nada de esa mierda de casetes.

—¿Qué hay de malo con casetes?

—No confío en ellos.

Creí que eso era algo raro que decir. Gracioso y raro.

—Los discos se rayan fácilmente.

—No si los cuidas.

Miré alrededor de su desordenada habitación.

—Veo que realmente te gusta cuidar las cosas.

Él no se enojó, se rió.

Me pasó un libro.

—Ten —dijo—, puedes leerlo mientras limpio mi habitación.

—Quizá simplemente puedo, ya sabes, dejarte... —Me detuve. Mis ojos echaron un vistazo a la desordenada habitación—. Asusta un poco este lugar.

Él sonrió.

—No —dijo—. No te vayas. Odio limpiar mi habitación.

—Tal vez si no tuvieras tantas cosas.

—Son solo cosas —dijo.

⁵ *Abbey Road*: duodécimo y último álbum de estudio de la banda The Beatles, se estrenó en 1969.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No dije nada. Yo no tenía cosas.

—Si te quedas no será tan malo.

De alguna forma me sentí fuera de lugar... pero...

—Bien —dije—. ¿Debería ayudar?

—No. Es mi trabajo —dijo con un tipo de resignación—. Como diría mi mamá: “Es tu responsabilidad, Dante”. Responsabilidad es la palabra favorita de mi madre. Ella no cree que mi padre me presione lo suficiente. Por supuesto él no lo hace. Quiero decir, ¿qué espera? Papá no presiona. Ella se casó con él. ¿No sabe qué clase de tipo es?

—¿Siempre analizas a tus padres?

—Ellos nos analizan, ¿no?

—Es su trabajo, Dante.

—Dime que tú no analizas a tu mamá y papá.

—Supongo que lo hago. No hace nada de bien. No los he descifrado aún.

—Bueno, yo descifré a mi papá... no a mi mamá. Mamá es el mayor misterio del mundo. Quiero decir, es predecible cuando se refiere a ser madre. Pero realmente es inescrutable.

“Inescrutable”, sabía que cuando llegara a casa tendría que buscar esa palabra.

Dante me miró como si fuera mi turno de decir algo.

—Yo he descifrado a mi madre en gran parte —dije—. Mi papá. Él también es inescrutable. —Me sentí como un fraude usando esa palabra. Tal vez esa era la cosa sobre mí. No era un chico real, era un fraude.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Él me dio un libro de poesía.

—Lee esto —dijo. Nunca antes había leído un libro de poemas y no estaba seguro de saber cómo leer un libro de poemas. Lo miré con una expresión en blanco.

—Poesía —dijo—. No te matará.

—¿Qué si lo hace? Chico Muere de Aburrimiento Mientras Lee Poesía.

Él intentó no reír, pero no era bueno controlando toda la risa que vivía dentro de él. Él sacudió su cabeza y empezó a reunir toda la ropa del suelo.

Señaló hacia una silla.

—Solo tira eso al suelo y siéntate.

Tomé una pila de libros de arte y un cuaderno de bosquejos y los dejé en el suelo.

—¿Qué es esto?

—Un cuaderno de bocetos.

—¿Puedo verlo?

Negó con la cabeza.

—No me gusta mostrárselo a nadie.

Eso era interesante... que tuviera bocetos.

Señaló el libro de poesía.

—En serio, no te matará.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Toda la tarde, Dante limpió. Y yo leí el libro de poemas de un poeta llamado William Carlos Williams. Nunca había escuchado de él, pero nunca había escuchado de nadie. Y realmente entendí algo de eso. No todo, pero algo. Y no lo odié. Eso me sorprendió. Era interesante, no estúpido o tonto o lleno de sabiduría o muy intelectual... nada de esas cosas que pensaba que eran los poemas. Algunos poemas eran más fáciles que otros. Algunos eran inescrutables. Estaba pensando que tal vez sí conocía el significado de esa palabra.

Empecé a pensar que esos poemas eran como personas. A algunas personas las entendías inmediatamente. A algunas personas simplemente no las entendías... y nunca lo harías.

Estaba impresionado por el hecho de que Dante podía ser tan sistemático en la forma en que organizaba todo en su habitación. Cuando habíamos entrado, el lugar había sido un desastre. Pero cuando terminó, todo estaba en su lugar.

El mundo de Dante tenía orden.

Había organizado todos sus libros en una repisa y en su escritorio.

—Mantengo los libros que leeré luego en mi escritorio —dijo. Un escritorio. Un escritorio de verdad. Cuando yo tenía que escribir algo, usaba la mesa de la cocina.

Él me quitó el libro de poemas y empezó a buscar uno. El poema se titulaba “Muerte”. Él era tan perfecto en su recién organizada habitación, el sol del oeste entrando, su rostro en la luz y el libro en su mano como si debiera estar ahí, en sus manos, y solamente en sus manos. Me gustó su voz mientras leía el poema como si él lo hubiese escrito:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

*Él está muerto
el perro ya no tendrá que
dormir en sus papas
para evitar que se
congelen*

*Él está muerto
el viejo bastardo...⁶*

Cuando Dante leyó la palabra “bastardo” sonrió. Supe que amaba decirla porque era una palabra que no se le permitía usar, una palabra prohibida. Pero en su habitación, podía leer esa palabra y hacerla suya.

Toda la tarde, me senté en la cómoda silla en el dormitorio de Dante y él se quedó acostado en su cama recién hecha. Y leyó poemas. No me preocupé por entenderlos.

No me importaba lo que significaban. No me importaba porque lo que importaba era que la voz de Dante se sentía real. Y yo me sentí real. Hasta Dante, estar con otra gente había sido lo más difícil en el mundo para mí. Pero Dante hacía que hablar, vivir y sentir parecían cosas perfectamente naturales. No en mi mundo, no lo eran.

Me fui a casa y busqué la palabra “inescrutable”. Significa algo que no era fácilmente entendible. Escribí todos los sinónimos en mi diario. “Oscuro”. “Impenetrable”. “Enigmático”. “Misterioso”.

Esa tarde aprendí dos palabras nuevas. “Inescrutable”. Y “amigo”.

Las palabras eran diferentes cuando vivían dentro de ti.

⁶ Poema completo al final del documento.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Seis

Una tarde, Dante vino a mi casa y se presentó a mis padres.
¿Quién hacía cosas así?

—Soy Dante Quintana —dijo.

—Él me enseñó a nadar —dije. No sé por qué, pero solo necesitaba confesarles ese hecho a mis padres. Y luego miré a mi mamá—. Tú dijiste no te ahogues... por lo que encontré a alguien que me ayudara a mantener esa promesa.

Mi papá miró a mi mamá. Creo que estaban sonriendo el uno al otro. Sí, pensaban, finalmente ha encontrado un amigo. Lo odié.

Dante le dio la mano a mi papá... luego le entregó un libro.

—Les traje un regalo —dijo.

Me quedé ahí y lo observé. Había visto el libro en la mesa de café en su casa. Era un libro de arte lleno del trabajo de artistas mexicanos. Él parecía tan adulto, no como un joven de quince años. De alguna manera, incluso su largo cabello sin cepillar lo hacía parecer más adulto.

Mi papá sonrió mientras estudiaba el libro, pero luego dijo:

—Dante, esto es muy generoso... pero no sé si puedo aceptarlo. —Mi papá sostuvo el libro cuidadosamente, temeroso de dañarlo.

Él y mi madre intercambiaron miradas. Mi mamá y papá hacían eso muy a menudo. Les gustaba hablar sin hablar. Inventaba cosas sobre lo que se decían con esas miradas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Es sobre arte mexicano —dijo Dante—. Así que tiene que tomarlo.

Casi podía ver su mente trabajando mientras pensaba en un argumento convincente. Un argumento convincente que fuera verdad.

—Mis padres no querían que viniera con las manos vacías. —Él miró a mi papá muy seriamente—. Así que tiene que tomarlo.

Mi madre tomó el libro de las manos de mi padre y miró la portada.

—Es un hermoso libro. Gracias, Dante.

—Debería agradecerle a mi papá. Fue su idea.

Mi padre sonrió. Esa era la segunda vez en menos de un minuto que mi padre sonreía. Esa no era una ocurrencia común. Papá no era muy sonriente.

—Agradécele a tu padre de mi parte, ¿sí, Dante?

Mi padre tomó el libro y se sentó con este. Como si fuera algún tipo de tesoro. Verás, no entendía a mi papá. Nunca podía adivinar cómo reaccionaría a las cosas. Nunca.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Siete

— **N**o hay nada en tu habitación.

—Hay una cama, una radio-reloj, una mecedora, una estantería, algunos libros. Eso no es nada.

—Nada en las paredes.

—Quité los pósteres.

—¿Por qué?

—No me gustaban.

—Eres como un monje.

—Sí. Aristotle el monje.

—¿No tienes pasatiempos?

—Claro. Observar las paredes vacías.

—Tal vez serás un sacerdote.

—Tienes que creer en Dios para ser un sacerdote.

—¿No crees en Dios? ¿Ni un poco?

—Tal vez un poco. Pero no mucho.

—¿Entonces eres agnóstico?

—Claro. Un agnóstico católico.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Eso realmente hizo que Dante riera.

—No lo dije para que fuera gracioso.

—Lo sé. Pero es gracioso.

—¿Crees que es malo... dudar?

—No. Creo que es inteligente.

—No creo que sea inteligente. No como tú, Dante.

—Eres listo, Ari. Muy listo. Y de todas formas, ser inteligente no lo es todo. Las personas se burlan de ti. Mi papá dice que está bien si las personas se burlan de ti. ¿Sabes qué me dijo? Dijo: “Dante, eres un intelectual. Eso es quién eres. No te avergüences de eso”.

Noté que su sonrisa era un poco triste. Tal vez todos estaban un poco tristes. Tal vez sí.

—Ari, intento no estar avergonzado.

Sabía lo que era estar avergonzado. Solo que Dante sabía por qué. Y yo no.

Dante. Realmente me gustaba. De verdad me gustaba.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ocho

Observé a mi padre pasar por las páginas. Era obvio que amaba el libro. Y por ese libro aprendí algo nuevo sobre mi padre. Había estudiado arte antes de unirse a los Marines. Eso parecía no ajustarse con la imagen que tenía de mi padre. Pero me gustaba la idea.

Una noche, cuando él estaba leyendo el libro, me llamó:

—Mira esto —dijo—, es un mural hecho por Orozco.

Miré la reproducción del mural en el libro... pero estaba más interesado en su dedo mientras daba golpecitos en el libro con aprobación. Ese dedo había tirado del gatillo en una guerra. Ese dedo había tocado a mi madre de formas tiernas que no comprendía totalmente. Quería hablar, decir algo, hacer preguntas. Pero no podía. Todas las palabras se trabaron en mi garganta. Por lo que solo asentí.

Nunca había pensado en mi padre como el tipo de hombre que entendía de arte. Supongo que lo veía como un exmarine que se había convertido en cartero después de volver a casa de Vietnam. Un cartero exmarine a quien no le gustaba hablar mucho.

Un cartero exmarine que había vuelto a casa de una guerra y tuvo un hijo más. No que yo lo pensara, yo fui su idea. Siempre había creído que era mi madre la que me había querido. No es como si supiera de quién había sido la idea sobre mi vida. Inventaba muchas cosas en mi cabeza. Pude haberle hecho un montón de preguntas a mi padre. Pude haberlo hecho.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Pero había algo en su rostro y ojos y en su sonrisa torcida que evitó que preguntara. Supongo que no creía que él quisiera que yo supiera quién era él. Por lo que reuní pistas.

Observar a mi padre leer ese libro era otra pista en mi colección. Algún día todas las pistas se unirían. Y resolvería el misterio de mi padre.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nueve

Un día, después de nadar, Dante y yo fuimos a caminar. Nos detuvimos en el 7-Eleven. Él compró una soda y maní.

Yo compré un PayDay.

Él me ofreció un trago de su soda.

—No me gustan las sodas —dije.

—Eso es raro.

—¿Por qué?

—A todos les gustan las sodas.

—A mí no.

—¿Qué te gusta?

—Café y té.

—Eso es raro.

—Bien, soy raro. Cállate.

Él rió. Caminamos alrededor. Creo que solo no quería ir a casa. Hablamos sobre cosas. Cosas estúpidas. Y luego me preguntó:

—¿Por qué a los mexicanos les gustan los sobrenombres?

—No lo sé. ¿Nos gustan?

—Sí. ¿Sabes cómo llaman mis tías a mi mamá? La llaman Chole.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Su nombre es Soledad?

—¿Ves lo que quiero decir, Ari? Lo sabes. Sabes el sobrenombre para Soledad. Está como en el aire. ¿Qué hay con eso? ¿Por qué no pueden solo llamarla Soledad? ¿Qué es todo esto de Chole? ¿De dónde sacan Chole?

—¿Por qué te molesta tanto?

—No lo sé. Es raro.

—¿Es esa la palabra del día?

—Él rió y comió algo de maní.

—¿Tu madre tiene un sobrenombre?

—Lilly. Su nombre es Liliana.

—Es un lindo nombre.

—Igual Soledad.

—No, no realmente. ¿Por qué te gustaría llamarte Soledad?

—También puede significar aislado —dije.

—¿Ves? Qué triste nombre.

—No creo que sea triste. Creo que es un hermoso nombre. Creo que se ajusta bien a tu mamá —dije.

—Tal vez sí. Pero Sam, Sam es perfecto para mi papá.

—Sí.

—¿Cuál es el nombre de tu papá?

—Jaime.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Me gusta ese nombre.

—Su verdadero nombre es Santiago.

Dante sonrió.

—¿Ves a lo que me refiero con los sobrenombres?

—Te molesta que eres mexicano, ¿no?

—No.

—Lo observé.

—Sí, me molesta.

Le ofrecí algo de mi PayDay. Él tomó un mordisco.

—No lo sé —dijo.

—Sí —dije—. Te molesta.

—¿Sabes lo que pienso, Ari? Creo que no le agrado a los mexicanos.

—Eso es algo raro —dije.

—Raro —dijo.

—Raro —repetí.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Una noche, cuando no había luna en el cielo nocturno, la mamá y el papá de Dante nos llevaron al desierto para poder usar su nuevo telescopio. En el viaje, Dante y su papá cantaron junto a The Beatles... no es que ninguno tuviera una buena voz. Tampoco les importaba.

Ellos tocaban mucho. Una familia de tocadores y besadores. Cada vez que Dante entraba a la casa besaba a su mamá y papá en la mejilla, o ellos lo besaban, como si todos esos besos fueran normales. Me pregunté lo que mi padre haría si me acercaba a él y lo besaba en la mejilla. No era como si me fuera a gritar. Pero... no lo sé.

Nos llevó un tiempo conducir hasta el desierto. El señor Quintana parecía conocer un buen lugar donde observar las estrellas. Un lugar lejos de las luces de la ciudad. Contaminación lumínica. Así lo llamaba Dante. Él parecía saber mucho sobre la contaminación lumínica.

El señor Quintana y Dante prepararon el telescopio. Los observé y escuché la radio. La señora Quintana me ofreció una soda. La tomé, aunque no me gustaban las sodas.

—Dante dice que eres muy inteligente.

Los cumplidos me ponían nervioso.

—No soy tan listo como Dante.

Luego escuché la voz de Dante interrumpir nuestra conversación.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Creí que habíamos hablado de esto, Ari.

—¿Qué? —preguntó su madre.

—Nada. Es solo que las personas más inteligentes son perfectos idiotas.

—¡Dante! —dijo su madre.

—Sí, mamá, lo sé, lenguaje.

—¿Por qué te gusta maldecir tanto, Dante?

—Es divertido —dijo.

El señor Quintana rió.

—Es divertido —dijo. Pero luego dijo—: Ese tipo de diversión necesita suceder cuando tu madre no está alrededor.

A la señora Quintana no le gustó el consejo del señor Quintana.

—¿Qué tipo de lección le estás enseñando, Sam?

—Soledad, creo... —Pero toda la discusión fue asesinada por Dante, quien miraba por su telescopio:

—¡Vaya, papá! ¡Mira eso! ¡Mira!

Por un largo rato, nadie dijo nada. Todos queríamos ver lo que Dante veía.

Nos quedamos en silencio alrededor del telescopio de Dante en el medio del desierto mientras esperábamos por nuestro turno para ver los contenidos del cielo. Cuando vi a través del telescopio, Dante empezó a explicar lo que estaba viendo. No escuché ni una palabra. Algo sucedía



BENJAMIN ALIRE SAENZ

dentro de mí mientras miraba el vasto universo. A través del telescopio, el mundo estaba más cerca y era más grande de lo que había imaginado.

Y todo era tan hermoso y sobrecogedor y... no lo sé... me hizo ser consciente de que había algo dentro de mí que importaba.

Mientras Dante me observaba contemplar el cielo a través del lente del telescopio, susurró:

—Algún día voy a descubrir todos los secretos del universo.

Eso me hizo sonreír.

—¿Qué harás con todos esos secretos, Dante?

—Ya sabré qué hacer con ellos —dijo—. Quizá cambiar el mundo.

Le creí.

Dante Quintana era el único ser humano que había conocido que podía decir una cosa así. Sabía que él nunca crecería y diría cosas estúpidas como: “una chica es como un árbol”.

Esa noche dormimos en su patio trasero. Podíamos escuchar a sus padres hablando en la cocina porque la ventana estaba abierta. Su madre hablaba en español y su padre en inglés.

—Ellos hacen eso —dijo.

—Los míos también —dije.

No hablamos mucho. Solo nos quedamos ahí acostados y miramos las estrellas.

—Demasiada contaminación lumínica —dijo.

—Demasiada contaminación lumínica —contesté.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

53



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Once

Uno de los hechos más importantes sobre Dante era que a él no le gustaban los zapatos.

Íbamos en patineta al parque, y él se quitaba sus zapatillas y frotaba sus pies en el césped como si se estuviese limpiando algo. Íbamos al cine y se quitaba sus zapatos. Una vez los dejó ahí, y tuvimos que regresar a recuperarlos. Perdimos nuestro autobús. Dante también se quitó sus zapatos en el bus.

Una vez me senté con él en misa. Se soltó los cordones y se quitó sus zapatos justo ahí en el banco. Medio le dirigí una mirada. Él rodó sus ojos y señaló al crucifijo y susurró:

—Jesús no está usando zapatos.

Ambos nos quedamos ahí sentados y reímos.

Cuando iba a mi casa, Dante dejaba sus zapatos en el porche delantero antes de entrar.

—Los japoneses hacen eso —explicó—. No llevan la tierra del mundo a la casa de otra persona.

—Sí —dije—, pero no somos japoneses. Somos mexicanos.

—Realmente no somos mexicanos. ¿Vivimos en México?

—Pero de ahí es de donde son nuestros abuelos.

—Bien, bien. ¿Pero realmente sabemos algo sobre México?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Hablamos español.

—No tan bien.

—Habla por ti mismo, Dante. Eres todo un *pocho*.

—¿Qué es *pocho*?

—Un idiota mexicano.

—Bien, entonces tal vez soy un *pocho*. Pero el punto que intento demostrar aquí es que podemos adoptar otras culturas.

No sé por qué, pero solo empecé a reír. La verdad es que me gustaba la lucha que Dante tenía con los zapatos. Un día no lo pude resistir y le pregunté:

—¿Entonces cómo es que tienes esta lucha con los zapatos?

—No me gustan. Eso es. Eso es todo. No hay un gran secreto. Nací sin que me gustaran. No hay nada complicado en toda la cosa. Bueno, excepto esta cosa llamada mi mamá. Y ella me hace usarlos. Dice que hay leyes. Y luego habla de las enfermedades que puedo contraer. Y luego dice que las personas pensarán que soy solo un pobre mexicano. Dice que hay chicos en villas mejicanas que morirían por un par de zapatos. “Te puedes permitir zapatos, Dante”. Eso es lo que ella dice. ¿Y sabes lo que yo le digo? “No, no me puedo permitir zapatos. ¿Tengo un trabajo? No. No puedo permitirme nada”. Usualmente esa es la parte de la conversación en la que se tira del cabello. Ella odia que alguien pueda confundirme con otro mexicano pobre. Y luego dice: “Ser mexicano no tiene que significar ser pobre”. Y yo quiero decirle: “Mamá, no es sobre ser pobre. Y no es sobre ser mexicano. Solo no me gustan los zapatos”. Pero sé que toda la cosa sobre los zapatos está relacionada con la forma en cómo creció. Por lo que solo lo agunto y asiento cuando ella se



BENJAMIN ALIRE SAENZ

repite a sí misma: “Dante, nos podemos permitir zapatos”. Sé que toda la cosa no tiene nada que ver con la palabra “permitir”. Pero, sabes, siempre me dirige esta mirada. Y entonces le devuelvo la misma mirada... y así es cómo va. Mira, mamá y yo y los zapatos, no es una buena discusión. —Observó el ardiente cielo de la tarde, un hábito suyo. Significaba que estaba pensando—. Sabes, usar zapatos es un acto antinatural. Esa es mi premisa básica.

—¿Tu premisa básica? —A veces hablaba como un científico o un filósofo.

—Sabes, el principio base.

—¿Principio base?

—Me miras como si pensaras que estoy loco.

—Estás loco, Dante.

—No lo estoy —dijo. Y luego repitió—: No lo estoy. —Casi parecía molesto.

—Bien —dije—. No lo estás. No estás loco y no eres japonés.

Se estiró y soltó sus cordones mientras hablábamos.

—Quítate los zapatos, Ari. Vive un poco.

Salimos a la calle y jugamos un juego que Dante inventó en el momento. Era un concurso para ver quién podía tirar sus zapatos más lejos. Dante era muy sistemático sobre la forma en que creaba el juego. Tres rondas que significaban seis tiros. Ambos tomamos una pieza de tiza y marcábamos el punto donde caía el zapato. Él tomó prestada la cinta métrica de su padre que podía medir más de nueve metros. No que fuera lo suficientemente larga.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Por qué tenemos que medir los metros? —pregunté—. ¿Podemos solo tirar el zapato y marcarlo con el trozo de tiza? La marca más lejana es la ganadora. Simple.

—Tenemos que saber la distancia exacta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque cuando haces algo tienes que saber exactamente lo que haces.

—Nadie sabe exactamente lo que hace —dije.

—Eso es porque las personas son perezosas e indisciplinadas.

—¿Alguien alguna vez te ha dicho que hablas como un lunático que habla un perfecto inglés?

—Eso es culpa de mi padre —dijo.

—¿La parte de lunático o la parte del perfecto inglés? —Sacudí mi cabeza—. Es un juego, Dante.

—¿Entonces? Cuando juegas un juego, Ari, tienes que saber lo que haces.

—Sí sé lo que hago, Dante. Estamos inventando un juego. Estamos lanzando nuestras zapatillas a la calle para ver cuál de nosotros las tira más lejos. Eso es lo que hacemos.

—Es una versión de lanzar la jabalina, ¿cierto?

—Sí, supongo.

—Ellos miden la distancia cuando lanzan la jabalina, ¿no?

—Sí, pero eso es un verdadero deporte, Dante. Esto no.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—También es un verdadero deporte. Soy real. Tú eres real. Las zapatillas son reales. La calle es real. Y las reglas que establecemos... también son reales. ¿Qué más quieres?

—Pero estás haciendo de esto mucho trabajo. Después de cada tiro tenemos que medir. ¿Qué hay de divertido en eso? Lo divertido es lanzar.

—No —dijo Dante—, lo divertido es el juego. Está en todo.

—No entiendo —dije—. Lanzar el zapato es divertido. Lo entiendo. Pero tomar la cinta de tu padre y rodarla por la calle parece como un trabajo. ¿Qué hay de divertido en eso? Y no solo eso... ¿qué si un carro viene?

—Nos quitamos del camino. Y además, podríamos jugar en el parque.

—La calle es más divertida —dije.

—Sí, la calle es más divertida. —Estábamos de acuerdo en algo. Dante me observó.

Le devolví la mirada. Supe que no tenía una oportunidad. Sabía que íbamos a jugar de acuerdo a sus reglas. Pero la verdad es que importaba para Dante. Y a mí no me importaba tanto. Por lo que jugamos el juego con nuestras herramientas: nuestras zapatillas, dos trozos de tiza y la cinta métrica de su padre. Inventamos las reglas mientras avanzábamos... y seguían cambiando. Al final, había tres sets... como tenis. Había seis tiros por set. Dieciocho tiros para completar un juego. Dante ganó dos de tres sets. Pero yo obtuve el tiro más largo. Catorce metros y medio. El padre de Dante salió de la casa y sacudió su cabeza.

—¿Qué hacen chicos?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Jugamos un juego.

—¿Qué te dije, Dante? ¿Sobre jugar en la calle? Hay un parque justo ahí. —Señaló con su dedo hacia el parque—. Y qué... —Se detuvo y estudió la escena—. ¿Están lanzando sus zapatos?

Dante no tenía miedo de su padre. No que su padre asustara. Pero aun así, su padre era un padre y estaba ahí, desafiándonos. Dante ni siquiera hizo una mueca, seguro de que podía defender su posición.

—No estamos lanzando nuestros zapatos, papá. Estamos jugando un juego. Es la versión de los hombres ordinarios del tiro de jabalina. Y vemos quién puede lanzar su zapato más lejos.

Su padre rió. Quiero decir que de verdad rió.

—Tú eres el único chico en todo el universo que puede salir con un juego como una excusa para atacar sus zapatos. —Rió de nuevo—. Tu madre va a amar esto.

—No tenemos que decirle.

—Sí, tenemos.

—¿Por qué?

—La regla de no secretos.

—Estamos jugamos en el medio de la calle. ¿Cómo eso puede ser un secreto?

—Es un secreto si no le decimos. —Le sonrió a Dante, no enfadado... sino como un padre que era un padre—. Pásate al parque, Dante.

Encontramos un buen lugar para jugar en el parque. Estudié el rostro de Dante mientras él lanzaba su zapato con toda su fuerza. Su padre



BENJAMIN ALIRE SAENZ

tenía razón. Dante había encontrado un juego como excusa para darle una paliza a sus zapatillas.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Doce

Una tarde, después de terminar de nadar, nos quedamos a descansar en su porche delantero. Dante observaba sus pies. Eso me hizo sonreír. Él quería saber por qué estaba sonriendo.

—Solo estaba sonriendo —dije—. ¿No puede un chico sonreír?

—No me estás diciendo la verdad —dijo. Tenía esa cosa por decir la verdad. Él era tan malo como mi papá. Excepto que papá se mantenía la verdad para sí. Y Dante creía que tenía que decir la verdad con palabras. En voz alta. Decirle a alguien.

Yo no era como Dante. Era más como mi papá.

—Bien —dije—. Estaba sonriendo porque estabas mirando tus pies.

—Esa es una cosa graciosa por la cual sonreír —mencionó.

—Es raro —dije—. ¿Quién hace eso... contemplar sus pies? ¿Excepto tú?

—No es algo malo estudiar tu propio cuerpo —alegó.

—Esa también es una cosa rara que decir —dije. En nuestra casa, simplemente no hablábamos de nuestros cuerpos. Eso no era lo que hacíamos en nuestra casa.

—Como sea —soltó.

—Como sea —dije.

—¿Te gustan los perros, Ari?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Amo los perros.

—Yo también. Ellos no tienen que usar zapatos.

Reí. Llegué a pensar que uno de mis trabajos en el mundo era reír por las bromas de Dante. Solo que Dante no decía las cosas para ser graciosas. Él solo era él mismo.

—Voy a preguntarle a mi papá si me consigue un perro. —Tenía esa expresión... un tipo de fuego. Y me pregunté por ese fuego.

—¿Qué tipo de perro quieres?

—No lo sé, Ari. Uno que venga del refugio. Sabes, uno de esos perros que alguien más echó.

—Sí —dije—. ¿Pero cómo sabrás cuál escoger? Hay demasiados perros en el refugio. Y todos quieren ser salvados.

—Eso es porque las personas son malvadas. Tiran a los perros como si fueran basura. Odio eso.

Mientras estábamos ahí sentados hablando, escuchamos un ruido, chicos gritando desde el otro lado de la calle. Tres de ellos, tal vez un poco más jóvenes que nosotros. Dos tenían armas de aire comprimido y apuntaban a un ave a la que le acababan de disparar.

—¡Le dimos a uno! ¡Le dimos a uno! —Uno de ellos apuntaba con su arma a un árbol.

—¡Oigan! —gritó Dante—. ¡Alto! —Estaba en la mitad de la calle antes de notar lo que estaba sucediendo. Corrí detrás de él—. ¡Alto! ¡Qué demonios está mal con ustedes! —La mano de Dante estaba estirada, indicándoles que se detuvieran—. Denme esa arma.

—Un demonio que te la voy a dar.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Está en contra de las leyes —dijo Dante. Él se veía loco. Realmente loco.

—La segunda enmienda —dijo el tipo.

—Sí, la segunda enmienda —repitió el otro tipo. Se aferró con fuerza a su rifle.

—La segunda enmienda no se aplica a las armas de aire comprimido, idiota. Y de todas formas, las armas no se permiten en la propiedad de la ciudad.

—¿Qué planeas hacer por eso, idiota?

—Voy a hacer que se detengan —dijo.

—¿Cómo?

—Pateando sus pequeños traseros todo el camino hasta la frontera con México —dije.

Creo que solo estaba asustado de que esos chicos fueran a herir a Dante. Solo dije lo que sentí que tenía que decir. No eran grandes y tampoco eran inteligentes. Eran chicos malvados y estúpidos y había visto lo que chicos malvados y estúpidos podían hacer. Tal vez Dante no era lo suficientemente fuerte para pelear. Pero yo sí. Y nunca me había sentido mal por golpear a un chico que necesitaba una paliza.

Nos quedamos ahí por un rato, estudiándonos entre nosotros. Podía decir que Dante no sabía qué iba a hacer luego. Uno de esos chicos parecía estar por apuntar su arma hacia mí.

—No haría eso si fuera tú, pedazo de mierda de perro.

Y justo así, me estiré y tomé su arma. Sucedió rápidamente y él no se lo había esperado. Una cosa que había aprendido sobre meterme en



BENJAMIN ALIRE SAENZ

peleas: muévete rápido, sorprende al tipo. Eso siempre funcionaba. Era la primera regla al pelear. Y ahí estaba con su arma en mis manos.

—Tienes suerte de que no la meta en tu trasero.

Lancé el arma al suelo. Ni siquiera tuve que decirles que se largaran de ahí. Solo se fueron, murmurando obscenidades. Dante y yo nos observamos.

—No sabía que te gustaba pelear —dijo Dante.

—No lo hago. No realmente —aclaré.

—Sí. Te gusta pelear.

—Tal vez lo hago —acepté—. Y no sabía que eras un pacifista.

—Tal vez no soy un pacifista. Quizá solo pienso que necesitas una buena razón para ir matando pájaros. —Él estudió mi rostro. No estaba seguro de lo que estaba buscando—. También eres bueno diciendo insultos.

—Sí, bueno, Dante, no le digamos a tu mamá.

—Tampoco le diremos a la tuya.

Lo observé.

—Tengo una teoría sobre por qué las mamás son tan estrictas.

Dante casi sonrió.

—Es porque nos aman, Ari.

—Esa es una parte. La otra parte es que les gustaría que nos quedemos como niños por siempre.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, creo que eso alegraría a mi mamá... que yo fuera un niño por siempre. —Dante bajó la mirada al ave muerta. Unos pocos minutos atrás había estado completamente enfadado. En ese momento parecía a punto de llorar.

—Nunca te había visto tan enfadado —dije.

—Tampoco te había visto tan enfadado.

Ambos sabíamos que estábamos enfadados por diferentes motivos. Por un momento, solo nos quedamos ahí observando al ave muerta.

—Solo es un pequeño gorrión —dijo. Y luego empezó a llorar.

No sabía qué hacer. Solo me quedé ahí y lo observé. Caminamos de regreso y nos sentamos en el porche delantero. Él lanzó sus zapatillas al otro lado de la calle con toda su fuerza e ira. Se limpió las lágrimas de su rostro.

—¿Estabas asustado? —preguntó.

—No.

—Yo sí.

—¿Entonces?

Y luego nos quedamos en silencio de nuevo. Odiaba el silencio. Finalmente solo hice una estúpida pregunta:

—¿Por qué existen las aves de todas formas?

Me observó.

—¿No lo sabes?

—Supongo que no.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Las aves existen para enseñarnos cosas sobre el cielo.

—¿Crees eso?

—Sí.

Quería decirle que no llorara más, decirle que lo que esos chicos le hicieron a esa ave no importaba. Pero yo sabía que sí importaba. A Dante le importaba. Y, de todos modos, no hacía ningún bien pidiéndole que no llorara porque necesitaba llorar. Así era como era. Y luego finalmente se detuvo. Respiró hondo y me observó.

—¿Me ayudarías a enterrar el pájaro?

—Claro.

Conseguimos una pala del garaje de su padre y caminamos hacia el parque donde el ave descansaba sobre el césped. Tomé el pájaro con la pala y lo llevé por la calle al patio de Dante. Cavé un agujero por debajo de un viejo olmo. Dejamos el ave en el hoyo y la enterramos.

Ninguno dijo una sola palabra.

Dante estaba llorando de nuevo. Y me sentí malvado por no tener ganas de llorar. Realmente no sentía nada por el pájaro. Era un ave. Tal vez el pájaro no se merecía que un grupo de chicos cuya idea de diversión era herir cosas le disparara. Yo era más duro que Dante. Creo que intentaba ocultar esa dureza de él porque quería agradarle. Pero ahora lo sabía. Que era duro. Y tal vez eso estaba bien. Quizás a él le podría gustar el hecho de que era duro justo como me gustaba el hecho de que él no era duro.

Ambos observamos la tumba del ave.

—Gracias —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Claro —respondí. Sabía que quería estar solo—. Oye —susurré—, te veré mañana.

—Iremos a nadar —dijo.

Había una lágrima corriendo por su mejilla. Parecía como un río de luz en el atardecer.

Me pregunté cómo era, ser el tipo de chico que llora por la muerte de un ave.

Me despedí con la mano. Él se despidió de regreso.

Mientras caminaba hacia mi casa, pensé en pájaros y el significado de su existencia. Dante tenía una respuesta. Yo no. No tenía ni idea de por qué los pájaros existían. Nunca me había hecho esa pregunta.

La respuesta de Dante tenía sentido para mí. Si estudiábamos a las aves, tal vez podíamos aprender a ser libres. Creo que eso era lo que decía. Tenía el nombre de un filósofo. ¿Cuál era mi respuesta? ¿Por qué no tenía una respuesta?

¿Y por qué era que algunos chicos tenían lágrimas en ellos y algunos no tenían ni una? Chicos diferentes vivían bajo reglas distintas.

Cuando llegué a casa, me senté en el porche.

Observé el sol ponerse.

Me sentí solo, pero no de una mala manera. Realmente me gustaba estar solo.

Tal vez me gustaba demasiado. Tal vez mi padre también era así.

Pensé en Dante y me pregunté sobre él.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Y me pareció que el rostro de Dante era un mapa del mundo. Un mundo sin oscuridad.

Vaya, un mundo sin oscuridad. ¿Cuán hermoso era eso?



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Segunda parte

Gorriones cayendo del cielo

Cuando era niño, solía despertar pensando que el mundo se estaba acabando.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Uno

La mañana siguiente que enterramos al gorrión, me desperté ardiendo en fiebre. Mis músculos dolían, mi garganta dolía, mi cabeza palpitaba casi como un corazón. Mantuve la mirada en mis manos, casi creyendo que pertenecían a otra persona. Cuando traté de levantarme, no tenía balance, no equilibrio y la habitación daba vueltas y vueltas. Traté de dar un paso, pero mis piernas no eran lo suficientemente fuertes para llevar mi peso.

Caí en la cama, mi radio reloj estrellándose contra el piso.

Mi madre apareció en mi habitación y por alguna razón ella no parecía real.

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Eres tú? —Creo que estaba gritando.

Ella sostenía una pregunta en sus ojos.

—Sí —dijo ella. Parecía tan seria.

—Me caí —le dije.

Ella dijo algo, pero no podía descifrar lo que estaba diciendo. Todo era tan extraño y pensé que tal vez estaba soñando, pero su mano en mi brazo se sintió como un toque real.

—Estás ardiendo —dijo.

Sentí sus manos en mi cara.

Me preguntaba dónde estaba, así que le pregunté:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Dónde estamos?

Ella me sostuvo por un momento.

—Shhh.

El mundo era tan silencioso. Había una barrera entre el mundo y yo. Y pensé por un momento que el mundo nunca me quiso y ahora estaba tomando una oportunidad para deshacerse de mí. Miré hacia arriba y vi a mi madre de pie delante de mí, sosteniendo dos aspirinas y un vaso de agua. Me senté y agarré las píldoras y las puse en mi boca. Cuando tuve el cristal, pude ver que mis manos estaban temblando.

Me puso un termómetro debajo de mi lengua.

Estudió el tiempo en su reloj, luego sacó el termómetro de mi boca.

—Cuarenta —dijo—. Tenemos que quitar esa fiebre. —Negó con la cabeza—. Son todos esos gérmenes en la piscina.

El mundo pareció más cercano por un instante.

—Es sólo un resfriado —le susurré. Pero parecía que alguien más estaba hablando.

—Creo que tienes la gripe.

Pero es verano. Las palabras estaban en mi lengua, pero no podía decirlas. No podía dejar de temblar. Ella colocó otra manta sobre mí.

Todo daba vueltas, pero cuando cerré los ojos, la habitación estaba inmóvil y oscura. Entonces los sueños vinieron.

Las aves caían del cielo. Gorriones. Millones y millones de gorriones. Estaban cayendo como lluvia y estaban golpeándome mientras caían y tenía toda su sangre por todos lados, no podía encontrar un lugar para



BENJAMIN ALIRE SAENZ

protegerme. Sus picos estaban cortando mi piel como flechas. Y el avión de Buddy Holly estaba cayendo desde el cielo y podía escuchar a Waylon Jennings cantando “La Bamba”. Pude oír a Dante llorar, y cuando me di la vuelta para ver dónde estaba, vi que estaba sosteniendo el cuerpo inerte de Richie Valens en sus brazos. Entonces el avión cayó sobre nosotros. Todo lo que vi fue la sombra y la tierra en fuego.

Y entonces el cielo desapareció.

Debí haber estado gritando, porque mi mamá y papá estaban en la habitación. Yo estaba temblando y empapado de sudor. Y entonces me di cuenta de que estaba llorando y no podía parar. Mi padre me levantó y me meció en la silla. Me sentí pequeño y débil, quería detenerlo pero no pude porque no había ninguna fuerza en mis brazos y quería preguntarle si me había abrazado así cuando era niño porque yo no lo recordaba y ¿por qué no lo recordaba? Empecé a pensar que tal vez estaba soñando, pero mi madre estaba cambiando las sábanas de mi cama, así que supe que era real. Excepto yo.

Creo que estaba temblando. Mi padre me abrazó más fuerte y susurró algo, pero ni sus brazos ni sus susurros podían impedir que siguiera temblando. Mi mamá secó mi cuerpo sudoroso con una toalla y ella y mi padre me cambiaron en una camiseta y ropa interior limpias. Y entonces me dijo la cosa más extraña:

—No tires mi camisa. Papá me la dio. —Sabía que yo estaba llorando, pero no sabía por qué, porque no era el tipo de chico que lloraba y pensé que quizás era alguien más el que estaba llorando.

Pude escuchar el susurro de mi padre.

—Shhhh. Está bien. —Me devolvió a la cama y mi madre se sentó a mi lado y me hizo beber un poco de agua y tomar una aspirina más.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Vi la mirada en el rostro de mi padre y sabía que él estaba preocupado. Yo estaba triste de haber hecho que se preocupara. Me preguntaba si realmente me había sostenido y quería decirle que no lo odiaba, solamente no lo entendía, no entendía quién era él y quería hacerlo, quería tanto entender. Mi madre le dijo a mi padre algo en español y él asintió con la cabeza. Estaba demasiado cansado para preocuparme acerca de las palabras en cualquier idioma.

El mundo estaba tan tranquilo.

Me quedé dormido, y los sueños volvieron. Estaba lloviendo y había truenos y relámpagos a mí alrededor. Me pude ver a mí mismo mientras corría en la lluvia. Estaba buscando a Dante y gritando porque se había perdido.

—¡Dante! ¡Vuelve! —Y entonces ya no estaba buscando a Dante, estaba buscando a mi padre y gritándole—: ¡Papá! ¡Papá! ¿A dónde fuiste? ¿A dónde fuiste?

Cuando me desperté de nuevo, estaba empapado de mi propio sudor otra vez.

Mi padre sentado en mi mecedora, estudiándome.

Mi madre entró a la habitación. Miró a papá y luego a mí.

—No era mi intención asustarte. —No podía hablar más que en un susurro.

Mi madre sonrió y pensé que debió haber sido muy bonita cuando era joven. Ella me ayudó a incorporarme.

—Amor, estás empapado. ¿Por qué no tomas una ducha?

—Tuve pesadillas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Apoyé la cabeza en su hombro. Quería a los tres de nosotros permaneciendo así para siempre.

Mi padre me ayudó en la ducha. Me sentía débil y me lavé; cuando el agua caliente golpeó mi cuerpo, pensé en mis sueños: Dante, mi papá. Y me pregunté cómo lucía mi padre cuando tenía mi edad. Mi madre me había dicho que él era hermoso. Me pregunté si era tan bello como Dante. Y me pregunté por qué pensaba en eso.

Cuando volví a la cama, mi madre había cambiado las sábanas de nuevo.

—Se ha ido la fiebre —dijo. Me dio otro vaso de agua. Yo no quería, pero lo bebí todo. No sabía lo sediento que estaba y le pedí más agua.

Mi padre todavía estaba allí, sentado en mi mecedora.

Estudiándonos entre nosotros por un momento mientras me acostaba en la cama.

—Estabas buscándome —dijo.

Lo miré.

—En un sueño. Me buscabas.

—Yo siempre estoy buscándote —le susurré.

Dos

A la mañana siguiente cuando me desperté, pensé que me había muerto. Sabía que no era verdad, pero la idea estaba allí. Tal vez una parte de mí murió cuando estaba enfermo. No lo sé.

La solución de mamá para mi situación era hacerme beber litros de agua: un doloroso vaso a la vez.

Finalmente me declaré en huelga y me negué a beber más.

—Mi vejiga se volvió un globo lleno de agua que está a punto de explotar.

—Eso es bueno —dijo—. Estás dejándolo correr fuera de tu sistema.

—Ya he terminado el lavado —dije.

El agua no era a lo único que tenía que hacer frente. Tuve que lidiar con su sopa de pollo. Su sopa de pollo se convirtió en mi enemigo.

El primer tazón fue increíble. Nunca había estado tan hambriento. Nunca. Más que nada ella me dio caldo.

La sopa regresó al día siguiente para el almuerzo. Eso también estaba bien, porque tuve todo el pollo y las verduras en la sopa con tortillas de maíz calientes y *sopa de arroz*⁷ de mi mamá. Pero la sopa regresó en forma de merienda. Y para la cena. Estaba harto de agua y sopa de pollo. Estaba harto de estar enfermo. Después de cuatro días en la cama, finalmente decidí que era hora de seguir adelante.

⁷ En español en el original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Hice un anuncio a mi madre.

—Estoy bien.

—No lo estás —dijo mi madre.

—Estoy siendo un rehén. —Fue lo primero que le dije a mi padre cuando llegó a casa del trabajo.

Él me sonrió.

—Estoy bien, papá. Lo estoy.

—Todavía luces un poco pálido.

—Necesito un poco de sol.

—Dale un día más —dijo—. Entonces puedes ir por el mundo y causar todos los problemas que quieras.

—Está bien —dije—. Pero no más sopa de pollo.

—Eso es entre tu madre y tú.

Empezó a salir de mi habitación. Vaciló por un momento. Estaba de espaldas a mí.

—¿Has tenido más pesadillas?

—Siempre tengo pesadillas —dije.

—¿Incluso cuando no estás enfermo?

—Sí.

Se paró en mi puerta. Dio la vuelta y me miró.

—¿Siempre estás perdido?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—En la mayoría de ellas, sí.

—¿Y siempre estás tratando de encontrarme?

—Más que nada creo que estoy tratando de encontrarme, papá. —Fue extraño hablar con él acerca de algo real. Pero me asustó demasiado. Quería seguir hablando, pero no sabía exactamente cómo decir lo que estaba sosteniendo en mi interior. Miré hacia abajo al piso. Luego miré hacia él y se encogió de hombros como si *no fuera gran cosa*.

—Lo siento —dijo—. Siento estar tan lejos.

—Está bien —dije.

—No —dijo él—. No, no lo está. —Creo que iba a decir algo más, pero cambió de opinión. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Mantuve mi mirada fija en el piso. Y luego oí la voz de mi padre en la habitación de nuevo.

—Yo también tengo malos sueños, Ari.

Quería preguntarle si sus sueños eran sobre la guerra o sobre mi hermano. Quería preguntarle si se despertaba tan asustado como yo.

Todo lo que hice fue sonreírle. Él me había dicho algo acerca de sí mismo.

Estaba feliz.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

Tenía permitido ver televisión. Pero descubrí algo acerca de mí mismo. Realmente no me gustaba la televisión. No me gustaba en absoluto. Apagué la TV y me encontré observando a mi madre mientras se sentaba a la mesa de la cocina, revisando alguna de sus antiguas lecciones.

—¿Mamá?

Ella levantó la mirada. Intenté imaginar a mi madre de pie frente a su clase. Me pregunté qué pensarían los estudiantes de ella. Me pregunté cómo es que la veían. Si les gustaba ella. ¿La odiaban? ¿La respetaban? Me pregunté si sabían que ella era una madre. Me pregunté si eso les importaba.

—¿Qué estás pensando?

—¿Te gusta dar clases?

—Sí —me contestó.

—¿Aún cuando a tus estudiantes no les importa?

—Te diré un secreto. No soy responsable de si a mis estudiantes les interesa o no. Su interés debe venir de ellos, no de mí.

—¿Dónde te deja eso?

—Sin importar qué, Ari, mi trabajo es que me importe.

—¿Aún cuando a ellos no les importa?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Aún cuando no les importa.

—¿Sin importar qué?

—Sin importar qué.

—¿Aún cuando les enseñas a niños como yo, que piensan que la vida es aburrida?

—Así es la manera en que es cuando tienes quince años.

—Solo una fase —dije.

—Solo una fase. —Ella rió.

—¿Te agradan los chicos de quince años?

—¿Estás preguntando si me agradas tú o mis estudiantes?

—Ambos supongo.

—Te adoro, Ari, eso lo sabes.

—Sí, pero adoras a tus estudiantes también.

—¿Estás celoso?

—¿Puedo ir afuera? —Podía evadir respuestas tan hábilmente como ella.

—Puedes salir mañana.

—Pienso que estás siendo fascista⁸.

—Esa es una gran palabra para decir, Ari.

⁸ **Fascismo:** régimen político totalitario o autoritario; popular principalmente en Italia durante la época de la segunda guerra mundial bajo el mandato de Benito Mussolini.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Gracias a ti, sé sobre todas las diferentes formas de gobierno. Mussolini era un fascista. Franco⁹ era un fascista. Y papá dice que Reagan¹⁰ es un fascista.

—No te tomes tan literal los chistes de tu padre, Ari. Lo único que estaba diciendo es que piensa que el Presidente Reagan tiene demasiada mano dura.

—Sé lo que estaba diciendo, mamá. Así como *tú* sabes lo que *yo* estaba diciendo.

—Bueno, es bueno saber que piensas que tu madre es más que una forma de gobierno.

—Eres más o menos así —contesté.

—Entiendo tu punto, Ari. Aun así, no vas a salir.

Había días en los que deseaba que estuviera en mí revelarme contra las reglas de mi madre.

—Solo quiero salir de aquí. Estoy aburrido hasta los huesos.

Ella se levantó de donde estaba sentada. Puso sus manos en mi cara.

—*Hijo de mi vida*¹¹ —dijo—, lamento que pienses que soy demasiado estricta contigo. Pero tengo mis razones. Cuando seas mayor...

—Siempre dices eso. Tengo quince años. ¿Qué tan mayor debo ser? ¿Qué tanto, mamá, antes de que pienses que soy lo suficientemente inteligente para entenderlo? No soy un niño.

Ella tomó mi mano y la besó.

⁹ **Francisco Franco:** militar y dictador español entre 1938 y 1973.

¹⁰ **Ronald Wilson Reagan:** cuadragésimo presidente de los Estados Unidos, gobernó entre 1967 y 1975.

¹¹ En español en el original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Lo eres para mí —susurró. Había lágrimas corriendo por sus mejillas. Había algo que no estaba entendiendo. Primero Dante. Después yo. Y ahora mi mamá. Lagrimas por todo el condenado lugar. Tal vez las lágrimas es algo que te da. Como un resfriado.

—Está bien, mamá —susurré. Le sonreí. Pienso que estaba esperando una completa explicación por sus lágrimas, pero iba a tener que trabajar para conseguirla—. ¿Estás bien? —le dije.

—Sí —me dijo—. Estoy bien.

—No pienso que lo estés.

—Estoy intentando duro no preocuparme por ti.

—¿Por qué habrías de preocuparte? Solo estoy resfriado.

—Eso no es lo que quise decir.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer cuando dejes la casa?

—Cosas.

—No tienes amigos. —Ella empezó a llevar su mano sobre su boca, y se detuvo.

Quería odiarla por la acusación.

—No quiero ninguno. —Ella me miró como si fuera un completo extraño—. ¿Y cómo voy a tener amigos si no me permites salir? —Conseguí una de sus miradas—. Sí tengo amigos, mamá. Tengo amigos de la escuela. Y Dante. Él es mi amigo.

—Sí —dijo—. Dante.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí —le dije—. Dante.

—Me alegro por Dante —contestó.

Asentí.

—Estoy bien, mamá. Solo no soy la clase de chico... —No sé qué estaba tratando de decir—. Solo soy diferente. —Ni siquiera sé qué había querido decir.

—¿Sabes qué es lo que pienso?

No quería saber lo que estaba pensando. Pero iba a escucharlo de cualquier manera.

—Claro —le contesté.

Ella ignoró mi mala actitud.

—Pienso que no sabes lo amado que eres.

—Sí *lo sé*.

Ella empezó a decir algo, pero cambió de opinión.

—Ari, solo quiero que seas feliz.

Quería decirle que ser feliz era difícil para mí. Pero creo que ella ya lo sabía.

—Bueno —dije—, estoy en la fase en la que se supone que debo ser miserable. —Eso la hizo reír.

Estábamos bien.

—¿Crees que estaría bien si Dante viene a casa?

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

Dante contestó el teléfono al segundo timbrado.

—No has ido a la piscina. —Sonaba como loco.

—He estado en cama. Tengo la gripe. Sobre todo he estado durmiendo, teniendo muy malos sueños y comiendo sopa de pollo.

—¿Fiebre?

—Sí.

—¿Huesos adoloridos?

—Sí.

—¿Sudores nocturnos?

—Sí.

—Que mal —dijo—. ¿Sobre qué eran tus sueños?

—No puedo hablar de ellos.

Eso parecía estar bien con él.

Quince minutos más tarde, apareció en la puerta de mi casa. Escuché el timbre. Podía oírlo hablar con mi madre. Dante nunca tuvo problemas para iniciar las conversaciones. Probablemente le estaba contando a mi mamá la historia de su vida.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Lo oí caminar por el pasillo con sus pies descalzos. Y entonces allí estaba él, de pie en la puerta de mi habitación, llevaba una camiseta que estaba tan desgastada que casi se podía ver a través de ella y un par de vaqueros con agujeros en ellos.

—Hola —dijo. Llevaba un libro de poemas, un cuaderno de dibujo y algunos lápices de carbón.

—Olvidaste los zapatos —le dije.

—Se los doné a los pobres.

—Supongo que los pantalones son los siguientes.

—Sí. —Ambos reímos.

Él me observo.

—Te ves un poco pálido.

—Todavía me veo más mexicano que tú.

—Todo el mundo parece más mexicano que yo. Busca a las personas que me entregaron sus genes. —Había algo en su voz. Todo el asunto mexicano le molestaba.

—Está bien, está bien —le dije—. Bien, de acuerdo. —Siempre significaba que era hora de cambiar de tema—. Así que trajiste tu cuaderno de dibujos.

—Sí.

—¿Vas a enseñarme tus dibujos?

—Nop. Voy a dibujarte.

—¿Qué pasa si no quiero ser dibujado?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Cómo voy a ser artista si no puedo practicar?

—¿No se les pagan a los modelos de los artistas?

—Sólo a los que tienen buen aspecto.

—¿Así que no soy guapo?

Dante sonrió.

—No seas idiota. —Parecía avergonzado. Pero no tan avergonzado como yo.

Podía sentir como me ponía rojo. Incluso los chicos con piel oscura como yo podían sonrojarse.

—Así que, ¿realmente vas a ser un artista?

—Absolutamente. —Me miró directamente—. ¿No me crees?

—Necesito pruebas.

Se sentó en mi mecedora. Me estudió.

—Todavía pareces enfermo.

—Gracias.

—Tal vez son tus sueños.

—Tal vez. —No quería hablar de mis sueños.

—Cuando era niño, solía despertar pensando que el mundo se estaba acabando, me levantaba y me miraba en el espejo, mis ojos estaban tristes.

—Quieres decir como los mío.

—Sí.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Mis ojos siempre están tristes.

—El mundo no se está terminando, Ari.

—No seas idiota. Por supuesto que no se está terminando.

—Entonces no estés triste.

—Triste, triste, triste —dije.

—Triste, triste, triste —dijo.

Estábamos sonriendo, tratando de mantener nuestra risa, pero simplemente no podíamos hacerlo. Estaba feliz de que viniera. Estar enfermo me hizo sentir frágil, como si me fuera a romper. No me gustaba sentirme así. Reírme me hizo sentir mejor.

—Quiero dibujarte.

—¿Puedo detenerte?

—Eres tú el que dijo que necesitaba pruebas.

Me lanzó el libro de poemas que había traído.

—Léelo. Tú lees. Yo dibujo. —Luego se puso muy tranquilo. Sus ojos comenzaron a buscar todo en la habitación: yo, la cama, las sábanas, las almohadas, la luz. Me sentí nervioso y torpe, acomplexado e incómodo. Y los ojos de Dante estaban sobre mí, no sabía si me gustaba eso o no. Yo solamente sabía que me sentía desnudo. Pero había algo que sucedía entre Dante y su cuaderno de dibujo que me hizo sentir invisible. Eso me hizo relajar.

—Hazme lucir bien.

—Lee —dijo—. Solo lee.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No pasó mucho tiempo para que se me olvidara que Dante me estaba dibujando. Yo sólo leí. Leí, leí y leí. A veces lo miraba por encima del libro, pero él estaba perdido en su trabajo. Volví al libro de poemas. Leí una línea y traté de entenderla: “de lo que no podemos tener, las estrellas se hacen¹²” era una cosa hermosa que decir, pero no sabía lo que significaba. Caí dormido pensando qué podía significar la línea.

Cuando desperté Dante se había ido.

No dejó ninguno de los bocetos que hizo de mí. Pero dejó un boceto de mi mecedora. Era perfecto. Una mecedora contra las paredes desnudas de mi habitación. Había capturado la luz de la tarde fluyendo en la habitación, la forma en que le daba sombra a la silla y profundidad hacía que pareciera como si fuera más que un objeto inanimado. Había algo triste y solitario en el boceto y me pregunté si esa era la forma en que miraba el mundo o si esa era la forma en que miraba mi mundo.

Me quedé mirando el dibujo durante mucho tiempo. Me asustó. Porque había algo de cierto en ello.

Me pregunté dónde aprendió a dibujar. De repente sentí celos de él. Él sabía nadar, podía dibujar, podía hablar con las personas. Leía poesía y se gustaba a sí mismo. Me pregunté cómo se sentía realmente gustarte a ti mismo. Y me pregunté por qué algunas personas no se gustaban a sí mismos y a otras personas. Tal vez solamente era el modo en que era.

Miré su dibujo y luego miré mi silla. Fue entonces que miré la nota que había dejado.

¹² Ver poema completo al final del documento.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Espero que te guste el bosquejo de tu silla. Te extraño en la piscina. Los socorristas son unos idiotas.

Dante.

Después de la cena, agarré el teléfono y lo llamé.

—¿Por qué te fuiste?

—Necesitabas descansar.

—Siento que me quedara dormido.

Entonces ninguno de los dos dijo nada.

—Me gustó el dibujo —dije.

—¿Por qué?

—Porque luce como mi silla.

—¿Esa es la única razón?

—Tiene algo —dije.

—¿Qué?

—Emociones.

—Dime —dijo Dante.

—Es triste. Triste y solitario.

—Al igual que tú —dijo.

Odiaba que viera quién era.

—No estoy triste todo el tiempo —le dije.

—Lo sé —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Me podrías enseñar los demás?

—No.

—¿Por qué?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Por la misma razón que no puedes contarme acerca de tus sueños.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

El resfriado parecía no dejarme.

Esa noche, los sueños volvieron. Mi hermano. Él estaba al otro lado del río. Él estaba en Juárez y yo estaba en El Paso y podíamos vernos el uno al otro. Y grité:

—¡Bernardo, ven para acá! —Él sacudió su cabeza. Entonces pensé que no me podía entender, así que le grité en español—: ¡Vente pa'ca, Bernardo!

Pensé que si tan solo supiera las palabras correctas o si las decía en el idioma correcto, entonces él cruzaría el río. Y vendría a casa. Si tan solo supiera las palabras correctas. Si tan solo hablara el idioma correcto. Entonces mi papá estaba ahí. Él y mi hermano se quedaron mirándose fijamente el uno al otro y yo no podía soportar la mirada que compartían porque parecía como si todo el dolor de los hijos y todo el dolor de los padres en el mundo estuvieran ahí. Y el dolor era tan profundo que estaba más allá de las lágrimas, de manera que sus caras estaban secas. Entonces el sueño cambió y mi hermano y mi padre se habían ido. Estaba parado en el mismo lugar en donde había estado mi padre, en el lado de Juárez, y Dante estaba frente a mí. Estaba sin camisa y sin zapatos y yo quería nadar hacia él, pero no podía moverme. Entonces él me dijo algo en inglés y no pude entenderlo. Le dije algo en español, y no pudo entenderme.

Y yo estaba tan solo.

Entonces toda la luz se fue y Dante desapareció en la oscuridad.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Desperté y me sentí perdido.

No sabía dónde estaba.

La fiebre había vuelto. Pensé que tal vez nada iba a ser lo mismo. Pero sabía que solo era la fiebre. Me quedé dormido de nuevo. Los gorriones estaban cayendo del cielo. Y era yo quien los estaba matando.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Seis

Dante vino de visita. Yo sabía que no era un montón de diversión. Él también lo sabía. No parecía importarle.

—¿Quieres hablar?

—No —dije.

—¿Quieres que me vaya?

—No —dije.

Él leía poemas para mí. Pensé en los gorriones que caían del cielo. Mientras escuchaba la voz de Dante, me preguntaba igual a qué sonaba mi hermano. Me pregunté si había leído alguna vez un poema. Mi mente estaba llena y atestada: gorriones cayendo, el fantasma de mi hermano, la voz de Dante.

Dante terminó de leer un poema, entonces fue a buscar otro.

—¿No tienes miedo de coger lo que tengo? —dije.

—No

—¿No tienes miedo?

—No.

—¿No tienes miedo a nada?

—Tengo miedo a muchas cosas, Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Podría haberle preguntado: *¿Qué? ¿De qué tienes miedo?* No creo que me lo hubiera dicho.

Siete

La fiebre había desaparecido. Pero los sueños se quedaron.

Mi padre estaba en ellos. Y mi hermano. Y Dante. En mis sueños. Y algunas veces mi madre también. Tenía esa imagen trabada en mi mente. Tenía cuatro años y estaba caminando por la calle, tomado de la mano de mi hermano. Me pregunté si era un recuerdo o un sueño. O una esperanza.

Me quedé acostado y pensé en eso. En todos los problemas comunes y misterios de mi vida que solo me importaban a mí. Pensar en eso no me hizo sentir mejor. Decidí que mi primer año en la escuela secundaria de Austin iba a ser una mierda. Dante iba a Cathedral porque tenían un equipo de natación. Mamá y papá querían enviarme a esa escuela, pero me negué a hacerlo. No quería ir a una escuela católica para varones. Me insistí a mí mismo y a mis padres que todos los chicos allí eran ricos. Mi mamá argumentó que ellos daban becas a los chicos inteligentes. Le respondí que no era lo suficientemente inteligente para obtener una. Ella me dijo que podían permitirse enviarme a esa escuela.

—¡Odio a esos chicos! —le rogué a mi padre que no me enviara. Nunca le dije nada a Dante sobre odiar a los chicos de Cathedral. Él no tenía que saberlo. Pensé en la acusación de mamá.

—No tienes ningún amigo. —Pensé en mi silla y en cómo era un portarretratos de mí. Yo era una silla. Me sentí más triste que nunca.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Sabía que ya no era un niño, pero me sentía como si lo fuese. Más o menos. Pero había otras cosas que empezaba a sentir. Cosas de hombres, supongo. La soledad de un hombre era mucho más grande que la de un niño. Y ya no quería ser tratado como un niño, no quería vivir en el mundo de mis padres y no tenía un mundo propio. De una manera extraña, mi amistad con Dante me había hecho sentir aún más solo.

Tal vez era porque Dante parecía hacerse encajar donde quiera que iba. Y yo, yo siempre sentía que no pertenecía a ninguna parte. Ni siquiera mi propio cuerpo, especialmente mi propio cuerpo. Me estaba convirtiendo en alguien que no conocía. El cambio duele, pero no sabía por qué. Ninguna de mis emociones tenía sentido.

Cuando era más joven, tenía la idea de que quería escribir un diario. En cierto modo escribí cosas en un pequeño libro de cuero que compré, lleno de páginas en blanco. Pero nunca fui disciplinado con ello. El diario se convirtió en una cosa al azar con pensamientos al azar y nada más.

Cuando estaba en sexto grado, mis padres me dieron un guante de béisbol y una máquina de escribir en mi cumpleaños. Estaba en un equipo así que el guante tenía sentido, pero ¿una máquina de escribir? ¿Qué había en mí que los hizo pensar en comprarme una máquina de escribir? Fingí que me gustó, pero no era bueno fingiendo. El hecho de que no hable de las cosas no me hace un buen actor.

Lo divertido es que aprendí cómo escribir. Por fin, una habilidad. El béisbol no funcionó. Era lo suficientemente bueno para estar en el equipo, pero lo odiaba. Solo lo hice por mi padre. No sabía por qué estaba pensando en todas esas cosas, excepto que es lo que hago siempre. Supongo que tenía mi propia televisión en mi cerebro. Podía controlar lo que quería ver. Podía cambiar los canales cuando quisiera.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Pensé en llamar a Dante. Y después pensé que tal vez no lo llamaría. Realmente no quería hablar con nadie. Solo conmigo mismo.

Me puse a pensar en mis hermanas mayores y la forma en que estaban tan cerca una de la otra, pero tan lejos de mí. Sabía que era por la edad, eso parecía importar. Para ellas. Y para mí. Nací “un poco tarde”. Esa es la expresión que ellas usaban. Un día, ellas estaban hablando entre ellas en la mesa de la cocina y hablaban de mí y esa fue la expresión que usaron. No era la primera vez que escuchaba a alguien decir eso, así que decidí confrontar a mis hermanas porque no me gustaba que pensaran así. No sé, solo como que perdí. Miré a mi hermana, Cecilia, y dije:

—Naciste muy temprano. —Le sonreí y sacudí mi cabeza—. ¿No es triste? ¿No es demasiado malditamente triste?

Mi otra hermana, Sylvia, me sermoneó.

—Odio esa palabra. No hables así. Es irrespetuoso.

Como si ellas me respetaran, sí, claro que lo hacían.

Ellas le dijeron a mamá que estaba usando malas palabras. Mamá odiaba las malas palabras. Ella me miró con esa mirada.

—Esa palabra muestra una extrema falta de respeto y una extrema falta de imaginación. Y no tuerzas los ojos. —Pero me metí en un problema peor por negarme a disculparme. Lo bueno fue que mi hermana no uso la expresión “nació muy tarde” nunca más. Al menos no delante de mí.

Creo que estaba furioso porque no podía hablar con mi hermano. Y estaba furioso porque tampoco podía hablar con mis hermanas realmente. No es que no les importara, es solo que me trataban más



BENJAMIN ALIRE SAENZ

como un hijo. No necesitaba tres madres, así que realmente estaba solo. Y estar solo me hizo querer hablar con alguien de mi edad. Alguien que entendiera que usar malas palabras no era una medida de mi falta de imaginación. Algunas veces usar esas palabras me hacía sentir libre.

Hablar conmigo mismo en mi diario calificaba como hablar con alguien de mi edad. A veces me gustaría escribir todas las malas palabras que se me ocurran. Eso me haría sentir mejor. Mi madre tenía sus reglas. Para mi padre: no fumar en la casa. Y para los demás: no maldiciones. Ella no fue a por ello. Incluso cuando mi padre dejó salir una cadena de palabras interesantes, ella lo miró y dijo:

—Sal de aquí, Jaime. Tal vez encuentres un perro que aprecie ese tipo de lenguaje.

Mamá era suave, pero también muy estricta. Creo que así fue como sobrevivió. Yo no iba a entrar en la cosa de las maldiciones con mi mamá, así que maldecía más que todo en mi cabeza.

Y entonces estaba esta cosa con mi nombre. Angel Aristotle Mendoza. Odiaba el nombre Angel y nunca dejaba a nadie decirme así. Todos los chicos que conocía llamados Angel eran verdaderos cabrones. Tampoco me gustaba Aristotle. Y aunque sabía que era el nombre de mi abuelo, también sabía que había heredado el nombre del filósofo más famoso del mundo. Lo odiaba. Todos esperaban algo de mí. Algo que no les podía dar. Así que me renombre Ari, si cambiaba un par de letras de mi nombre era aire¹³. Podría ser algo y nada al mismo tiempo, podría ser necesario y a la vez invisible. Todos me necesitarían y nadie podría verme.

¹³ En inglés aire se escribe “air”.

Ocho

Mi mamá interrumpió mis pensamientos, si eso es lo que eran.

—Dante está en el teléfono.

Caminé más allá de la cocina y noté que mi mamá estaba limpiando todos sus gabinetes. Lo que sea que significara el verano, para mamá era trabajo. Me tiré en el sofá en la sala y agarré el teléfono.

—Hola —dije.

—Hola —contestó—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada. Todavía no me siento muy bien. Mi mamá me llevará al médico esta tarde.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos ir a nadar.

—Mierda —dije—, no puedo. Yo solo... tú sabes.

—Sí, lo sé. Así que solo estás pasando el tiempo.

—Sí.

—¿Estás leyendo algo, Ari?

—No. Estoy pensando.

—¿Sobre qué?

—Cosas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Cosas?

—Tú sabes, Dante, cosas.

—¿Cómo que, Ari?

—Ya sabes, como que mis dos hermanas y mi hermano son mucho mayores que yo y cómo eso me hace sentir.

—¿Qué edad tienen tus hermanas y hermano?

—Mis hermanas son gemelas. No idénticas, pero se parecen. Tienen veintisiete. Mi madre las tuvo cuando tenía dieciocho años.

—Guau —dijo—. Veintisiete.

—Sí, guau.

—Yo tengo quince años y tengo tres sobrinas y cuatro sobrinos.

—Creo que eso es realmente genial, Ari.

—Confía en mí, Dante, no es genial. Ni siquiera me llaman tío Ari.

—Así que, ¿Cuántos años tiene tu hermano?

—Tiene veinticinco.

—Siempre quise tener un hermano.

—Sí, bueno, bien podría no tener uno.

—¿Por qué?

—Nosotros no hablamos de él. Es como si estuviera muerto.

—¿Por qué?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Está en la cárcel, Dante. —Nunca le había contado a nadie acerca de mi hermano. Nunca le había dicho una palabra acerca de él a otro ser humano. Me sentí mal por hablarlo.

Dante no dijo nada.

—¿Podemos no hablar de él?

—¿Por qué?

—Me hace sentir mal.

—Ari, tú no hiciste nada.

—No quiero hablar de él, ¿de acuerdo, Dante?

—Bueno. Pero tú sabes, Ari, tienes una vida muy interesante.

—En realidad no —dije.

—Sí, de verdad —dijo—. Por lo menos tienes hermanos. Yo solo tengo una madre y un padre.

—¿Primos?

—Ellos no me quieren. Piensan que yo, bueno, piensan que soy un poco diferente. Son muy mexicanos, ya sabes. Y yo soy una especie de, bueno, ¿cómo me has llamado?

—*Pocho*.

—Eso es exactamente lo que soy. Mi español no es muy bueno.

—Puedes aprender —dije.

—Aprender en la escuela es diferente que aprender en casa o en la calle. Y es muy difícil porque la mayoría de mis primos son del lado de mi madre y son muy pobres. Mi madre es la más joven y ella realmente



BENJAMIN ALIRE SAENZ

luchó con su familia para que así pudiera ir a la escuela. Su padre no creía que una niña debería ir a la universidad. Así que mamá dijo: “Al diablo, voy de todos modos”.

—No me imagino a tu madre diciendo “al diablo”.

—Bueno, probablemente no dijo eso, pero encontró la manera. Era muy inteligente e hizo su camino a través de la universidad y después tuvo un tipo de beca para ir a la escuela de postgrado en Berkeley. Y ahí es donde conoció a mi padre. Nací en algún lugar de ahí. Ambos tenían sus estudios. Mi madre se convertía en psicóloga. Mi padre en profesor de inglés. Quiero decir, los padres de mi padre nacieron en México. Ellos viven en una pequeña casita en el este de Los Angeles y no hablan inglés y son dueños de un pequeño restaurante. Es como si mi mamá y papá crearon un mundo nuevo por sí mismos. Yo vivo en su nuevo mundo. Pero ellos entienden el antiguo mundo, el mundo del que vinieron, y yo no. No pertenezco a ninguna parte. Ese es el problema.

—Lo haces —le dije—. Pertenesces a dondequiera que vayas. Eso es justo lo que eres.

—Nunca me has visto alrededor de mis primos. Me siento como un bicho raro.

Yo sabía lo que era sentirse así.

—Lo sé — le dije—. También me siento como un bicho raro.

—Bueno, al menos eres un verdadero mexicano.

—¿Qué se yo de México, Dante?

El silencio por teléfono era extraño.

—¿Crees que siempre será así?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿cuándo empezamos a sentir que el mundo nos pertenece?

Quería decirle que el mundo nunca nos pertenecería.

—No lo sé —le dije.

—Mañana.



Nueve

Fui a la cocina y observé a mi mamá mientras limpiaba sus gabinetes.

—¿De qué estaban hablando tú y Dante?

—De cosas.

Quería preguntarle acerca de mi hermano. Pero sabía que no lo iba a hacer.

—Estaba diciéndome sobre su mamá y su papá, de cómo se conocieron en la escuela en Berkeley. De cómo nació ahí. Dice que recuerda a sus padres leyendo y estudiando todo el tiempo. Mi mamá sonrió.

—Igual que tú y yo.

—Yo no lo recuerdo.

—Yo estaba terminando mi licenciatura cuando tu padre estaba en la guerra. Me ayudó a sacar mi mente de otras cosas. Estaba preocupada todo el tiempo. Mi mamá y mis tías me ayudaron a cuidar de tus hermanas y tu hermano mientras iba a la escuela y estudiaba. Y cuando tu padre volvió, te tuvimos a ti. —Ella me sonrió e hizo eso de peinar-mi-cabello-con-sus-dedos.

—Tu padre se puso a trabajar en la oficina postal y yo seguí yendo a la escuela. Te tuve a ti y a la escuela. Y tu padre estaba a salvo.

—¿Fue difícil?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Yo era feliz. Y tú eras tan buen bebe. Pensé que había muerto e ido al cielo. Compramos esta casa. Tuve que trabajar, pero era nuestra. Estaba haciendo lo que siempre había querido hacer.

—¿Siempre quisiste ser maestra?

—Siempre. Cuando era pequeña no teníamos cosa alguna, pero mi mamá entendía lo mucho que significaba la escuela para mí. Ella lloró cuando le dije que iba a casarme con tu padre.

—¿Ella no lo quería?

—No, no era eso. Ella solo quería que yo siguiera en la escuela. Le prometí que lo haría. Me tomó un tiempo, pero mantuve mi promesa.

Esa fue la primera vez que yo había visto a mi madre como una persona. Una persona que era mucho más que solo mi madre. Era raro pensar en ella de otra manera. Quería preguntarle acerca de mi padre, pero no sabía cómo.

—¿Él fue diferente? ¿Cuándo regresó de la guerra?

—Sí.

—¿Qué cambió?

—Hay una herida en algún lugar dentro de él, Ari.

—¿Pero qué es? La herida, ¿qué es?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo, mamá?

—Porque es de él. Es solo de él, Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Comprendí que ella había apenas aceptado la herida privada de mi padre.

—¿Alguna vez sanará?

—No lo creo.

—¿Mamá? ¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Es difícil amarlo?

—No. —Ella lo dijo sin dudarlo.

—¿Lo entiendes?

—No siempre. Pero Ari, no siempre tengo que entender a la gente que amo.

—Bueno, tal vez yo sí.

—Es difícil para ti, ¿no es así?

—No lo conozco, mamá.

—Sé que te vas a enfadar conmigo cuando diga esto, Ari, pero voy a decirlo de cualquier manera. Yo pienso que algún día tú vas a entenderlo.

—Sip —le dije—. Algún día.

Algún día, entenderé a mi padre. Algún día él iba a decirme quien era. Algún día. Odio esas palabras.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Me gustaba cuando mi mamá me decía como se sentía. Ella parecía capaz de hacerlo. No es que habláramos mucho, pero a veces lo hacíamos y era bueno y me sentía como si la conociera. Y no me sentía como si conociera a mucha gente. Cuando me hablaba, era diferente que cuando estaba siendo mi madre. Cuando estaba siendo mi madre, tenía muchas ideas de lo que yo debería ser. Yo odiaba eso, peleaba contra ella por eso, no quería que se metiera.

No creí que fuera mi trabajo aceptar lo que todos decían que era y quien debía ser. *Quizá si no fueras tan callado, Ari... Quizá si pudieras ser un poco más disciplinado...* Sí, todos tenían sugerencias en cuanto a lo que estaba mal en mí y lo que debería ser. Especialmente mis hermanas mayores.

Porque era el menor.

Porque era la sorpresa.

Porque nací muy tarde.

Porque mi hermano mayor estaba en prisión y tal vez mamá y papá se culpaban.

Si tan solo hubieran dicho algo, hecho algo. Ellos no iban a cometer el mismo error. Así que estaba atrapado con la culpabilidad de mi familia, una culpa de la que ni mi madre hablaba. A veces mencionaba a mi hermano, de paso. Pero nunca decía su nombre.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Así que ahora yo era el único hijo varón. Y sentía el peso de ser un hijo en una familia mexicana. Aunque no lo quería. Pero así eran las cosas.

Me enojaba sentir que traicionaba mi familia por mencionar mi hermano a Dante. No se sentía bien. Había tantos fantasmas en nuestra casa (el fantasma de mi hermano, el fantasma de la guerra de mi padre, el fantasma de las voces de mis hermanas). Y creo que tal vez había fantasmas dentro de mí que no conocía todavía. Ellos estaban ahí. Al acecho.

Tomé mi viejo diario y hojeé las páginas. Encontré una entrada que había escrito una semana después de cumplir quince.

No me gusta tener quince.

No me gustaba tener catorce.

No me gustaba tener trece.

No me gustaba tener doce.

No me gustaba tener once.

Diez estaba bien. Me gustaba tener diez. No sé por qué pero tuve un muy buen año cuando estaba en el quinto grado.

El quinto grado fue muy bueno. La señora Pedregon fue una excelente profesora y por alguna razón, parecía que les agradaba a todos. Un buen año. Un excelente año. Quinto grado.

Pero ahora, con quince, bueno, las cosas son un poco incómodas. Mi voz está haciendo cosas graciosas y sigo topándome con otras cosas. Mi mamá dice que mis reflejos están tratando de mantenerse al día con el hecho de que estoy creciendo mucho.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No me importa mucho esto de crecer.

Mi cuerpo está haciendo cosas que no puedo controlar y no me gusta.

De repente, tengo cabellos en todas partes. Cabello bajo mis brazos, en mis piernas y cabello alrededor de mi... bueno, cabello entre mis piernas. Está bien, no me está gustando. Incluso tengo cabello en los dedos de los pies. ¿Qué es eso?

Mis pies se vuelven cada vez más grandes. ¿Qué pasa con los pies grandes? Cuando tenía diez era un poco pequeño y no estaba preocupado por el cabello. Lo único que me preocupaba era tratar de hablar bien inglés. Me hice a la idea ese año (cuando tenía diez) que no iba a hablar como otro mexicano. Iba a ser un americano. Y cuando hablara iba a sonar como si lo fuera.

Y qué si no me veía exactamente como un americano.

¿Cómo se ve un americano, de todas maneras?

¿Tiene un americano manos y pies grandes y cabello alrededor de su... bueno, cabello entre sus piernas?

La lectura de mis propias palabras me avergonzó hasta el infierno. Quiero decir, que *pendejo*¹⁴. Tenía que ser el perdedor más grande del mundo, escribiendo de cabellos, y cosas de mi cuerpo. No es de extrañar que dejara de escribir un diario. Era como tener un archivo de mi propia estupidez. ¿Por qué querría hacer eso? ¿Por qué querría recordarme lo imbécil que era?

¹⁴ En español en el original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No sé por qué no tiré el diario a través del cuarto. Seguí hojeándolo al azar. Y entonces me encontré con una sección sobre de mi hermano.

No hay fotos de mi hermano en la casa.

Hay fotos de mis dos hermanas mayores y sus matrimonios. Hay fotos de mi madre en su vestido de primera comunión. Hay fotos de mi padre cuando estuvo en Vietnam. Hay fotos mías de bebé, en mi primer día en la escuela, sosteniendo un trofeo de primer lugar con mis pequeños compañeros de equipo.

Hay fotos de mis tres sobrinas y mis cuatro sobrinos.

Hay fotos de mis abuelos, que están todos muertos.

Por toda la casa hay fotos.

Pero no hay fotos de mi hermano.

Porque está en prisión.

Nadie en mi casa habla de él.

Es como estar muerto.

Es peor que estar muerto. Al menos de los muertos se habla y logras escuchar historias de ellos. La gente sonríe cuando cuentan esas historias. Y hasta se ríen. Hasta hablan del perro que solíamos tener.

Hasta Charlie, el perro muerto, obtiene una historia.

Mi hermano no obtiene ninguna historia.

Él ha sido borrado de la historia de nuestra familia. No parece correcto. Mi hermano es más que un nombre escrito en una



BENJAMIN ALIRE SAENZ

pizarra. Quiero decir, tengo que escribir un ensayo sobre Alexander Hamilton y yo ni siquiera sé qué aspecto tiene.

Preferiría escribir un ensayo sobre mi hermano.

No creo que nadie en la escuela esté interesado en leer ese ensayo.

Me preguntaba si volvería a tener el valor de pedir a mis padres que me hablaran de mi hermano. Le pregunté a mis hermanas mayores una vez. Tanto Cecilia como Sylvia me lanzaron la mirada de “no vuelvas a hablar de ese tema”.

Recuerdo que pensé que si ellas hubieran tenido una pistola, me habrían disparado.

Me sorprendí a mí mismo susurrando una y otra vez, “mi hermano está en prisión, mi hermano está en prisión, mi hermano está en prisión”. Quería sentir esas palabras en mi boca mientras las decía en voz alta. Las palabras podían ser como comida, se sentían como algo en tu boca. Sabía a algo. “Mi hermano está en prisión”. Esas palabras sabían a amargo.

Pero la peor parte era que esas palabras vivían dentro de mí. Se escapaban de mí. Las palabras no eran cosas que pudieras controlar. No siempre.

No sabía qué me estaba pasando. Todo era caos y estaba asustado. Me sentía como el cuarto de Dante antes de que lo ordenara. Orden. Eso era lo que necesitaba. Así que tomé mi diario y empecé a escribir.

Estas son las cosas que están pasando en mi vida (sin ningún orden en particular):



BENJAMIN ALIRE SAENZ

-Tengo gripe y me siento terrible, también me siento terrible por dentro.

-Siempre me he sentido terrible por dentro. Las razones de esto siguen cambiando.

-Le dije a mi padre que siempre tengo pesadillas. Y es cierto. Nunca le había dicho eso a nadie antes. Ni siquiera a mí mismo. Solo supe que era verdad cuando lo dije.

-Odié a mi mamá por un minuto o dos porque me dijo que no tenía ningún amigo.

-Quiero saber de mi hermano. Si supiera más de él, ¿lo odiaría?

-Mi padre me sostenía en sus brazos cuando tenía fiebre y quería que me sostuviera en sus brazos por siempre.

-El problema no es que no quiera a mamá y papá. El problema es que no sé cómo quererlos.

-Dante es el primer amigo que he tenido. Eso me asusta.

-Creo que si Dante me conociera de verdad, no me querría.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Once

Tuvimos que esperar cerca de dos horas en la oficina del doctor. Pero mi mamá y yo fuimos preparados. Llevé el libro de poemas que Dante me había traído, el libro de poemas de *William Carlos William*; y mamá llevó una novela que estaba leyendo: *Bendíceme, Ultima*.

Estaba sentado en frente de ella en la sala de espera y sabía que algunas veces estaba estudiándome. Sentía sus ojos sobre mí.

—No sabía que te gustaba la poesía.

—Es el libro de Dante. Su padre tiene libros de poesía por toda la casa.

—Es una cosa maravillosa, lo que hace su padre.

—¿Te refieres a ser profesor?

—Sí. Que magnifico.

—Supongo —dije.

—Cuando fui a la universidad, nunca tuve un profesor mexicano. Ninguno. —Había una expresión en su rostro, casi de enojo.

111 Sabía tan poco de ella. Acerca de lo que había pasado, acerca de lo que se sentía ser ella. Nunca me había preocupado, para nada. Estaba comenzando a preocuparme, comenzando a preguntarme. A preguntarme acerca de todo.

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Te gusta la poesía, Ari?

—Sí, supongo que me gusta.

—Tal vez serás un escritor —dijo—, un poeta.

Sonaba como una cosa hermosa cuando lo decía. Muy hermoso para mí.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Doce

No había nada malo en mí. Eso es lo que dijo el médico. Solo estaba recuperándome de una severa gripe. Una tarde desperdiciada. Excepto que había visto la rabia aparecer en el rostro de mi madre por un instante. Era algo en lo que tendría que pensar.

Justo cuando ella se hacía menos misteriosa, se convirtió en un misterio.

Finalmente logré salir de la casa.

Encontré a Dante en la piscina, pero me quedé sin aliento fácilmente. Sobre todo, miré a Dante nadar. Parecía que iba a llover. Las lluvias, siempre venían en esta época del año. Oí el trueno distante. Mientras estábamos caminado a la casa de Dante, empezó a llover. Y después empezó a llover a cántaros.

Miré a Dante.

—No voy a correr si no lo haces.

—No voy a correr.

Así que caminamos bajo la lluvia. Quería ir más rápido, pero en cambio me ralenticé. Miré a Dante.

—¿Puedes soportarlo?

Él sonrió.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Poco a poco, hicimos nuestro camino a su casa. Bajo la lluvia. Empapados.

El padre de Dante nos hizo cambiarnos y ponernos ropa seca cuando llegamos a su casa y nos dio un sermón.

—Sé que Dante no tiene un gramo de sentido común. Pero, Ari, pensé que eras un poco más responsable.

Dante no pudo evitar interrumpir.

—Una gran oportunidad, papá.

—Él acaba de salir de una gripe, Dante.

—Estoy bien ahora —le dije—. Me gusta la lluvia. —Miré hacia el piso—. Lo siento.

Puso su mano en mi barbilla y la levantó. Me miró.

—Los chicos del verano —dijo.

Me gustó la forma en que me miró. Pensé que era el hombre más bueno del mundo. Tal vez todo el mundo era amable. Incluso mi padre. Pero el Sr. Quintana era valiente. No le importaba si todo el mundo sabía que era bueno. Dante era igual que él.

Le pregunté a Dante si alguna vez su padre de enfadaba.

—No se enoja muy a menudo. Casi nada. Pero cuando *se enoja*, trato de permanecer fuera de su camino.

—¿Qué hace que se enoje?

—Tiré sus papeles una vez.

—Hiciste eso.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No me estaba prestando atención.

—¿Qué edad tenías?

—Doce.

—Así que lo hiciste enojar a propósito.

—Algo así.

De la nada comencé a toser. Nos dimos una mirada de pánico.

—Té caliente —dijo Dante.

Asentí. Buena idea.

Nos sentamos, bebiendo nuestro té y viendo la lluvia caer en su porche delantero. El cielo estaba casi negro y entonces empezó a granizar. Era tan hermoso y aterrador, me preguntaba sobre la ciencia de las tormentas y como a veces parecía que una tormenta quería romper el mundo y cómo el mundo se negaba a romperse.

Estaba mirando el granizo cuando Dante me tocó el hombro.

—Necesitamos tener una conversación.

—¿Una conversación?

—Una charla.

—Charlamos todos los días.

—Sí, pero me refiero a una charla.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de, ya sabes, de cómo somos. Nuestros padres. Cosas como esas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Alguna vez alguien te dijo que no eras normal?

—¿Es algo que debería anhelar?

—No lo eres. No eres normal. —Negué con la cabeza—. ¿De dónde vienes?

—Mis padres tuvieron sexo una noche.

Casi podría imaginar a mis padres teniendo sexo... lo cual era un poco raro.

—¿Cómo sabes que era de noche?

—Buen punto.

Estallamos en risas.

—Está bien —dijo—. Esto es serio.

—¿Esto es como un juego?

—Sí.

—Voy a jugar.

—¿Cuál es tu color favorito?

—Azul.

—Rojo. ¿Tu coche favorito?

—No me gustan los coches.

—A mí tampoco. ¿Canción favorita?

—No tengo una. ¿Tú?

—*The Long and Winding Road*.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿*The Long and Winding Road*?

—*The Beatles*, Ari.

—No la conozco.

—Una gran canción, Ari.

—Es un juego aburrido, Dante. ¿Nos estamos entrevistando?

—Algo así.

—¿Qué puesto estoy solicitando?

—El de mejor amigo.

—Pensé que ya tenía el empleo.

—No estés tan seguro, arrogante hijo de puta. —Se acercó y me dio un puñetazo. No fuerte. Pero no suave.

Eso me hizo reír.

—Linda boca.

—¿A veces no solo quieres ponerte de pie y gritar todas las palabrotas que has aprendido?

—Cada día.

—¿Cada día? Eres peor que yo. —Miró el granizo—. Parece como nieve enfadada. —Eso me hizo reír.

117

Dante negó con la cabeza.

—Somos buenos, ¿sabías eso?

—¿Qué quieres decir?



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Nuestros padres nos convirtieron en buenos chicos. Odio eso.

—No creo que sea tan bueno.

—¿Estás en una pandilla?

—No.

—¿Consumes drogas?

—No.

—¿Bebes?

—Me gustaría.

—A mí también. Pero esa no es la cuestión.

—No, no bebo.

—¿Tienes relaciones sexuales?

—¿Sexo?

—Sexo. Ari.

—No nunca he tenido sexo, Dante. Pero me gustaría.

—A mí también. ¿Vez lo que digo? Somos buenos.

—Genial —dije—. Mierda.

—Mierda —dijo.

Y entonces nos echamos a reír.

Durante toda la tarde, Dante me lanzó preguntas. Yo las respondí. Cuando dejó de granizar y llover, el caluroso día repentinamente se





BENJAMIN ALIRE SAENZ

volvió fresco. El mundo entero parecía estar tranquilo y calmado y yo quería ser el mundo y sentirme de esa manera.

Dante se levantó del escalón del porche y se detuvo en la acera. Levantó sus brazos hacia el cielo.

—Todo es tan condenadamente hermoso —dijo. Se dio la vuelta—. Vamos a ir a dar un paseo.

—Nuestros tenis —dije.

—Papá los pondrá en la secadora. ¿A quién le importa?

—Sí, ¿a quién le importa?

Sabía que había hecho esto antes, caminar descalzo por la mojada acera, sabía que había sentido la brisa contra mi cara. Pero sentí como si no lo hubiera hecho alguna vez. Sentí que esto ocurría por primera vez.

Dante estaba diciendo algo, pero no lo estaba escuchando. Yo estaba mirando el cielo, las nubes oscuras, escuchando el distante trueno.

Miré a Dante, la brisa viva en su oscuro y largo cabello.

—Nos vamos por un año —dijo.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿cuándo?

—Mi papá va ser profesor invitado en la Universidad de Chicago durante un año. Creo que están interesados en contratarlo.

—Eso está muy bien —dije.

—Sí —dijo.

Había estado feliz, y entonces, así nomás, estaba triste. No podía soportar lo triste que estaba. No lo miré. Miré hacia el cielo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Eso es realmente genial. ¿Cuándo te vas?

—A finales de agosto.

Seis semanas. Sonreí.

—Es genial.

—Sigues diciendo “es genial”.

—Bueno, lo es.

—Sí, lo es. ¿No estás triste porque me voy?

—¿Por qué iba a estar triste?

Él sonrió y luego, no sé, había esa expresión en su rostro y era tan difícil saber lo que estaba pensando o sintiendo, lo que era extraño porque el rostro de Dante era un libro que todo el mundo sabía leer.

—Mira —dijo. Señalando un pájaro en medio de la calle que estaba tratando de volar. Me di cuenta que una de sus alas estaba rota.

—Va morir —susurré.

—Podemos salvarlo.

Dante caminó en medio de la calle y trató de agarrar al ave. Lo observé mientras recogía el pájaro asustado. Ese fue el último recuerdo antes que el coche girará bruscamente por la esquina. ¡Dante! ¡Dante! Sabía que los gritos venían dentro de mí. ¡Dante!

120

Recuerdo haber pensado que era un sueño. Todo ello. Solo un mal sueño. No dejaba de pensar que el mundo se estaba acabando. Pensé en los gorriones cayendo del cielo.

¡Dante!



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

121



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tercera parte

El fin del verano

*Recuerdas el verano de la lluvia... Debes dejar caer todo lo que
desea caer.*

—Karen Fiser



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Uno

Recuerdo al auto doblando la esquina y a Dante de pie en el medio de la calle con un ave con el ala rota. Recuerdo las resbalosas calles después de la tormenta, recuerdo gritar su nombre. ¡Dante!

Desperté en una habitación de hospital.

Mis dos piernas estaban enyesadas.

También mi brazo izquierdo. Todo parecía muy distante y todo mi cuerpo dolía y yo seguía pensando *¿qué pasó?* Tenía un ligero dolor de cabeza. *¿Qué pasó? ¿Qué pasó?* Incluso mis dedos dolían. Juro que lo hacían. Me sentía como un balón después de un juego. Maldición. Debí haber gruñido o algo porque de repente mi mamá y papá estaban junto a la cama. Mamá estaba llorando.

—No llores —dije. Mi garganta estaba realmente seca y no sonaba como yo.

Ella se mordió el labio y se estiró para peinar mi cabello con sus dedos.

Solo la miré.

—Solo no llores, ¿sí?

—Temía que nunca fueras a despertar. —Ella solo sollozó contra el hombro de mi padre.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Parte de mí empezaba a registrar todo. Otra parte de mí solo quería estar en otro lugar. Tal vez nada de eso estaba sucediendo. Pero estaba pasando. Lo hacía. No parecía real. Excepto que tenía un serio dolor. Y eso era real. Era la cosa más real que había conocido.

—Duele —dije.

Fue entonces cuando mi mamá dejó de llorar y se convirtió en ella de nuevo. Estaba feliz. Odiaba verla débil, llorosa y herida. Me pregunté si así se sintió cuando se llevaron a mi hermano a la prisión. Ella apretó un botón en mi intravenosa, luego lo puso en mi mano.

—Si sientes mucho dolor, puedes apretar esto cada quince minutos.

—¿Qué es?

—Morfina.

—Al fin logro consumir drogas.

Ella ignoró mi broma.

—Buscaré a la enfermera. —Mamá siempre estaba poniéndose en acción. Me gustaba eso de ella.

Miré alrededor y me pregunté por qué me había despertado. Seguía pensando que si solo pudiera volverme a dormir, entonces no seguiría doliendo. Prefería mis pesadillas al dolor.

Miré a mi papá.

—Está bien —dije—. Todo está bien. —Realmente no creía lo que estaba diciendo.

Mi padre tenía una sonrisa seria.

—Ari, Ari —dijo—. Eres el chico más valiente del mundo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No lo soy.

—Lo eres.

—Soy el chico que teme a sus propios sueños, papá. ¿Recuerdas?

Amaba su sonrisa. ¿Por qué no podía sonreír todo el tiempo?

Quería preguntarle qué había sucedido. Pero tenía miedo. No sé... Mi garganta estaba seca y no podía hablar, y luego todo regresó y la imagen de Dante con el ave herida apareció en mi cabeza. No podía respirar, tenía miedo, pensé que Dante podía estar muerto, y apareció todo ese pánico dentro de mí. Podía sentir algo horrible sucediendo en mi corazón.

—¿Dante? —Escuché su nombre en mi boca.

La enfermera estaba de pie junto a mí. Ella tenía una linda voz.

—Voy a comprobar tu presión sanguínea —dijo. Solo me quedé ahí y la dejé hacer lo que quería. No me importaba. Ella sonrió—. ¿Cómo va el dolor?

—El dolor está bien —susurré. Ella rió.

—Nos asustaste, joven.

—Me gusta asustar a la gente —murmuré.

Mamá negó con la cabeza.

—Me gusta la morfina —dije. Cerré mis ojos—. ¿Dante?

—Él está bien —dijo mi mamá.

Abrí mis ojos. Escuché la voz de mi padre.

—Está asustado. Realmente asustado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Pero está bien?

—Sí. Está bien. Ha estado esperando a que despiertes. —Mis padres se miraron entre sí. Escuché la voz de mi madre:

—Él está aquí.

Él estaba vivo. Dante. Me sentí respirar.

—¿Qué pasó con el ave que tenía?

Mi padre se estiró y apretó mi mano.

—Chicos locos —susurró—. Locos chicos locos. —Lo observé dejar la habitación. Mi mamá solo me observó.

—¿A dónde fue papá?

—Fue por Dante. Él no se ha ido. Ha estado aquí por las últimas treinta y seis horas... esperando a que tú...

—¿Treinta y seis horas?

—Tuviste una cirugía.

—¿Cirugía?

—Tuvieron que reparar tus huesos.

—Bien.

—Tendrás cicatrices.

—Bien.

—Estuviste despierto un poco después de la cirugía.

—No lo recuerdo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—El doctor dijo que probablemente no lo harías.

—¿Dije algo?

—Solo gemiste. Preguntaste por Dante. Él no se iría. Es un joven bastante obstinado.

Eso me hizo sonreír.

—Sí, bueno, él gana todas nuestras discusiones. Justo como las que tengo contigo.

—Te amo —susurró—. ¿Sabes cuánto te amo?

La forma en que lo dijo era linda. Ella no me lo había dicho en mucho tiempo.

—Te amo más. —Cuando era un niño solía decírselo. Creí que ella iba a llorar de nuevo. Pero no lo hizo. Bueno, había lágrimas, pero no un verdadero llanto. Ella me dio un vaso de agua y bebí un poco desde una pajilla.

—Tus piernas —dijo—. El auto pasó sobre tus piernas.

—No fue culpa del conductor —dije.

Ella asintió.

—Tuviste un muy buen cirujano. Todas las roturas están por debajo de las rodillas. Dios... —Ella se detuvo—. Creyeron que podías perder tus piernas... —Se detuvo y secó las lágrimas del rostro—. Nunca te dejaré volver a salir de nuevo, nunca.

—Fascista —murmuré.

Ella me besó.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Dulce y hermoso chico.

—No soy tan dulce, mamá.

—No discutas conmigo.

—Bien —acepté—. Soy dulce.

Ella empezó a llorar otra vez.

—Está bien —dije—. Todo está bien.

Dante y papá entraron en la habitación.

Nos miramos entre nosotros y sonreímos. Él tenía unas puntadas sobre su ojo izquierdo y el lado izquierdo de su rostro estaba todo raspado. Él tenía dos ojos negros y usaba un yeso en su brazo derecho.

—Hola —dije.

—Hola —respondió.

—Como que combinamos —bromeó.

—Yo te gano —susurré.

—Finalmente logras ganar un argumento.

—Sí, finalmente —dije—. Te ves como una mierda.

Él estaba de pie junto a mí.

—Tú también.

Solo nos miramos el uno al otro.

—Suenas cansado —observé.

—Sí.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estoy feliz de que hayas despertado.

—Sí, desperté. Pero duele menos cuando duermo.

—Salvaste mi vida, Ari.

—El héroe de Dante. Lo que siempre quise ser.

—No hagas eso, Ari. No te burles. Casi haces que te maten.

—No lo hice a propósito.

Él empezó a llorar. Dante y sus lágrimas. Dante y sus lágrimas.

—Tú me empujaste. Me empujaste y salvaste mi vida.

—Parece que te empujé y atacué tu rostro.

—Tengo carácter ahora —dijo.

—Fue esa maldita ave —dije—. Podemos culpar al ave de todo. Toda la cosa.

—Estoy harto de las aves.

—No, no lo estás.

Él empezó a llorar de nuevo.

—Déjalo —dije—. Mamá ha estado llorando, y ahora tú estás llorando... e incluso papá parece querer llorar. Reglas. Tengo reglas. Nada de llorar.

—Bien —dijo—. No más llanto. Los chicos no lloran.

—Los chicos no lloran —dije—. Las lágrimas me cansan mucho.

Dante rió. Y luego se puso serio.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Diste un salto como si estuvieses en una piscina.

—No tenemos que hablar de esto.

Él solo siguió hablando.

—Te lanzaste hacia mí, como, no lo sé, como algún tipo de jugador de fútbol atacando a un chico con un balón, y me apartaste del camino. Todo pasó tan rápido, y aun así tú solo, no lo sé, supiste qué hacer. Solo que pudiste haber muerto. —Vi las lágrimas caer por su rostro—. Y todo porque soy un idiota, de pie en medio de la calle para salvar a un estúpido pájaro.

—Estás rompiendo la regla de no llanto de nuevo —ataqué—. Y las aves no son estúpidas.

—Casi logro que murieras.

—No hiciste nada. Solo estabas siendo tú.

—No más pájaros para mí.

—Me gustan las aves —dije.

—He renunciado a ellas. Salvaste mi vida.

—Te lo dije. No lo hice a propósito.

Eso hizo que todos rieran. Dios, estaba cansado. Y dolía tanto y recordé a Dante apretando mi mano y diciendo “Lo siento. Lo siento. Ari. Ari. Perdóname. Perdóname”, una y otra vez.

130

Supongo que los efectos secundarios de la cirugía y la morfina me hacían sentir drogado. Recuerdo tararear “La Bamba”. Sé que Dante, mi mamá y mi papá seguían en la habitación, pero no pude quedarme despierto.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Recuerdo a Dante apretando mi mano. Y recuerdo pensar:
¿Perdonarte? ¿Por qué, Dante? ¿Qué hay que perdonar?

No sé por qué, pero había lluvia en mis sueños. Dante y yo estábamos
descalzos. La lluvia no se detenía.

Y yo tenía miedo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dos

No sé cuánto tiempo estuve en el hospital. Unos días. Cuatro días. Tal vez cinco. Seis. Diablos, no lo sé. Se sentía como si fuera una eternidad.

Ellos hicieron pruebas. Es lo que hacen en los hospitales. Hacían pruebas para asegurarse de que no hubiese algún otro daño interno. Especialmente daño cerebral. Un neurocirujano fue a verme. No me agradó. Tenía cabello oscuro y ojos verde oscuro muy profundos a los que no les gustaba ver a la gente. No parecía importarle. Era eso o se preocupaba demasiado. Pero la cosa era que no era muy bueno con la gente. No hablaba mucho conmigo. Tomaba un montón de notas.

Aprendí que a las enfermeras les gusta hacer pequeñas pláticas y aman tomar los signos vitales. Eso era lo que hacían. Te daban una pastilla para dormir, entonces te despertaban durante la noche. Mierda. Quería dormir. Quería dormir y despertar para ver que mis yesos ya no estaban. Eso fue lo que le dije a una de las enfermeras.

—¿Puedes ponerme a dormir y luego despertarme cuando ya me hayan quitado los yesos?

—Chico tonto —contestó la enfermera.

Sí. Chico tonto.

Recuerdo esto: mi cuarto estaba repleto de flores. Flores de todas las amigas de mi madre de su iglesia. Flores de los padres de Dante. Flores de mis hermanas. Flores de los vecinos. Flores del jardín de mi mamá.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Flores. Mierda. Nunca tuve una opinión respecto a las flores hasta entonces. Y decidí que no me gustaban.

En cierto modo me agradó mi cirujano. Él era todo acerca de lesiones deportivas. Era más o menos joven y podía decir que era un atleta, conoces a este gran gringo¹⁵ con manos grandes de dedos largos y me preguntaba sobre eso. Él tenía las manos de un pianista. Recuerdo haberlo pensado. Pero no sabía ni mierda acerca de las manos de un pianista o de un cirujano y recuerdo estar soñando sobre ello. Sus manos. En mi sueño él sanaba al pájaro de Dante y lo liberaba hacía el cielo veraniego. Fue un buen sueño. No tenía muchos de ellos.

Dr. Charles. Ese era su nombre. Él sabía lo que estaba haciendo. Un buen hombre. Sí, eso es lo que pensaba. Respondía a todas mis preguntas. Y tenía muchas.

—¿Tengo tornillos en mis piernas?

—Sí.

—¿Permanentemente?

—Sí.

—¿Y no tendrá que volver a entrar?

—Espero que no.

—Gran hablador, ¿eh, doc?

Se río.

—Eres un tipo duro, ¿eh?

¹⁵ **Gringo:** forma irrespetuosa de referirse a los estadounidenses; proviene de la guerra entre México y Estados Unidos en la que, debido al uniforme verde de los estadounidenses, los mejicanos les gritaban “Green go” (que dignifica “Fuera verde”) para que se fueran.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No creo que sea duro.

—Bueno, pienso que lo eres. Pienso que eres duro como el infierno.

—¿Sí?

—He estado a alrededor.

—¿En serio?

—Sí. En verdad, Aristotle ¿Puedo decirte algo?

—Llámeme Ari.

—Ari. —Sonrió—. Estoy sorprendido de cómo te comportaste durante la operación. Y estoy sorprendido de cuán bien estás en este momento. Es increíble realmente.

—Es suerte y genes —le dije—. Genes por parte de mi papá y mamá. Y mi suerte, bueno, no sé de donde viene esa. Tal vez de Dios.

—¿Eres un tipo religioso?

—No realmente. Esa sería mi mamá.

—Sí, bueno, Dios y las mamás generalmente se llevan bastante bien.

—Supongo —le dije—. ¿Cuándo voy a dejarme de sentir como una mierda?

—En un santiamén.

—¿En un santiamén? ¿Voy a tener picazón y dolor durante ocho semanas?

—Mejorará.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Claro. ¿Y cómo es, si mi mis piernas se rompieron debajo de las rodillas, que mi yesos están por arriba de ellas?

—Solo quiero mantenerte inmóvil por dos o tres semanas. No quiero que las flexiones. Puedes dañarte nuevamente. Los chicos rudos se empujan a sí mismos. Después de unas semanas, cambiaré tus yesos. Entonces podrás doblar las piernas.

—Mierda.

—¿Mierda?

—¿Unas cuantas semanas?

—Démosle tres semanas.

—¿Tres semanas sin doblar mis piernas?

—No es mucho tiempo.

—Es verano.

—Y después tendrás terapia física.

Tomé aire.

—Mierda. ¿Y esto? —le dije, enseñándole el yeso de mi brazo. Me estaba deprimiendo realmente.

—Esa fractura no fue tan mala. Lo quitaremos en un mes.

—¿Un mes? Mierda.

—Te gusta esa palabra, ¿verdad?

—Prefiero usar otras palabras.

Sonrió.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Mierda estará bien.

Quería llorar. Y lo hice. Principalmente estaba enojado y frustrado y sabía que él me diría que necesitaba ser paciente. Y eso fue exactamente lo que hizo.

—Solo necesitas ser paciente. Estarás como nuevo. Eres joven. Fuerte. Tienes unos huesos sanos. Tengo toda razón para creer que sanarás muy bien.

Muy bien. Paciencia. Mierda.

Revisó la sensibilidad en mis dedos, me tuvo respirando, siguiendo sus dedos con mi ojo izquierdo, y luego el derecho.

—¿Sabes? —me dijo—. Es algo asombroso lo que hiciste por tu amigo Dante.

—Mire, quisiera que la gente dejara de decir esas cosas.

Me miró. Y tenía esa mirada en su cara.

—Pudiste haber quedado paralítico o peor.

—¿Peor?

—Jovencito, pudiste haber muerto.

Muerto. Bien.

—La gente sigue diciendo eso. Mire, doc, estoy vivo.

—No te gusta ser un héroe, ¿cierto?

—Le dije a Dante que no lo hice a propósito. Todo el mundo pensó que era gracioso. No era una broma. Ni siquiera recuerdo haber saltado hacia él. No fue como si me dijera: voy a salvar a mi amigo Dante. No fue



BENJAMIN ALIRE SAENZ

así. Fue solo un reflejo, sabe, como cuando alguien te hace a pegar por debajo de la rodilla. Tu pierna solo pateo. Así fue como pasó. Solo sucedió.

—¿Solo un reflejo? ¿Solo sucedió?

—Exacto.

—¿Y no eres responsable por nada de eso?

—Era una de esas cosas.

—¿Una de esas cosas?

—Sí.

—Tengo una teoría diferente.

—Claro que la tiene; es un adulto.

Se rió.

—¿Qué es lo que tienes en contra de los adultos?

—Tienen muchas ideas sobre quiénes somos. O quienes deberíamos ser.

—Ese es nuestro trabajo.

—Bien —le contesté.

—Bien —me dijo—. Escucha, hijo, sé que no piensas en ti como alguien valiente y con coraje o alguna de esas cosas. Claro que no lo haces.

—Solo soy un chico normal.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, así es como te ves a ti mismo. Pero, empujaste a tu amigo fuera del camino por dónde venía el auto. Hiciste eso, Ari, y no pensaste en ti o en lo que te pudo haber pasado. Lo hiciste porque es quien eres. Yo lo pensaría de ser tú.

—¿Para qué?

—Solo piénsalo.

—No estoy seguro de querer pensar en todo eso.

—Está bien. Solo para que lo sepas, Ari, pienso que eres un joven único. Eso es lo que pienso.

—Se lo dije, doc, solo fue un reflejo.

Me sonrió y puso su mano en mi hombro.

—Conozco a los de tu tipo, Ari. Estoy contigo. —No sé exactamente qué quiso decir con eso. Pero estaba sonriendo.

Justo después de esa plática con el Dr. Charles, el papá y la mamá de Dante vinieron a visitarme. El Sr. Quintana vino directo a mí y me dio un beso en la mejilla. Como si fuera algo normal. Supongo que para él lo era. Y de verdad, pienso que el gesto era algo bueno, sabes, tierno, pero me incomodó un poco. Era algo a lo que no estaba acostumbrado. Y él seguía agradeciéndome una y otra y otra vez. Quería decirle que parara. Pero solo le dejé seguir y seguir porque sabía cuánto amaba a Dante y él estaba muy feliz y yo estaba feliz porque él estaba feliz. Así que estaba bien.

Quería cambiar de tema. Quiero decir, no tenía mucho de lo que hablar. Me sentía como una mierda. Pero ellos estaban ahí para



BENJAMIN ALIRE SAENZ

visitarme y yo podía hablar y, sabes, podía procesar cosas en mi mente aun cuando estaba medio turbia. Así que dije:

—¿Así que estarán en Chicago por un año?

—Sí —contestó el Sr. Quintana—. Dante aún no me ha perdonado.

Solo me le quedé mirando.

—Él aún está enojado. Dice que no lo tomamos en cuenta.

Eso me hizo sonreír.

—No quiere perderse el nadar por un año. Me dijo que podía vivir contigo por un año.

Eso me sorprendió. Dante tenía más secretos de los que me imaginaba. Cerré mis ojos.

—¿Estás bien, Ari?

—La picazón me enloquece a veces. Así que solo cierro mis ojos un momento.

Él tenía esta mirada tierna en su cara.

No le dije que lo mío era imaginarme cómo se vería mi hermano cada vez que no podía soportar la sensación en mis piernas.

—De todas maneras, es bueno platicar —les dije—. Distrae mi mente. —Abrí mis ojos—. Así que Dante está molesto con ustedes.

—Bueno, le dije que no había manera de que lo fuera a dejar atrás durante un año.

Imaginé a Dante dándole una mirada a su padre.

—Dante es terco.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Oí la voz de la Sra. Quintana:

—Lo sacó de mí.

Eso hizo que sonriera. Sabía que era verdad.

—¿Sabes lo que pienso? —me dijo—. Pienso que Dante te extrañará. Pienso que esa es la verdadera razón por la que no se quiere ir.

—También lo extrañaré —le contesté. Sentí haber dicho eso. Era verdad, de acuerdo, pero no tenía que haberlo dicho.

Su padre me miró.

—Dante no tiene muchos amigos.

—Yo siempre he pensado que él le agrada a todo el mundo.

—Es verdad. A todos les agrada Dante. Pero él siempre ha sido un solitario. Parece que no se lleva muy bien con las multitudes. Siempre ha sido de esa manera. —Me sonrió—. Como tú.

—Tal vez —le dije.

—Eres el mejor amigo que nunca ha tenido. Creo que deberías saberlo.

No quería saberlo. No sabía por qué no quería saberlo. Le sonreí. Él era un buen hombre. Y estaba hablando conmigo. A mí. A Ari. Y a pesar de no querer tener esa conversación, sabía que tenía que seguir con ella. No había mucha gente buena en el mundo.

140

—Sabes, soy un tipo aburrido si lo piensas. No sé qué es lo que Dante ve en mí. —No podía creer que se los había dicho.

La Sra. Quintana había estado parada un poco más allá, pero se acercó y se quedó justo al lado de su esposo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Por qué piensas eso Ari?

—¿Qué?

—¿Por qué piensas que eres aburrido?

Dios, pensé, la terapeuta ha aparecido. Solo me encogí de hombros. Cerré mis ojos. De acuerdo, sabía que cuando abriera los ojos, ellos aún estarían ahí. Dante y yo estábamos malditos con padres que se preocupaban. ¿Por qué no podían solo dejarnos solos? ¿Qué pasó con los padres que están muy ocupados o son egoístas o que solamente no les importaban nada lo que sus hijos hicieran?

Decidí abrir nuevamente mis ojos.

Sabía que el Sr. Quintana iba a decir algo más. Podía presentirlo. Pero tal vez el sintió algo sobre mí. No lo sé. No dijo nada más.

Empezamos a hablar sobre Chicago. Estaba contento de que no estuviéramos hablando de Dante o de mí o de lo que pasó. El Sr. Quintana dijo que la universidad les había encontrado un pequeño lugar. La Sra. Quintana estaba tomando ocho meses sabáticos en su trabajo. Así que realmente no sería un año completo. Solo un año escolar. No tanto tiempo.

No recuerdo todo lo que los Quintana dijeron. Ellos realmente lo intentaban, y parte de mí estaba feliz de que ellos estuvieran ahí, pero a una parte de mí no le importaba nada. Y, por supuesto, la conversación cambió de regreso a Dante y a mí. La Sra. Quintana dijo que llevaría a Dante con un psicólogo.

—Se siente tan mal —me dijo. Comentó que tal vez fuera una buena idea si yo también veía a un psicólogo. Sí, tenía que decir eso de la terapia—. Estoy preocupada por ustedes —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Debería tener un café con mi mamá —le contesté—. Se pueden preocupar juntas.

El Sr. Quintana pensó que eso era gracioso, pero no quise decirlo de esa manera.

La Sra. Quintana me sonrió.

—Aristotle Mendoza, no eres para nada aburrido.

Después de un rato, me encontraba cansado y dejé de concentrarme.

No sabía por qué no podía soportar la gratitud que se reflejaba en los ojos del Sr. Quintana cuando se despidió. Pero fue la Sra. Quintana la que realmente me afectó. A diferencia de su esposo, ella no era el tipo de mujer que dejaba a los demás ver lo que realmente sentía. No que no fuera decente y buena y todo eso. Desde luego que lo era. Era solo que cuando Dante decía que su mamá era impenetrable, yo sabía exactamente a qué se refería.

Antes de que se fuera, la Sra. Quintana tomó mi rostro entre sus manos, me miró a los ojos, y me dijo en voz baja:

—Aristotle Mendoza, te amaré por siempre. —Su voz era segura, fiera y suave y no habían lágrimas en sus ojos. Sus palabras eran sobrias y serenas y me miró directamente porque quería que supiera que en verdad sentía cada una de sus palabras.

Esto es lo que entendí: una mujer como la Sra. Quintana no usaba la palabra "amor" muy seguido. Y cuando ella la decía, lo decía en serio. Y una cosa más que entendí: la madre de Dante lo amaba más de lo que él jamás sabría. No sabía qué hacer con esa información. Así que solo me la guardé. Eso era lo que hacía con todo. Mantenerlo dentro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

143



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

Recibí una llamada de Dante.

—Lamento no haber ido a verte —dijo.

—Está bien —le dije—. Realmente no estoy de humor para hablar con la gente.

—Yo tampoco —dijo—. ¿Mi mamá y papá te extenuaron?

—No. Ellos son agradables.

—Mi mamá dice que tengo que ir a un terapeuta.

—Sí, ella me dijo algo como eso.

—¿Vas a ir?

—Yo no voy a ninguna parte.

—Tu mamá y mi mamá, ellas hablaron.

—Apuesto a que sí. ¿Así que vas a ir?

—Cuando mamá piensa que algo es una buena idea, no hay escapatoria. Lo mejor es seguir la corriente.

Eso me hizo reír. Quería preguntarle qué le diría al psicólogo. Pero no creía que realmente quisiera saber.

—¿Cómo está tu cara? —pregunté.

—Me gusta mirarla fijamente.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Eres muy raro. Tal vez sea una buena idea para que veas a un consejero.

Me gustó oírle reír. Hacía que las cosas parecieran normales. Una parte de mí pensaba que las cosas nunca volverían a ser normales.

—¿Todavía duele mucho, Ari?

—No lo sé. Es como si mis piernas se adueñaran de mí. No puedo pensar en otra cosa. Solo quiero arrancarme el yeso y, mierda, no lo sé.

—Todo es mi culpa. —Odiaba esa cosa en su voz.

—Escucha —le dije—. ¿Podemos tener algunas reglas aquí?

—¿Reglas? ¿Más reglas? ¿Te refieres a la regla de no llorar?

—Exactamente.

—¿De casualidad te quitaron la morfina?

—Sí.

—Solo estás de mal humor.

—Esto no es acerca de mi estado de ánimo. Se trata de las reglas. No sé cuál es el gran problema, tú amas las reglas.

—Odio las reglas. Me gusta romperlas en su mayoría.

—No, Dante, te gusta hacer tus propias reglas. Siempre y cuando sean tuyas y te gusten.

145

—Oh, ¿así que ahora me estás analizando?

—Ves, no tienes que ir a un consejero. Me tienes a mí.

—Le diré a mi mamá.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Quiero saber que dice. —Creo que los dos estábamos sonriendo—. Mira, Dante, solo quiero decir que tenemos que tener algunas reglas aquí.

—¿Reglas Post-op¹⁶?

—Puedes llamarlas así, si quieres.

—Muy bien, ¿cuáles son las reglas?

—Regla número uno: no vamos a hablar sobre el accidente. Nunca. Regla número dos: deja de decir gracias. Regla número tres: todo esto no es tu culpa. Regla número cuatro: vamos a seguir adelante.

—No estoy seguro de que me gusten las reglas, Ari.

—Llévalo con tu psicólogo. Pero esas son las reglas.

—Suenas como si estuvieras enojado.

—No estoy enojado.

Me di cuenta de que Dante estaba pensando. Él sabía que yo hablaba en serio.

—Está bien —dijo—. No vamos a hablar sobre el accidente. Es una regla estúpida, pero está bien. ¿Y puedo solo decir “Lo siento” una vez más? ¿Y puedo decir “gracias” una vez más?

—Lo acabas de hacer. No más, ¿de acuerdo?

—¿Estás rodando los ojos?

—Sí.

—Está bien, no más.

¹⁶ **Post-op:** se refiere al lapso después de una operación.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Esa tarde, él tomó el autobús y me fue a visitar. Él lucía, bueno, no muy bien. Trató de fingir que no le hacía daño mirarme pero nunca podía ocultar nada de lo que sentía.

—No te sientas mal por mí —le dije—. El doctor dijo que me iba a sanar muy bien.

—¿Muy bien?

—Eso es exactamente lo que dijo. Así que me dio de ocho a diez o doce semanas, y voy a ser yo mismo otra vez. No es que ser yo mismo sea una gran cosa.

Dante rió. Entonces me miró.

—¿Vas a crear una regla de no reír?

—La risa siempre es buena. Reír funciona.

—Bien —dijo. Se sentó y sacó algunos libros de su mochila—. Te he traído material de lectura. *Las Viñas de la Ira y Guerra y Paz*.¹⁷

—Genial —dije. Él me dio una mirada.

—Podría haberte traído más flores.

—Odio las flores.

—No sé cómo pero me imaginé eso. —Él me sonrió.

Me quedé mirando los libros.

—Son jodidamente largos —le dije.

—Ese es el punto.

¹⁷ *The Grapes of Wrath* escrito por John Steinbeck en 1939. Y *War and Peace* escrito por Leo Tolstoy en 1869.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Supongo que tengo tiempo.

—Exactamente.

—¿Tú los has leído?

—Por supuesto que lo he hecho.

—Por supuesto que lo has hecho.

Él deslizó los libros sobre la repisa al lado de mi cama.

Negué con la cabeza. Sí. Tiempo. Mierda.

Él sacó su cuaderno de dibujo.

—¿Me vas a dibujar con mi yeso?

—No. Solo pensé que tal vez te gustaría ver algunos de mis dibujos.

—Está bien —le dije.

—No te emociones demasiado.

—No es eso. El dolor va y viene.

—¿Te duele en este momento?

—Sí.

—¿Estás tomando algo?

—Estoy tratando de no hacerlo. Odio la forma que me hace sentir lo que sea que me dan. —Apreté el botón de la cama para poder sentarme. Quería decir "Odio esto" pero no lo hice. Quería gritar. Dante me entregó su cuaderno de dibujo. Empecé a abrirlo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Puedes verlo después de que me vaya. —Supongo que estaba sosteniendo una pregunta en mi cara—. Tú tienes reglas. Yo también las tengo.

Eso fue bueno para reír. Me entraron ganas de reír, reír y reír hasta que reír me convirtiera en otra persona. La cosa realmente grandiosa de la risa era que me hacía olvidar la sensación extraña y horrible de mis piernas. Aunque fuera solo por un minuto.

—Háblame de las personas en el autobús —le dije.

Él sonrió.

—Había un hombre en el autobús que me habló de los extraterrestres en Roswell. Dijo que... —No sé si realmente escuché la historia. Supongo que era suficiente con escuchar la voz de Dante. Era como escuchar una canción. Me quedé pensando en el pájaro con el ala rota. Nadie me dijo qué pasó con el pájaro. Y ni siquiera podía preguntar porque estaría rompiendo mi propia regla de no hablar sobre el accidente. Dante seguía contando la historia del hombre en el autobús y los extraterrestres en Roswell y cómo algunos habían escapado a El Paso y planeaban pasar por el sistema de transporte.

Mientras lo observaba, el pensamiento de que lo odiaba me vino a la cabeza.

Él me leyó algunos poemas. Ellos estaban bien, supongo. Yo no estaba de humor.

149

Cuando por fin se fue, me quedé mirando su cuaderno de dibujo. Nunca había dejado que nadie mirara sus bocetos. Y ahora él me los estaba mostrando. A mí. Ari.

Sabía que él solo me dejaba ver su trabajo porque estaba agradecido.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Odiaba toda esa gratitud.

Dante sentía que me debía algo. No quería eso. Eso no.

Tomé su cuaderno de dibujo en mis manos y lo arrojé al otro lado de la habitación.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

Era solo mi suerte que mi madre entrara en la habitación al mismo tiempo en que el cuaderno de dibujo de Dante golpeó la pared.

—¿Quieres decirme de qué se trata eso?

Negué con la cabeza.

Mi madre cogió el cuaderno de dibujo. Ella se sentó. Iba a abrirlo.

—No hagas eso —le dije.

—¿Qué?

—No lo mires.

—¿Por qué?

—A Dante no le gusta que la gente mire sus bocetos.

—¿Solo tú?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué lo lanzaste por la habitación?

—No lo sé.

—Sé que no quieres hablar de esto, Ari, pero yo creo...

—No quiero saber lo que piensas, mamá. Es solo que no quiero hablar.

—No es bueno para ti mantener todo en tu interior. Sé que esto es duro. Y los próximos dos o tres meses, más o menos, van a ser muy



BENJAMIN ALIRE SAENZ

difíciles. Mantener todo enfrascado dentro de ti no te va a ayudar a sanar.

—Bueno, tal vez tendrás que llevarme a ver algún psicólogo y hacer que hable de mis problemas.

—Reconozco el sarcasmo cuando lo oigo. Y no creo que un terapeuta sea una mala idea.

—¿Tú y la señora Quintana están haciendo acuerdos a puerta cerrada?

—Eres un chico sabio.

Cerré los ojos y los abrí.

—Voy a hacer un trato contigo, mamá. —Casi podía saborear la ira en mi lengua. Lo juro—. Me hablas de mi hermano y hablaré de lo que siento.

Vi la expresión en su rostro. Ella lucía sorprendida y herida. Y enojada.

—Tu hermano no tiene nada que ver con nada de esto.

—¿Crees que tú y papá son los únicos que pueden mantener las cosas dentro? Papá mantiene toda una guerra dentro de él. También puedo mantener las cosas en el interior.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—No es así como yo lo veo. Tú vas a un consejero. Papá va a un consejero. Y tal vez después de eso, yo vaya a un consejero.

—Voy a tomar una taza de café —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tómate tu tiempo. —Cerré los ojos. Supongo que iba a ser mi nueva cosa. No podía exactamente salir hecho una furia. Solo tendría que cerrar los ojos y dejar afuera al universo.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

Mi papá me visitó cada noche.

Quería que se fuera.

Él trató de hablar conmigo, pero no estaba funcionando. Él solamente se sentaba allí. Eso me volvía loco. Tengo esa idea en mi cabeza.

—Dante dejó dos libros —le dije—. ¿Cuál te quieres leer? Leeré el otro.

Él eligió *Guerra y la Paz*.

Las Viñas de la Ira estaban bien para mí.

No fue tan malo, yo y mi padre sentado en una sala de hospital. Leyendo.

Mis piernas me picaban como locas.

A veces, solo quiero respirar.

La lectura ayudó.

A veces, sentía que mi padre me estudiaba.

Me preguntó si yo todavía tenía sueños.

—Sí —le dije—. Ahora estoy buscando mis piernas.

—Las encontrarás —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Mi madre nunca mencionó la conversación que habíamos tenido sobre mi hermano. Ella solo pretendía que no había ocurrido. No estaba seguro de cómo me sentía al respecto. Lo bueno era que ella no me estaba presionando a hablar. Pero, ya sabes, solo pasábamos el rato, ella tratando de asegurarse de que estaba cómodo. No me sentía cómodo. ¿Quién diablos podía estar cómodo con dos yesos en las piernas? Necesitaba ayuda para hacer todo. Y estaba cansado de las bacinillas. Y de tomar paseos en silla de ruedas. Mi mejor amiga, la silla de ruedas. Y mi mejor amiga, mi mamá. Ella me estaba volviendo loco.

—Mamá, estás merodeando. Vas a hacer que me diga la palabra con “J”¹⁸. Realmente lo harás.

—No te atrevas a decir esa palabra delante de mí.

—Te juro que lo haré, mamá, si no paras.

—¿Qué es este papel de sabelotodo que has estado haciendo?

—No es un papel, mamá. No estoy en una obra de teatro. —Estaba desesperado—. Mamá, me duelen las piernas y cuando no duelen, pican. Se están llevando lejos la morfina.

—Lo cual es una cosa buena —interrumpió mi madre.

—Sí, está bien, mamá. No podemos tener a un pequeño adicto corriendo alrededor, ¿cierto? —Como si pudiera correr—. Mierda. Mamá, yo solo quería estar solo. ¿Eso está bien para ti? ¿Que solo quiera estar solo?

—Está bien —dijo ella.

Ella me dio más espacio después de eso.

¹⁸ La palabra con J sería Joder, en inglés sería Fuck.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dante nunca volvió a visitarme. Me llamaba dos veces al día solo para decir hola. Él había estado enfermo. La gripe. Me sentí mal por él. Sonaba terrible. Dijo que tenía sueños. Le dije que yo también tenía sueños. Un día me llamó y dijo:

—Quiero decirte algo, Ari.

—Está bien —le dije.

Y entonces él no dijo nada.

—¿Qué? —le dije.

—No importa —dijo—. No tiene importancia.

Pensé que probablemente importaba mucho.

—Está bien —le dije.

—Me gustaría que pudiéramos nadar de nuevo.

—A mí también —le dije.

Me alegré de que llamara. Pero también me alegré de que no podía venir a verme. No sé por qué. Por alguna razón pensé: mi vida será diferente ahora. Y seguí repitiéndome eso a mí mismo. Me pregunté qué habría sido perder mis piernas. Y en cierto sentido, las había perdido. No para siempre. Pero por un tiempo.

Intenté utilizar muletas. Simplemente no iba a pasar. No es que las enfermeras y mi mamá no me advirtieran. Supongo que solo tenía que verlo por mí mismo. Era simplemente imposible con mis dos piernas completamente rectas y mi brazo izquierdo enyesado.

Era difícil hacer todo. Lo peor para mí era tener que usar un orinal. Supongo que se podría decir que me parecía humillante. Esa era la



BENJAMIN ALIRE SAENZ

palabra. Ni siquiera podía tomar una ducha y realmente no podía usar ambas manos. Pero lo bueno era que podía usar todos mis dedos. Eso era algo. Creo.

Tuve que practicar el uso de una silla de ruedas con las piernas afuera. Llamé a la silla de ruedas Fidel.

El Dr. Charles vino a visitarme por última vez.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Sí —le dije.

—¿Y?

—Y creo que tomó una muy buena decisión al convertirse en un cirujano. Habría sido un pésimo terapeuta.

—Siempre has sido un listillo, ¿eh?

—Siempre.

—Bueno, puedes irte a casa y ser un listillo allí. ¿Qué te parece?

Quería abrazarlo. Estaba feliz. Fui feliz durante unos diez segundos. Y entonces me empecé a sentir muy ansioso.

Le di a mi mamá una clase.

—Cuando lleguemos a casa, no se te permite merodear.

—¿Qué es esto de hacer todas estas reglas, Ari?

—No merodear. Eso es todo.

—Vas a necesitar ayuda —dijo.

—Pero también voy a tener que estar solo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ella me sonrió.

—*Big Brother*¹⁹ te estará vigilando.

Le devolví la sonrisa.

Incluso cuando quería odiar a mi madre, la amaba. Me pregunté si era normal que los chicos de quince años de edad amaran a sus madres. Tal vez sí. Tal vez no lo era.

Recordé entrar en el coche. Tuve que estirarme en el asiento trasero. Eso era un dolor en el trasero para mí. Era algo bueno que mi padre fuera fuerte. Todo era tan condenadamente duro y mis padres tenían mucho miedo de lastimarme.

Nadie dijo nada en el coche.

Mientras miraba hacia fuera, miré hacia las aves.

Quería cerrar los ojos y dejar que el silencio me tragara por completo.

¹⁹ ***Big Brother***: televisión de realidad en la que un grupo de personas se muda a una casa; *Big Brother* es “la voz” que les dice las reglas, los anuncios, los regaños, entre otros; por lo que siempre está vigilando.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Seis

La mañana después de que regresé a casa, mi mamá me lavó el pelo.

—Tienes un cabello tan hermoso —dijo.

—Creo que me lo voy a dejar crecer durante un tiempo —le dije. Como si tuviera una elección. Un viaje a una barbería habría sido una pesadilla.

Ella me dio un baño con esponja.

Cerré los ojos y me senté derecho para ella.

Ella me afeitó.

Cuando salió, dejando habitación, me quebré y lloré. Nunca me había sentido así triste. Nunca había estado tan triste. Nunca había estado tan triste.

Mi corazón dolía aún más que mis piernas

Sé que mi mamá me oyó. Pero tuvo la decencia de dejarme llorar solo.

Miraba por la ventana la mayor parte del día. Practicaba empujándome a en la silla de ruedas a través de la casa. Mi mamá continuaba reorganizando las cosas para que me fuera más fácil.

Nos sonreímos mucho el uno al otro.

—Puedes ver la televisión —dijo ella.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Basura para el cerebro —le dije—. Tengo un libro.

—¿Te gusta?

—Sí. Es un poco duro. No las palabras. Pero, ya sabes, sobre qué se trata. Supongo que los mexicanos no son las únicas personas pobres en el mundo.

Nos miramos uno al otro. No sonreímos realmente. Pero nos estábamos sonriendo el uno al otro en el interior.

Mis hermanas vinieron a cenar. Mis sobrinos y sobrinas firmaron mi yeso. Creo que me sonreí mucho y todo el mundo estaba hablando y riendo, y todo parecía tan normal. Me alegré por mi mamá y mi papá, porque creo que era yo el que estaba haciendo la casa triste. Cuando mis hermanas se fueron, le pregunté a mi papá si podíamos sentarnos en el porche delantero.

Me senté en Fidel. Mi madre y mi padre se sentaron en sus sillas mecedoras.

Tomamos café.

Ellos se cogieron de las manos. Me pregunté cómo era eso, tomar la mano de alguien. Apuesto que puedes encontrar todos los misterios del universo en la mano de alguien.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Siete

Era un verano lluvioso. Cada tarde, las nubes se reunían como una bandada de cuervos, y llovía. Me enamoré de la tormenta. Terminé de leer *Las viñas de la Ira*. Luego terminé de leer *Guerra y Paz*. Decidí que quería leer todos los libros de Ernest Hemingway. Mi padre decidió que leería todo lo que yo leyera. Tal vez esa era nuestra forma de hablar.

Dante vino todos los días.

Más que nada Dante hablaba y yo escuchaba. Decidió que debería leerme *El Sol También se Levanta* en voz alta. No iba a discutir con él. Nunca iba a ponerme caprichoso con Dante Quintana. Así que cada día leía un capítulo del libro. Y luego hablabamos de ello.

—Es un libro triste —dije.

—Seh. Es por eso que te gusta.

—Seh —dije—. Es exactamente cierto.

Nunca me preguntó nada sobre qué pensaba de sus dibujos. Me alegraba de eso. Había puesto su libro de dibujos debajo de mi cama y me había negado a mirarlo. Creo que estaba castigando a Dante. Me había dado una pieza de él que nunca le había dado a otro ser humano. Y ni siquiera me había molestado en mirarlo. ¿Por qué estaba haciendo eso?

Un día dejó escapar que finalmente había ido a ver a un consejero.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Esperaba que no me dijera nada de sus sesiones. No lo hizo. Me alegraba por eso. Y luego estaba como enojado porque no lo hacía. Bueno, estaba temperamental. E incongruente. Sí, eso era.

Dante seguía mirándome.

—¿Qué?

—¿Vas a ir?

—¿A dónde?

—A ver a un consejero, idiota.

—No.

—¿No?

Miré mis piernas.

Pude ver qué quería decir “lo siento” de nuevo. Pero no lo hizo.

—Ayudó —dijo—. Ir con el consejero. No fue tan malo. Realmente ayudó.

—¿Vas a volver?

—Tal vez.

Asentí.

—Hablar no ayuda a todos.

162

Dante sonrió.

—No que tú lo sepas.

Le devolví la sonrisa.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí. No que yo lo sepa.

163



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ocho

No sé cómo pasó, pero una mañana Dante vino y decidió que él sería el que me daría un baño de esponja.

—¿Está bien? —dijo.

—Bueno, es algo así como el trabajo de mi mamá —dije.

—Ella dijo que estaba bien —me dijo.

—¿Le preguntaste?

—Sí.

—Oh —dije—. Aun así, es realmente su trabajo.

—¿Tu papá? ¿Nunca te ha bañado?

—No.

—¿Afeitado?

—No. No quiero que lo haga.

—¿Por qué no?

—No quiero.

Estaba quieto.

—No te haré daño.

Ya me has hecho daño. Era lo que quería decir. Esas eran las palabras con las que quería abofetearlo. Las palabras eran malas. Yo era malo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Permíteme —dijo.

En lugar de decirle que se fregara a él mismo, le dije que estaba bien.

Aprendí a hacerme perfectamente pasivo cuando mi madre me bañaba o afeitaba. Cerraría mis ojos y pensaría acerca de los personajes del libro que estaba leyendo. De alguna manera eso me ayudaba a pasar.

Cerré mis ojos.

Sentí las manos de Dante en mis hombros, el agua caliente, el jabón, el estropajo.

Las manos de Dante eran más grandes que las de mi madre. Y más suaves. Era metódico, cuidadoso y lento. Me hacía sentir tan frágil como la porcelana.

Ni una sola vez abrí mis ojos.

No dijimos ni una palabra.

Sentí sus manos sobre mi pecho desnudo. En mi espalda.

Le dejé afeitarme.

Cuando terminó, abrí mis ojos. Lágrimas caían sobre su cara. Debería haberme esperado eso. Quería gritarle. Quería decirle que era yo quien debería estar llorando.

Dante tenía esta expresión en su cara. Se veía como un ángel. Y todo lo que quería hacer era poner mi puño contra su quijada. No podía soportar mi propia crueldad.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nueve

Tres semanas y dos días después del accidente, fui a la oficina del doctor para tener nuevos rayos X y nuevos yesos. Mi padre tomó el día libre. En el camino a la oficina del doctor, mi papá estaba muy conversador, lo cual era muy raro.

—Treinta de agosto —dijo mi papá.

De acuerdo, ese era mi cumpleaños.

—Pensé que tal vez querías un auto.

Un auto. Mierda.

—Sí —dije—. No manejo.

—Puedes aprender.

—Ustedes dijeron que no me querían manejando.

—Nunca dije eso. Fue tu mamá quien lo dijo.

No podía ver la cara de mi mamá desde el asiento de atrás. Y no podía exactamente inclinarme.

—¿Y qué es lo que opina mi mamá?

—¿Hablas de tu mamá la fascista?

—Sí, ella —le dije.

Nos atacamos de la risa.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Así que, ¿qué dices, Ari?

Mi papá sonaba como un chico.

—Creo que me gustaría, sabes, uno de esos *low riders*²⁰.

A mi mamá no se le pasó ni un momento.

—Sobre mi cadáver.

Lo perdí. Creo que probablemente me reí seguido por cinco minutos. Mi padre se unió a la diversión.

—De acuerdo —dije finalmente—. ¿En serio?

—En serio.

—Me gustaría una vieja camioneta.

Mi padre y madre intercambiaron miradas.

—Podemos hacer que pase —dijo mi madre.

—Solo tengo dos preguntas. La primera pregunta es: ¿me darán un coche porque se sienten mal de que esté inválido?

Mi madre estaba preparada para esa.

—No. Estarás inválido por otras tres o cuatro semanas. Después harás algo de terapia. Y después estarás bien. Y no serás más un inválido. Regresarás a ser un dolor en el trasero.

Mi madre nunca maldecía. Esto era serio.

—¿Cuál era tu segunda pregunta?

²⁰ **Low Rider:** fue una forma de manifestación de la cultura chicana y poco a poco fue permeando en la cultura afroamericana y otras en general, en la cual se modificaban coches clásicos, como una forma de vivir y manifestarse ante la sociedad.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Cuál de ustedes dos me dará lecciones de manejo?

Ambos contestaron al mismo tiempo.

—Yo.

Pensé que había que dejar que ellos lucharan por resolverlo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Odiaba estar viviendo en la pequeña y claustrofóbica atmósfera de la casa. Ya no se sentía como un hogar. Me sentía como un invitado indeseado. Odiaba estar esperando todo el tiempo. Odiaba que mis papás tuvieran tanta paciencia conmigo. Ellos no hacían nada malo. Solo trataban de ayudarme. Pero los odiaba. Y también odiaba a Dante.

Y me odiaba a mí mismo por odiarlos a ellos. Así que ahí estaba, mi propio círculo vicioso. Mi universo propio de odio.

Pensé que nunca acabaría.

Pensé que mi vida nunca iba a componerse. Pero estaba mejor con mis nuevos yesos. Podía doblar mis rodillas. Usé a Fidel por otra semana. Después el yeso de mi brazo me lo quitaron y entonces podía utilizar mis muletas. Le pedí a mi papá si podía llevar a Fidel al sótano para así nunca más tener que ver esa estúpida silla de ruedas.

Con el uso completo de mis manos, me podía bañar yo mismo. Saqué mi diario y esto es lo que escribí: *¡TOMÉ UNA DUCHA!*

Estaba casi contento. Yo, Ari, casi contento.

—Tu sonrisa regresó. —Eso es lo que dijo Dante.

—Las sonrisas son así, vienen y van.

Mi brazo estaba adolorido. El terapeuta físico me dio unos ejercicios. *Mírame, puedo mover mi brazo. Mírame.*



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Me desperté un día, fui hacia el baño y me quedé mirándome al espejo. *¿Quién eres?* Me fui hacia la cocina. Mi mamá estaba ahí, tomando una taza de café y revisando sus planes para las lecciones del siguiente año escolar.

—¿Planificando para el futuro, mamá?

—Me gusta estar preparada.

Me senté frente a ella.

—Eres una buena chica exploradora.

—Odias eso de mí, ¿no es cierto?

—¿Por qué dices eso?

—Odiabas todas esas cosas, todo eso de los exploradores.

—Papá me hizo ir.

—¿Estás listo para regresar a la escuela?

Levanté mis muletas.

—Sí, tendré que llevar pantalones cortos todos los días.

Me sirvió una taza de café y peinó mi cabello con sus dedos.

—¿Quieres un corte de cabello?

—No. Me gusta.

Sonrió.

—También me gusta.

Tomamos café juntos, mi mamá y yo. No hablamos mucho. Mayormente la vi repasar sus archivos. La luz de la mañana siempre

BENJAMIN ALIRE SAENZ

venía a través de la cocina. Y solo entonces ella se veía joven. Pensé que realmente era hermosa. Ella era hermosa. La envidiaba. Ella siempre supo exactamente quién era.

Quería preguntarle, ¿mamá, cuándo sabré quién soy? Pero no lo hice.

Mis muletas y yo regresamos a mi cuarto y saqué mi diario. He estado evitando escribir en él. Creo que estaba asustado de que toda mi rabia se derramara por las páginas. Y simplemente no quería mirar toda esa rabia. Era una diferente especie de dolor. Un dolor que no podía soportar. Trataba de no pensar. Solo empecé a escribir:

-La escuela comienza en cinco días. Último año. Supongo que tendré que ir en muletas. Todo el mundo se dará cuenta. Mierda.

-Me veo a mí mismo manejando sobre un camino desierto en una camioneta, sin nadie alrededor. Estoy escuchando a Los Lobos. Me veo tirado al ritmo de mi hermosa camioneta, viendo hacia las estrellas. Sin contaminación lumínica.

-La terapia física empezará pronto. El doctor dice que nadar será bueno. Nadar me hará pensar en Dante. Mierda.

-Cuando esté mejor, empezaré a levantar pesas. Papá tiene sus viejas pesas en el sótano.

-Dante se irá en una semana. Me alegra. Necesito un descanso de él. Estoy harto de que venga solo porque se siente mal. No sé si volveremos a ser amigos otra vez.

-Quiero un perro. Lo quiero pasear todos los días.

-¡Pasearlo todos los días! Estoy enamorado con esa idea.

-No sé quién soy.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

-Lo que realmente quiero para mi cumpleaños: que alguien hable de mi hermano. Quiero ver su fotografía en una de las paredes de nuestra casa.

-De alguna manera esperaba que este fuera el verano en el que descubriera que estaba vivo. El mundo al que papá y mamá decían que estaba esperándome allá afuera. Ese mundo realmente no existe.

Dante vino esa tarde. Nos sentamos en los escalones del porche delantero.

Estiró su brazo, ese que había estado roto en el accidente.

Estiré mi brazo, el que se había roto en el accidente.

—Mucho mejor —dijo.

Ambos sonreímos.

—Cuando algo se rompe, puede ser arreglado. —Volvió a estirar su brazo—. Tan bueno como nuevo.

—Tal vez no tan bueno como nuevo —dije—. Pero bueno de todas maneras.

Su cara había sanado. En la luz del atardecer, era perfecto nuevamente.

—Fui a nadar hoy —me dijo.

—¿Qué tal estuvo?

—Amo nadar.

—Lo sé —respondí.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Amo nadar —repitió. Estuvo tranquilo por un rato. Y luego dijo—: Amo nadar... y a ti.

No dije nada.

—Nadar y tú, Ari. Esas son las cosas que más amo.

—No deberías decir eso —le dije.

—Es verdad.

—No dije que no fuera verdad. Solo digo que no deberías decirlo.

—¿Por qué no?

—Dante, yo no...

—No tienes que decir nada. Sé que somos diferentes. No somos lo mismo.

—No somos iguales.

Sabía lo que estaba diciendo y deseaba a Dios que él fuera alguien más, alguien que no tuviera que decir las cosas en voz alta. Solo seguía asintiendo.

—¿Me odias?

No sé qué es lo que pasó en ese momento. Desde el accidente, he estado enojado con todo el mundo, odiando a todo el mundo, odiando a Dante, odiando a mi papá y mamá, odiándome a mí mismo. A todos. Pero en ese momento, supe que realmente no odiaba a nadie. No realmente. No odiaba a Dante para nada. No sabía cómo ser su amigo. No sabía cómo ser el amigo de nadie. Pero eso no quería decir que lo odiara.

—No —le dije—. No te odio, Dante.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nos quedamos sentados ahí, sin decir nada.

—¿Seremos amigos? ¿Cuando regrese de Chicago?

—Sí —contesté.

—¿En verdad?

—Sí.

—¿Lo prometes?

Miré su perfecta cara.

—Lo prometo.

Sonrió. No estaba llorando.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Once

Dante y sus padres vinieron a nuestra casa un día antes de que se fueran a Chicago. Nuestras madres cocinaron juntas. No me sorprendía que se llevaran tan bien. Eran muy parecidas en algunas cosas. Lo que sí me sorprendió fue cuán bien se llevaban mi padre y el señor Quintana. Ellos se sentaron en la sala, tomaron cerveza y hablaron sobre política. Digo, creo que más o menos sobre algunas cosas.

Dante y yo nos fuimos al porche.

Por alguna razón, a ambos nos gustaban los porches.

No estábamos realmente hablando. Creo que no sabíamos realmente qué decirle al otro. Y entonces tuve esta idea. Estaba jugando con mis muletas.

—Tu cuaderno de dibujo está debajo de mi cama. ¿Puedes traerlo por mí?

Dante titubeó. Pero entonces aceptó.

Desapareció en la casa y esperé.

Cuando regresó, me entregó el cuaderno.

—Tengo que confesar algo —le dije.

—¿Qué?

—No lo he mirado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No dijo nada.

—¿Podemos verlo juntos? —dije.

No respondió nada, así que solo abrí el cuadernillo. El primer bosquejo era un autorretrato. Él estaba leyendo un libro. El segundo era de su padre, quién también estaba leyendo. Y luego estaba otro autorretrato. Solo su rostro.

—Te ves triste en este.

—Tal vez estaba triste ese día.

—¿Estas triste ahora?

No contestó.

Cambié de hoja y me quedé mirando un retrato de mí. No dije nada. Ahí había cinco o seis bosquejos que él había hecho ese día cuando vino. Los estudié detenidamente. No había nada descuidado sobre sus dibujos. Nada descuidado. Todas las cosas que sentía eran precisas, deliberadas y completas. Y aun así parecían ser tan espontáneas.

Dante no dijo ni una palabra mientras yo veía los bosquejos.

—Son honestos —dije.

—¿Honestos?

—Verdaderos y honestos. Serás un gran artista algún día.

—Algún día —me dijo—. Mira, no tienes que quedarte el cuadernillo.

—Me lo diste. Es mío.

Eso fue todo lo que dijimos. Entonces solo nos quedamos ahí sentados.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Realmente no nos dijimos adiós esa noche. No realmente. El señor Quintana me besó en la mejilla. Eso era lo suyo. La señora Quintana puso su mano en mi barbilla y levantó mi rostro. Me miró a los ojos como si quisiera recordarme lo que me dijo en el hospital.

Dante me abrazó.

Le regresé el abrazo.

—Te veo en unos meses —dije.

—Escribiré —contestó.

Sabía que lo haría.

No estaba tan seguro de contestar sus cartas.

Mi mamá, mi papá y yo nos sentamos afuera en el porche después de que ellos se fueron. Empezó a llover y nos quedamos ahí. Sentados y viendo la lluvia en silencio. Seguía viendo a Dante bajo la lluvia sosteniendo un pájaro con el ala rota. No podía decir si estaba sonriendo o no. ¿Qué si él perdió su sonrisa? Mordí mi labio para así evitar llorar.

—Amo la lluvia —susurró mi madre.

También la amo. También la amo.

Me sentía como si fuera el chico más triste en el universo. El verano había venido e ido. El verano había venido e ido. Y el mundo estaba terminando.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuarta parte

Letras en una página

Estas son algunas palabras que nunca aprenderé a deletrear.



ARISTOTLE AND DANTE

discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Qno

Primer día de clases, Secundaria Austin, 1987.

—¿Qué te pasó, Ari? —Tenía una respuesta de una palabra para esa pregunta:

—Accidente.

Gina Navarro me acosó durante el almuerzo y dijo:

—¿Accidente?

—Sí —contesté.

—Esa no es una respuesta.

Gina Navarro. De alguna forma se sentía obligada a seguirme porque me había conocido desde primer grado. Si hay una cosa que sabía sobre Gina era que no le gustaban las respuestas simples. *La vida es complicada*. Ese era su lema. ¿Qué decir? ¿Qué decir? Entonces no dije nada, solo la miré.

—Nunca vas a cambiar, ¿no, Ari?

—El cambio está sobrevalorado.

—No que tú lo sepas.

—Sí, no que yo lo sepa.

—No estoy segura de que me agrades, Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tampoco estoy seguro de si me agradas, Gina.

—Bueno, no todas las relaciones se basan en *agrado*.

—Supongo que no.

—Escucha, soy lo más cercano que tienes a una relación de largo plazo.

—Me estás deprimiendo, Gina.

—No me culpes por tu melancolía.

—¿Melancolía?

—Búscala. Tus tristes emociones que no son culpa de nadie más además de ti. Solo mírate, ¿sí? Eres un desastre.

—¿Soy un desastre? Lárgate, Gina. Déjame solo.

—Ese es tu problema. Demasiado solo. Mucho tiempo de Ari. Habla.

—No quiero. —Sabía que ella no lo iba a dejar pasar.

—Mira, solo dime lo que pasó.

—Ya te lo dije. Fue un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Es complicado.

—Te estás burlando de mí.

—Lo notaste.

—Eres una mierda.

—Claro que lo soy.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Claro que lo eres.

—Me estás molestando totalmente.

—Deberías agradecerme. Al menos te estoy hablando. Eres el chico menos popular en toda la escuela.

Señalé a Charlie Escobedo, quien salía de la cafetería.

—No, ese es el menos popular de la escuela. Yo ni siquiera estoy cerca de ser el segundo.

Justo en ese momento Susie Byrd pasó cerca. Se sentó junto a Gina y observó mis muletas.

—¿Qué sucedió?

—Accidente.

—¿Accidente?

—Eso es lo que él afirma.

—¿Qué tipo de accidente?

—No quiere decir.

—Supongo que ustedes dos realmente no me necesitan para esta conversación, ¿cierto?

Gina se estaba enfadando. La última vez que había visto esa expresión en su rostro ella me había lanzado una roca.

—Dinos —dijo.

—Bien —dije—. Fue después de una tormenta. ¿Recuerdan la tarde en que cayó?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ambas asintieron.

—Fue ese día. Bueno, había un tipo de pie en medio de la calle y un carro se acercaba. Y me tiré y lo empujé fuera del camino. Salvé su vida. El auto pasó sobre mis piernas. Y esa es toda la historia.

—Estás tan lleno de mierda —dijo Gina.

—Es la verdad —ataqué.

—¿Esperas que crea que eres algún tipo de héroe?

—¿Me lanzarás una roca de nuevo?

—Estás tan lleno de mierda —dijo Susie—. ¿Quién era él, el tipo que supuestamente salvaste?

—No lo sé. Alguna persona.

—¿Cuál era su nombre?

Esperé un poco antes de contestar.

—Creo que su nombre era Dante.

—¿Dante? ¿Ese era su nombre? ¿Cómo si te creyéramos? —Gina y Susie compartieron una mirada: *Este tipo es jodidamente increíble*. Esa mirada. Ambas se levantaron de la mesa y se alejaron.

Estuve sonriendo el resto del día. A veces, todo lo que tienes que hacer es decir la verdad. Ellos no te creerán. Después de eso, te dejarán solo.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dos

La última clase del día era inglés, con el Señor Blocker. Un nuevo profesor, recién estrenándose en la educación escolar, pura sonrisa y entusiasmo. Todavía pensaba en que los estudiantes de secundaria eran agradables. Él no sabía nada. Dante lo hubiera querido.

Quería llegar a conocernos. Por supuesto que lo hacía. Los nuevos profesores, siempre sentí lástima por ellos. Lo intentaban demasiado. Me daban vergüenza.

Lo primero que el señor Blocker hizo fue pedir que habláramos en voz alta de las cosas interesantes que nos habían pasado durante el verano. Siempre he odiado esta basura de romper el hielo. Me hice a la idea en mi mente de preguntarle a mi madre acerca de los maestros y sus ejercicios de rompehielos.

Gina Navarro, Susie Byrd y Charlie Escobedo estaban en la misma clase. No me gustaba eso. Los tres, siempre fueron de hacerme muchas preguntas. Preguntas que no quería contestar. Querían llegar a conocerme. Sí, bueno, yo no estaba interesado en ser conocido. Quería comprarme una camiseta que dijera: “*Yo soy incognoscible*”. Pero eso solo lograría que Gina Navarro hiciera más preguntas.

183

Así que ahí estaba yo, atrapado en una clase con Gina, Susie y Charlie, y un nuevo profesor al que le gustaba hacer preguntas. En cierto modo me puse a escuchar a medias las ideas de lo que todo el mundo consideraba interesante. Johnny Alvarez dijo que había aprendido a

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

conducir. Felipe Calderón dijo que había ido a Los Ángeles para ver a su primo. Susie Byrd dijo que había ido a la Estatal de mujeres en Austin. Carlos Gallinar afirmó haber perdido la virginidad. Todo el mundo se echó a reír. *¿Quién sería ella? ¿Quién sería ella?* El señor Blocker tenía que poner algunas reglas después de eso. Decidí solo echar un vistazo. Yo era un excelente soñador. Me puse a pensar en la camioneta que esperaba recibir en mi cumpleaños. Me imaginaba a mí mismo conduciendo por una carretera de tierra, con nubes en el cielo azul, U2 sonando de fondo. Fue entonces cuando oí la voz del señor Blocker dirigida en mi dirección.

—¿Señor Mendoza? —Por lo menos dijo mi nombre. Levanté la vista hacia el señor Blocker—. ¿Está con nosotros?

—Sí, señor —le dije.

Entonces oí la voz de Gina gritando:

—Nunca le pasa nada interesante. —Todo el mundo se echó a reír.

—Eso es cierto —le dije.

Pensé que tal vez el señor Blocker se dirigiría a otra persona, pero no lo hizo. Solo esperó a que yo dijera algo.

—Una cosa interesante, ¿eh? Gina tiene razón —le dije—. No hay nada realmente interesante que me haya pasado este verano.

—¿Nada?

184

—Me fracturé mis piernas en un accidente. Supongo que eso cuenta como interesante. —Asentí, pero me sentí muy incómodo, así que decidí ser listo como todo el mundo—. Oh —dije—, nunca había probado antes la morfina. Eso fue interesante. —Todo el mundo se echó a reír.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Especialmente Charlie Escobedo, quien había dedicado su vida a experimentar con sustancias que alteran el humor.

El señor Blocker sonrió.

—Debe haber sido algo doloroso.

—Sí —le dije.

—¿Vas a estar bien, Ari?

—Sí. —Odiaba esta conversación.

—¿Todavía te duele?

—No —le dije. Era una pequeña mentira. La verdadera respuesta era más larga y complicada. Gina Navarro tenía razón. La vida *era* complicada.





BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

Tomé mi diario y lo hojeé. Estudié mi letra. Tenía mala letra. Nadie podría leerlo, pero yo sí. Esa era la buena noticia. No es que alguien querría leerlo. Me decidí a escribir algo. Esto es lo que escribí:

Este verano aprendí a nadar. No, eso no es cierto. Alguien me enseñó. Dante.

Arranqué la página.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

—¿Haces cosas para romper el hielo con tus estudiantes en el primer día de clases?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Me gusta conocer a mis estudiantes.

—¿Para qué?

—Porque soy una profesora.

—A ti te pagan para enseñar sobre el gobierno. La primera, segunda y tercera enmienda de la Constitución. Cosas como esas. ¿Por qué no te sumerges derecho en el tema?

—Le enseño a los estudiantes. Los estudiantes son personas, Ari.

—No somos tan interesantes.

—Eres más interesante de lo que crees.

—Eso es muy difícil.

—Eso es parte de tu encanto. —Tenía una mirada interesante en su cara. Reconocía esa mirada. Mi mamá, ella a veces residía en el espacio entre la ironía y la sinceridad. Eso era parte de *su* encanto.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

El segundo día de clases. Normal. Excepto por que después de la escuela mientras esperaba a mi madre, esta chica, Ileana, se acercó a mí. Sacó un marcador y escribió su nombre en uno de mis yesos.

Me miró a los ojos. Quería mirar hacia otro lado. Pero no lo hice.

Sus ojos eran como el cielo de la noche en el desierto.

Se sentía como si hubiera un mundo viviendo en su interior. Yo no sabía nada de ese mundo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Seis

Una camioneta Chevy de 1957, color rojo cereza con defensas cromadas, guardabarros cromado y llantas de cara blanca. Era la camioneta más hermosa en el mundo. Y era mía.

Recuerdo haber mirado a los oscuros ojos de mi papá y susurrar:

—Gracias.

Me sentí estúpido e inadecuado y lo abracé. Poco convincente. Pero era en serio, tanto las gracias como el abrazo. Era en serio.

Una camioneta real. Una camioneta para Ari.

Lo que no tenía: una foto de mi hermano en una de las paredes de nuestra casa.

No puedes tenerlo todo.

Me senté en la camioneta y tuve que forzarme para unirme a la fiesta. Odiaba las fiestas, incluso las que se daban en mi honor. Justo en ese momento me hubiera gustado tomar la camioneta y salir a la carretera, con mi hermano sentado a mi lado. Y también Dante. Esa hubiera sido fiesta suficiente para mí.

Supongo que *sí* extrañaba a Dante, aun cuando trataba de no pensar en él. El problema de tratar de no pensar mucho en algo era que incluso pensabas más sobre eso.

Dante.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Por alguna razón pensé en Ileana.

190



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Siete

Todos los días, me levantaba temprano y renqueando hasta mi camioneta, la cual estaba estacionada en la cochera. La retrocedía al camino de la entrada. Había todo un mundo esperando ser descubierto en una camioneta. Estar sentado en el asiento del conductor hacía que todo pareciera posible. Era extraño sentir esos momentos de optimismo. Hermoso y extraño.

Escuchar la radio y solo estar sentado ahí era mi visión de orar.

Mi mamá vino una mañana y me tomó una foto.

—¿A dónde vas a ir? —me preguntó.

—A la escuela —contesté.

—No —dijo—. Eso no es a lo que me refería. La primera vez que logres manejar esa cosa, ¿dónde la llevarás?

—Al desierto —dije. No le dije que quería ir y mirar todas las estrellas.

—¿Por tu cuenta?

—Sí —dije.

Sabía que quería preguntarme si estaba haciendo nuevos amigos en la escuela. Pero no lo hizo. Y entonces sus ojos cayeron en mi yeso.

—¿Quién es Ileana?

—Una chica.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Es bonita?

—Muy bonita para mí, mamá.

—Chico tonto.

—Sí, chico tonto.

Esa noche tuve una pesadilla. Estaba conduciendo camino abajo en mi auto. Ileana estaba sentada junto a mí. Miré hacia ella y sonreí. No lo vi a él, Dante, parado en el medio del camino. No podía detenerme. No podía parar. Cuando me desperté, estaba bañado en sudor.

En la mañana, mientras estaba sentado en mi camioneta bebiendo una taza de café, mi mamá salió de la casa. Se sentó en los escalones del porche. Palmeó el escalón junto a ella. Me miró mientras torpemente bajaba de mi camioneta. Ella había dejado de revolotear.

Hice mi camino hacia ella y me senté a su lado en el escalón de enfrente.

—Los yesos te los quitan la semana que viene —dijo.

Sonreí.

—Sí.

—Y luego la terapia —me dijo.

—Luego lecciones de manejo —dije.

—Tú padre está esperando enseñarte.

—¿Has perdido el juego de la moneda?

Se rió.

—Sé paciente con él, ¿sí?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No hay problema, mamá. —Sabía que quería hablarme de algo. Siempre podía adivinarlo.

—¿Extrañas a Dante?

La miré.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Bueno, mira, mamá; es, bueno, Dante, es como tú. Digo, él merodea algunas veces.

No dijo nada.

—Me gusta estar solo, mamá. Sé que no lo comprendes, pero me gusta.

Ella asintió y parecía como si realmente estuviera escuchando.

—Estabas gritando su nombre anoche —me dijo.

—Oh —contesté—. Fue solo un sueño.

—¿Malo?

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No realmente.

193

Me dio ese empujón, el empujón de *vamos, complace a tu madre*.

—¿Mamá? ¿Alguna vez tienes pesadillas?

—No a menudo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No como papá y yo.

—Tu padre y tú están peleando sus propias batallas.

—Tal vez. Odio mis sueños. —Podía sentir a mi mamá escuchándome. Siempre estaba ahí. La odiaba por eso. Y la amaba—. Estaba manejando mi camioneta y estaba lloviendo. No lo vi parado a medio camino. No podía detenerme. No podía.

—¿Dante?

—Sí.

Apretó mi brazo.

—Mamá, a veces deseo fumar.

—Te quitaré la camioneta.

—Bueno, al menos ahora sé qué es lo que me pasará cuando rompa las reglas.

—¿Crees que soy mala?

—Pienso que eres estricta. A veces muy estricta.

—Lo siento.

—No, no lo sientes. —Tomé mis muletas—. Algún día, voy a tener que romper alguna de tus reglas, mamá.

—Lo sé —me dijo—. Trata de hacerlo a mis espaldas, ¿quieres?

—Puedes apostararlo, mamá.

Ambos nos sentamos ahí y reímos. Como Dante y yo solíamos hacerlo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Siento lo de tus pesadillas, Ari.

—¿Papá escuchó?

—Sí.

—Lo siento.

—No puedes controlar lo que sueñas.

—Lo sé. No era mi intención atropellarlo.

—No lo hiciste. Fue solo un sueño.

No le dije que no estaba prestando atención. Que estaba mirando a una chica cuando debería de estar manejando. Y es por ello que atropellé a Dante. No le dije eso.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ocho

Dos cartas en un día de Dante. Estaban en mi cama cuando regresé de la escuela. Odiaba que mi mamá supiera de las cartas. Estúpido. ¿Qué era eso? Privacidad. Eso era. Un tipo no tiene privacidad.

Querido Ari,

Bien, realmente estoy como enamorado de Chicago. Me paseo en él algunas veces e invento historias en mi cabeza acerca de la gente. Hay más gente negra aquí que en El Paso. Me gusta eso. Hay un montón de tipos irlandeses y europeos orientales, y, por supuesto, hay mexicanos. Los mexicanos están en todos lados. Somos como gorriones. Sabes, todavía no sé si soy mexicano. No creo serlo. ¿Qué soy, Ari?

NO TENGO PERMISO DE VIAJAR EN EL "EL" DE NOCHE.

REPITO: NO LO TENGO PERMITIDO.

Mi papá y mamá siempre han pensado que algo malo me va a suceder. No sé si ellos eran así antes del accidente. Así que le dije a mi papá:

*—Papá, un auto no puede atropellar mi trasero en el subterráneo. —
Mi papá, quien es muy relajado con casi todo solo me dio esta mirada.
"No viajar en el "EL" por la noche."*

A mi papá le gusta su trabajo aquí. Solo tiene que enseñar una clase y preparar una exposición de un tema. Creo que está escribiendo sobre un poema largo post-modernista o algo como eso. Estoy seguro que mi



BENJAMIN ALIRE SAENZ

mamá y yo asistiremos a su presentación. Amo a mi papá pero no me gusta toda esta cosa académica. Demasiado análisis. ¿Qué ha pasado con leer un libro solo porque te gusta?

Mi mamá se está dando la oportunidad de escribir un libro sobre gente joven y las adicciones. La mayoría de sus clientes son adolescentes adictos. No es que ella realmente hable mucho sobre su trabajo. Pasa un montón de tiempo en la biblioteca estos días. Mis padres, son cabezas de huevo. Me gusta eso de ellos.

Tengo algunos amigos. Están bien. Diferentes, supongo. Sabes, el grupo de gente en el que me interesé son todos tipos góticos. Fui a una fiesta y tomé mi primera cerveza. Bueno, tres cervezas en realidad. Me emborraché un poquito. No mucho, pero si un poco. No puedo decidirme si me gusta o no la cerveza. Estoy pensando que cuando sea grande seré un bebedor de vino. No hablo de lo barato tampoco. No creo ser un pedante. Pero mi madre dice que sufro del síndrome del hijo único. Se lo inventó, creo. ¿Y de quién es la culpa, de todas maneras? ¿Quién los está deteniendo de tener otro niño?

En la fiesta, me ofrecieron un porro. Le di una calada o dos. Bueno, realmente no quiero hablar de eso.

Mi madre me mataría si supiera que estoy experimentando con sustancias que alteran el estado de ánimo. Cerveza y marihuana. No tan mal. Pero mi madre tendría una opinión diferente sobre eso. Ella ha hablado conmigo sobre lo que llama "Drogas de escape". Mis ojos se vidriaron cuando me dio la plática de las drogas y me dio una de sus miradas.

La cosa de la marihuana y la cerveza, es una de esas cosas que pasan en las fiestas. No es algo muy importante cuando piensas en



BENJAMIN ALIRE SAENZ

ello. No es que vaya a tener esta discusión con mi mamá. Tampoco con mi papá.

¿Has bebido una cerveza? ¿Fumado marihuana? Déjame saberlo.

Escuché a mi papá y mamá hablando. Han decidido ya que si a papá le ofrecen un trabajo aquí, lo va a rechazar. "No es un buen lugar para Dante". Ya lo han decidido. Por supuesto, no me preguntaron. Por supuesto que no. ¿Qué pasa con un poco de participación de Dante? A Dante le gusta hablar por sí mismo. Sí, le gusta.

No quiero que mis padres organicen su mundo alrededor de mí. Algún día voy a decepcionarlos. ¿Y luego qué?

La verdad es, Ari, extraño El Paso. Cuando nos mudamos ahí por primera vez, lo odié. Pero ahora pienso sobre El Paso todo el tiempo.

Y pienso en ti.

*Siempre,
Dante*

P. D. voy a nadar casi todos los días después de la escuela. Me corte el cabello. Esta realmente corto. Pero el cabello corto es bueno para nadar. El cabello largo apesta cuando tienes que nadar todos los días. No sé porque siempre lo tuve largo.

Todo el mundo tiene fiestas por aquí. Mi papá piensa que es genial que me inviten. Mi mamá, bueno, es difícil de saber qué es lo que



BENJAMIN ALIRE SAENZ

piensa. Puedo decir que tiene sus ojos abiertos. Me dijo que mis ropas olían a cigarrillos después de la última fiesta.

—Alguna gente fuma —le dije—. No puedo evitarlo. —Y me dio la mirada.

Así que el viernes en la noche, fui a esta fiesta. Y, por supuesto, había alcohol. Tomé una cerveza y he decidido que la cerveza no es para mí. Sí me gustó el vodka con jugo de naranja. Ari, había tanta gente ahí. Asombroso. ¡Éramos como cucarachas! No podías moverte sin tropezar con alguien. Así que me dediqué a rodear el lugar y platicar con la gente que estaba teniendo un buen momento.

De alguna manera, me encontré hablando con esta chica. Su nombre es Emma y es inteligente, divertida y hermosa. Estábamos en la cocina platicando y dijo que le gustaba mi nombre. Y de pronto, se acercó y me besó. Supongo que podrías decir que le regresé el beso. Ella sabía como a menta y cigarrillos y fue, bueno, Ari, fue bueno.

Nos besamos un largo tiempo.

Me fumé un cigarrillo con ella y nos besamos un poco más.

Le gustaba tocar mi cara. Me dijo que era hermoso. Nunca antes nadie me había dicho que era hermoso. Mamás y papás no cuentan.

Y luego fuimos afuera.

Ella se fumó otro cigarrillo. Me preguntó si quería otro. Le contesté que con uno era suficiente porque era un nadador.

Me dio su número.

No estoy seguro de todo esto.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

*Tu amigo,
Dante*

200



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nueve

Intenté imaginarme a Dante con el cabello corto. Traté de imaginármelo besando a la chica. Dante era complicado. A Gina le hubiera gustado Dante. No es que alguna vez fuera a presentarlos.

Estaba tendido en mi cama pensando en responder sus cartas. Pero en lugar de eso, me senté a escribir en mi diario.

¿Cómo sería besar a una chica? Especialmente Ileana. Ella no sabría a cigarrillos. ¿Cómo debe saber una chica cuando la besas?

Dejé de escribir y traté de pensar en algo más. Pensé en el estúpido ensayo sobre la Gran Depresión que no quería escribir. Pensé acerca de Charlie Escobedo quien quería que tomara drogas con él. Y empecé a pensar en Dante besando a una chica de nuevo y entonces pensé en Ileana. Tal vez ella *podría* saber a cigarrillos. Tal vez fumaba. No sabía ni una maldita cosa sobre ella.

Me senté en mi cama. No, no, no. Sin pensar en besar. Y entonces no sé por qué, pero me sentí triste. Y entonces empecé a pensar en mi hermano. Cada vez que me sentía triste, pensaba en él.

Tal vez una parte en lo profundo de mí siempre estaba pensando en él. Algunas veces me encontraba deletreando su nombre B-E-R-N-A-R-D-O. ¿Qué estaba haciendo mi cerebro, deletreando su nombre sin mi permiso?

A veces pienso que no me dejo a mí mismo saber qué es lo que realmente estoy pensando. Esto no tiene mucho sentido, pero lo tiene



BENJAMIN ALIRE SAENZ

para mí. Tengo esta idea de que la razón por la que tenemos sueños es que estamos pensando en cosas que no sabemos que las estamos pensando, y esas cosas, bueno, se nos escapan a nuestros sueños. Tal vez somos como las llantas con mucho aire en ellas. El aire tiene que escapar. Eso es lo que son los sueños.

Y ahora que lo pienso, tuve un sueño de mi hermano. Yo tenía cuatro y él tenía quince y estábamos dando un paseo. Estaba sosteniendo mi mano y yo lo miraba. Estaba feliz. Era un hermoso sueño. El cielo era azul, claro y puro.

Tal vez el sueño vino de mi memoria. Los sueños no vienen de la nada. Eso es un hecho. Creo que tal vez quiero estudiar sueños cuando sea lo suficientemente grande para escoger realmente lo que quiero estudiar. Estoy seguro como el infierno que no quiero estudiar a Alexander Hamilton. Sí, tal vez estudie sueños y de dónde vienen. Freud. Tal vez sea lo que haré: escribiré un texto sobre Sigmund Freud. De esa manera, tendré un comienzo.

Y tal vez ayudaré a la gente que tiene pesadillas. Para qué no las tengan nunca más. Pienso que me gustaría hacer eso.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

He decidido que encontraré una manera de besar a Ileana Téllez.
¿Pero cuándo? ¿Dónde? Ella no está en ninguna de mis clases.
Difícilmente la veo.

Encontrar su casillero. Ese es el plan.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Once

En el camino de regreso de la oficina del doctor, mi mamá me preguntó si le había escrito de vuelta a Dante.

—Aún no.

—Creo que deberías escribirle.

—Mamá, soy tu hijo, no una caja de sugerencias.

Me lanzó una mirada.

—Mantén los ojos en la carretera —dijo.

Cuando regresé a casa, saqué mi diario y esto es lo que escribí:

Si los sueños no vienen de la nada, ¿entonces qué significa que haya atropellado a Dante en mi sueño? ¿Qué significa que haya tenido ese sueño de nuevo? Ambas veces estaba viendo a Ileana cuando atropellaba a Dante. Bien, esto no está bien.

El aire se está escapando.

No quiero pensar en esto.

No puedo ni pensar en los sueños que tuve de mi hermano ni en los sueños acerca de Dante.

¿Esas son mis opciones?

Creo que debo conseguirme una vida.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Doce

Cuando pienso en el sueño acerca de mi hermano, pienso en el hecho de que la última vez que lo vi tenía cuatro años. Así que ahí hay una conexión directa entre el sueño y la vida. Supongo que es ahí cuando todo pasó. Él tenía quince y yo cuatro. Fue entonces cuando él hizo lo que sea que hizo. Así que ahora está en la cárcel. No en la cárcel. Prisión. Hay una diferencia. Mi tío algunas veces se emborracha y termina en la cárcel. Eso realmente molesta a mi mamá. Pero sale rápido porque no maneja cuando toma, solo termina en estúpidos lugares y se pone un poco beligerante con la gente. Si la palabra *beligerante* no hubiera sido inventada, la hubiera inventado mi tío cuando bebe. Pero alguien siempre paga su fianza y lo saca. Tú no sales rápido. La prisión es un lugar donde te encierran por un largo tiempo.

Ahí es donde está mi hermano, en prisión.

No sé si está en una prisión federal o una estatal. No sé por qué un chico tiene que ser enviado a una u otra. No es algo que te enseñen en la escuela.

Voy a averiguar por qué mi hermano está en prisión. Es un proyecto de investigación. Lo he pensado. He pensado y repensado acerca de esto. Periódicos. ¿No guardan en algún lugar los periódicos viejos?

Si Dante estuviera aquí, me podría ayudar. Es inteligente. Sabe qué hacer exactamente.

No necesito a Dante.

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Puedo hacer esto por mi cuenta.

206



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Trece

Querido Ari,

Espero que hayas recibido mis cartas. Está bien, ese fue un comienzo falso. Por supuesto que recibiste mis cartas. No voy a analizar por qué no me has contestado. Está bien, eso no es cierto. He analizado por qué es que no hay alguna carta esperándome cuando regreso de nadar. No desperdiciaré buen papel en teorías a las que he llegado cuando no puedo dormir. Este es el trato, Ari, no te molestaré para que me respondas las cartas. Lo prometo. Si quiero escribirte, entonces te escribiré. Y si no me quieres escribir, no tienes que hacerlo. Tienes que ser quien eres. Y yo tengo que ser quien soy. Es la forma en que tiene que ser. Y de todas maneras, era yo el que usualmente hacía la mayor plática.

Tengo otra cosa favorita además de pasear en el "EL": ir al Instituto de Arte de Chicago. Vaya, Ari. Deberías ver el arte de este lugar. Es asombroso. Desearía que estuvieras aquí y pudiéramos ver todo este arte juntos. Te volverías loco. Juro que lo harías. Toda clase de arte, contemporánea y no tan contemporánea y, bueno, podría seguir y seguir, pero no lo haré. ¿Te gusta Andy Warhol²¹?

Hay una pintura famosa, Nighthawks²², de Edward Hopper. Estoy enamorado de esa pintura. A veces pienso que la gente es como las personas de esa pintura, todos perdidos en sus propios universos de

²¹ **Andy Warhol:** artista plástico y cineasta estadounidense que desempeñó un papel crucial en el nacimiento y desarrollo del pop art.

²² **Nighthawks:** pintura en la que se muestra un escenario en un restaurante y las personas en distintos estados de tristeza.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

dolor, culpa y lástima, todo el mundo remoto e incognoscible. La pintura me recuerda a ti. Rompe mi corazón.

Pero Nighthawks no es mi pintura favorita. Ni por asomo. ¿Alguna vez te he dicho cuál es mi pintura favorita? Es La balsa de Medusa de Géricault. Hay toda una historia detrás de esa pintura. Está basada en una historia real acerca de un naufragio que hizo famoso a Géricault. Ves, el asunto de los artistas es que cuentan historias. Digo, algunas pinturas son como novelas.

Algún día, viajaré a París e iré al Louvre y miraré esa pintura todo el día.

He hecho las cuentas y sé que para ahora te habrán quitado tus yesos. Sé que dijiste que la regla sería que no habláramos del accidente. Diré esto, Ari. Es una regla increíblemente estúpida. Ninguna persona razonable puede esperar mantener esa regla; no que yo califique como una persona razonable. Así que, espero que tu terapia esté yendo bien y estés normal otra vez. No que seas normal. Definitivamente no lo eres.

Te extraño. ¿Puedo decir eso? ¿O es otra regla? Sabes, es interesante que tengas tantas reglas para las cosas. ¿Por qué es eso, Ari? Supongo que todo el mundo tiene reglas para ciertas cosas. Tal vez eso lo heredamos de nuestros padres. Los padres nos dan las reglas. Tal vez nos dan demasiadas reglas, Ari. ¿Has pensado en eso?

Creo que tenemos que hacer algo acerca de esas reglas.

Ya no te diré más que te extraño.

*Tu amigo,
Dante.*



BENJAMIN ALIRE SAENZ

209



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Calorce

Encontré el casillero de Ileana con la ayuda de Susie Byrd.

—No le digas a Gina nada de esto.

E—No lo haré —dijo—. Lo prometo. —Rápidamente rompió su promesa.

—Ella es problemas —dijo Gina.

—Sí, y tiene dieciocho —dijo Susie.

—¿Y?

—Eres solo un chico. Ella es una mujer.

—Problemas —repitió Gina.

Le dejé una nota a Ileana.

“Hola”, decía. Firmé con mi nombre. Soy todo un estúpido. “Hola”.
¿Qué era eso?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Quince

Pasé la tarde en la biblioteca pública buscando microfilms del periódico *El Paso*. Estaba buscando algún artículo sobre mi hermano. Pero no sabía si incluso tenía bien el año, y me rendí después de una hora y media. Tenía que haber una mejor manera de realizar esta clase de investigaciones.

Pensé en escribirle una carta a Dante. En vez de eso, encontré un libro de arte sobre el trabajo de Edward Hopper. Dante estaba en lo cierto acerca de *Nighthawks*. Era una excelente pintura. Y era verdad, lo que Hopper estaba diciendo. Me sentía como si estuviera viendo un espejo. Pero no rompía mi corazón.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dieciséis

¿Sabes cómo se ve la piel muerta cuando te quitan los yesos?

Esa era mi vida, toda esa piel muerta.

Era extraño sentirse como el Ari que solía ser. Excepto que realmente no era totalmente verdad. El Ari que solía ser ya no existía más.

¿Y el Ari en el que me estaba convirtiendo? Él todavía no existía.

Vine a casa y tomé un paseo.

Me encontré a mí mismo viendo el lugar donde había visto a Dante sosteniendo el pájaro. No sé por qué estaba ahí.

Me encontré caminando frente a la casa de Dante.

Había un perro al otro lado de la calle en el parque mirándome.

Le devolví la mirada.

Se dejó caer sobre la hierba.

Crucé la calle y el perro no se movió. Solo meneó la cola. Eso me hizo sonreír. Me senté junto a él en el pasto y me quité mis zapatos. El perro se deslizó hacia mí y puso su cabeza en mi regazo.

Solo me senté ahí y lo acaricié. Noté que no tenía collar. Después de estudiar durante un rato más, descubrí que él era una ella.

—¿Cuál es tu nombre?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

La gente les habla a los perros. No que ellos entiendan. Pero tal vez entiendan lo suficiente. Pensé sobre la última carta de Dante. Tenía que buscar la palabra *fatuo*. Me levanté y fui a la biblioteca, que estaba junto al parque.

Encontré un libro de arte que tenía la pintura de *La Balsa de Medusa*.

Me fui a casa: Ari, el chico que podía caminar de nuevo sin necesidad de muletas. Quería decirle a Dante que sus matemáticas estuvieron mal. *Me las quitaron hoy, Dante. Hoy.*

En mi camino a casa, pensé en el accidente, Dante, mi hermano y me pregunté si él sabía nadar. Pensé en papá y en cómo nunca habla sobre Vietnam. Incluso cuando tiene una fotografía con sus amigos de la guerra colgada en la pared de la sala, nunca habla sobre la foto o los nombres de sus amigos. Le pregunté una vez y fue como si no hubiera escuchado la pregunta. Nunca volví a preguntar. Tal vez el problema entre mi padre y yo es que somos iguales.

Cuando llegué a casa, noté que el perro me había seguido. Me senté en los escalones del porche y ella se acostó en la acera viéndome.

Mi papá salió.

—¿Sintiendo tus piernas de nuevo?

—Sí —le contesté.

Miró al perro.

—Ella me siguió a casa desde el parque.

—¿Estás interesado en él?

—Es una ella.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Estábamos los dos sonriendo.

—Y sí —dije—. Estoy muy interesado.

—¿Te acuerdas de Charlie?

—Sí. Amaba a ese perro.

—Yo también.

—Lloré cuando murió.

—Yo también, Ari. —Nos miramos el uno al otro—. Parece un buen perro. ¿Sin collar?

—Sin dueño, papá. Hermoso.

—Hermoso, Ari. —Se rió—. A tu madre no le gustan los perros en la casa.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecisiete

Querido Dante,

Perdona que no haya escrito. Realmente lo siento.

Ya puedo caminar normalmente. Solo para que no te sigas sintiendo culpable, ¿de acuerdo? Los rayos X se ven bien. He sanado, Dante. El doctor dice que un montón de cosas pudieron salir mal, empezando con la cirugía. Pero, como ha sucedido, nada fue mal. Imagina, Dante, nada va mal. Bien, he roto mi propia regla así que ya es suficiente sobre ese tema en particular.

¡Tengo un perro nuevo! Su nombre es Piernas porque la encontré el día que recuperé mis piernas. Me siguió a casa desde el parque. Mi papá y yo la bañamos en el patio trasero. Es realmente un gran perro. Solo se quedó ahí parada y nos dejó bañarla. Realmente mansa y melosa. No sé de qué raza realmente sea. La mejor apuesta del veterinario es que es parte pitbull, parte labrador y parte Dios ve tú a saber qué más. Ella es blanca, mediana y tiene unos círculos cafés alrededor de sus ojos. Realmente una perra muy bonita. La respuesta de mi mamá solo fue:

—El perro se queda afuera.

Esa regla no duró mucho. En la noche, dejé entrar al perro a mi cuarto. El perro duerme a mis pies. En la cama. Mi mamá odia eso. Aunque pensándolo bien, cedió bastante fácil.

—Bueno, al menos tienes un amigo —me dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Mi madre no cree que tenga suficientes amigos. Aunque tiene algo de cierto. Pero no soy bueno haciendo amigos. Pero estoy bien con eso.

No hay mucho qué reportar aparte de lo del perro. No, espera. ¿Adivina qué? ¡Me dieron una camioneta Chevy de 1957 por mi cumpleaños! Con un buen cromó. Amo la camioneta. ¡Una camioneta realmente mexicana, Dante! Ahora solo lo único que necesito es una suspensión hidráulica para andar rebotando. Como si eso fuera a pasar. Suspensión hidráulica. Mi mamá solo se me quedó mirando.

—¿Quién va a pagar por eso?

—Conseguiré un trabajo —le dije.

Papá me ha dado mi primera clase de manejo. Salimos a una carretera rural desierta en el valle superior. Lo hice bastante bien. Tengo que aprender a mantener la marcha un poco más abajo. No soy muy suave en los cambios y la camioneta se me murió un par de veces al intentar el cambio de segunda. Es cuestión de tiempo. Pisar el clutch, cambiar, gasolina, clutch, cambio, gasolina, manejar. Un día aprenderé a hacer todas estas cosas en un movimiento sencillo. Será como caminar. No tendré que pensar sobre ello.

Después de mi primera lección, estacionamos la camioneta y mi papá se fumó un cigarrillo. A veces fuma. Pero nunca en casa. A veces fuma en el patio de atrás, pero no muy seguido. Le pregunté si alguna vez iba a dejarlo.

—Ayuda con los sueños.

Sé que sus sueños son sobre la guerra. A veces trato de imaginármelo en las junglas de Vietnam. Nunca le pregunto sobre nada acerca de la guerra. Supongo que es algo que se tiene que





BENJAMIN ALIRE SAENZ

guardar para sí mismo. Tal vez sea algo terrible, mantener una guerra para ti mismo. Pero tal vez sea la forma en la que tiene que ser. Así que, en lugar de preguntarle sobre la guerra, le pregunté si tenía sueños sobre Bernardo. Mi hermano.

—A veces. —Es todo lo que dijo. Manejó mi camioneta de regreso a casa y no dijo otra palabra más.

Pienso que lo molesté al sacar el tema de mi hermano. No lo quiero molestar, pero lo hago. Siempre lo molesto. Y también a otras personas. Supongo que es lo que hago. Y te molesté. Lo sé. Y lo lamento. Estoy haciendo lo mejor que puedo, ¿de acuerdo? Así que si no escribo tantas cartas como tú, no te enojés. No lo hago para molestarte, ¿de acuerdo? Este es mi problema. Quiero tener a otras personas que me digan cómo se sienten. Pero no estoy tan seguro de querer regresarles el favor.

Creo que iré a sentarme en mi camioneta y pensar sobre ello.

Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dieciocho

Esta es la lista de lo que mi vida es ahora:

Estudiar para obtener mi licencia de manejo y estudiar fuerte para entrar a la universidad. (Esto hace feliz a mi mamá).

Levantar pesas en el sótano.

Correr con Piernas, quien no solo es un gran perro, sino también una gran corredora.

Leer las cartas de Dante (a veces tengo dos por semana).

Discutir con Gina Navarro y Susie Byrd (sobre lo que sea).

Tratar de encontrar maneras de tropezar con Ileana en la escuela.

Ver a través de microfilms del periódico El Paso en la biblioteca tratando de encontrar algo sobre mi hermano.

Escribir un diario.

Lavar mi camioneta una vez por semana.

Tener malos sueños. (Sigo atropellando a Dante en esa calle lluviosa).

Trabajar veinte horas en el Charcoaler. Voltear hamburguesas no es tan malo. Cuatro horas el jueves después de la escuela, seis horas los viernes en la noche y ocho horas el sábado. (Papá no me deja hacer horas extra).



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Esa lista cubría casi toda mi vida. Tal vez mi vida no fuera tan interesante pero al menos sí ocupada. Ocupada no quiere decir feliz. Lo sé. Pero al menos no me aburro. Estar aburrido es lo peor.

Me gusta tener dinero y me gusta el hecho de no dedicar mucho tiempo a sentir pena por mí mismo.

Me invitan a fiestas y no voy.

Bueno, fui a una fiesta, solo para ver si Ileana estaba ahí. Me fui tan pronto como Gina y Susie llegaron. Gina me acusó de ser un misántropo. Ella dijo que era el único chico en toda la maldita escuela quién aún no había besado a una chica.

—Y nunca besarás a ninguna si te sigues yendo en cuanto la fiesta se empieza a poner bien.

—¿En serio? —le dije—. ¿Nunca he besado a una chica? ¿Y cómo es exactamente que llegaste a esa pequeña información?

—Es solo un presentimiento —me contestó.

—Estás tratando de que te diga cosas sobre mi vida —dije—. No va a funcionar.

—¿A quién has besado?

—Déjalo, Gina.

—¿Ileana? No lo creo. Solo está jugando contigo.

219

Seguí caminando y le hice la señal del pájaro.

Gina, ¿qué hay con esa chica? Siete hermanas y no hermanos, ese era el problema. Supongo que ella pensaba que podía solo tomarme prestado. Podría ser el hermano al cual podría molestar. Ella y Susie



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Byrd solían ir al Charcoaler las noches de viernes cerca de la hora de cerrar. Solo para seguir molestándome. Solo para enfurecerme. Ordenan sus hamburguesas, papas fritas, cocas de cereza, se estacionan, tocan el claxon, esperan a que me acerque y solo molestan, molestan, molestan y me enfurecen. Gina estaba aprendiendo a fumar y saca sus cigarrillos como si fuera Madonna.

Una vez, tenían cerveza. Me ofrecieron una. Bien, tomé unas cervezas con ellas. Estuvo bien. Estuvo bien.

Excepto que Gina seguía preguntándome a quien había besado.

Pero entonces se me ocurrió una idea con la cual dejaría de estar cazándome.

—Sabes lo que pienso —le dije—. Creo que quieres que me incline hacia ti y te dé el beso de tu vida.

—Eso es asqueroso —me dijo.

—¿Por qué el interés, entonces? —le contesté—. Te encantaría saber cómo es mi sabor.

—Eres un idiota —dijo—. Prefiero tener una mierda de pájaro en mi boca.

—Seguro que sí —dije.

Susie Byrd dijo que estaba siendo malo. Esa Susie Byrd, siempre tienes que ser bueno cuando andas alrededor de ella. Si dices algo equivocado, llora. No me gustaba eso de la lloradera. Era una buena chica. Pero no se ayudaba nada a ella misma con eso de lloriquear.

Gina jamás volvió a mencionar el tema del beso de nuevo. Eso fue lo bueno.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ileana me encontraba a veces. Me sonreía y yo estaba cayendo un poquito más enamorado de su sonrisa. No es que yo supiera una maldita cosa sobre el amor.

La escuela estaba bien. El señor Blocker estaba aún sobre eso de compartir. Pero era un buen profesor. Nos hacía escribir bastante. Me gustaba eso. Por alguna razón, me interesaba realmente eso de la escritura. La única clase con la que estaba teniendo problemas era con la de arte electiva. No podía dibujar ni una maldita cosa. Era bastante bueno con árboles. Pero apestaba con las caras. Pero en la clase de arte, todo lo que tienes que hacer es intentar. Estaba teniendo una A por un trabajo. Pero no por talento. La historia de mi vida.

Sabía que no lo tenía tan mal. Tenía un perro, una licencia de conducir y dos pasatiempos: buscar el nombre de mi hermano en microfilms y buscar una manera de besar a Ileana.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecinueve

Mi padre y yo empezamos una rutina. Nos levantábamos muy temprano los sábados y domingos para mis clases de manejo. Pensaba, no sé lo que pensaba. Supongo que pensaba que tal vez mi papá y yo hablaríamos de cosas. Pero no lo hicimos. Hablábamos de conducir. Era todo negocios. Era todo acerca de aprender a manejar.

Papá era paciente conmigo. Él podía explicar cosas sobre manejar una camioneta y su filosofía sobre poner atención y ver al otro conductor. De hecho era un muy buen maestro, nunca se enojaba (excepto cuando hablé sobre mi hermano). Dijo una vez algo que me hizo sonreír.

—No puedes esperar ir en dos sentidos cuando estás manejando en una calle de un solo sentido. —Pensé que era algo divertido e interesante de decir. Me carcajeé cuando lo dijo. Casi nunca me había hecho reír.

Pero nunca me hizo ninguna pregunta sobre mi vida. A diferencia de mi mamá, me dejaba en mi mundo privado. Mi padre y yo éramos como esa pintura de Edward Hopper. Casi, pero no exactamente. Notaba que de alguna manera mi padre se veía más relajado consigo mismo cuando él y yo salíamos esas mañanas. Se veía tan en paz consigo mismo, como si estuviera en casa. Aun cuando no hablaba mucho, no parecía tan distante. Eso era bueno. A veces silbaba, como si estuviera contento de estar conmigo. Tal vez mi padre no necesitaba de palabras para ir por el mundo. Yo no era así. Bueno, *era* así en el exterior, pretendiendo no necesitar palabras. Pero *no lo era* en mi interior.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Descubrí algo acerca de mí mismo: en el interior no era para nada como mi papá. En el interior era más como Dante. Eso realmente me asustaba.

223



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veinte

Tuve que sacar a mi mamá para un viaje en camioneta antes de que me dejara salir por mi cuenta.

—Manejas un poco rápido —me dijo.

—Tengo dieciséis —dije—. Y soy un chico.

No dijo nada. Pero entonces me dijo:

—Si sospecho que has tomado un trago de alcohol y conducido esta camioneta, la voy a vender.

Por alguna razón eso me hizo sonreír.

—Eso no es justo. ¿Por qué tengo que pagar por el hecho de que tengas una mente sospechosa? Como si fuera esa mi culpa?

Ella solo me miró.

—Los fascistas son así.

Ambos nos sonreímos.

—No manejes y no tomes.

—¿Qué hay acerca de tomar y caminar?

—Tampoco nada de eso.

—Supongo que lo sabía.

—Solo me aseguro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No te tengo miedo, mamá. Solo para que lo sepas.

Eso la hizo reír.

Entonces mi vida era más o menos sencilla. Recibía cartas de Dante y no siempre las respondía. Cuando sí las respondía, mis cartas eran cortas. *Sus* cartas *nunca* eran cortas. Él aún estaba experimentando besando chicas aun cuando dijo que prefería estar besando chicos. Eso es exactamente lo que dijo. No sabía qué pensar exactamente de eso, pero Dante era Dante y si yo iba a ser su amigo tendría que aprender a estar bien con eso. Y, debido a que él estaba en Chicago y yo en El Paso, era fácil estar bien con eso. La vida de Dante era más complicada que la mía, al menos en lo que respecta a besar chicos y chicas. Por otro lado él no tenía que andarse preguntando por un hermano que estaba en prisión, un hermano el cual sus padres pretendían que no existía.

Pienso que trataba de hacer mi vida sencilla porque todo dentro de mí se sentía muy confuso. Y tenía las pesadillas para probarlo. Una noche soñé que no tenía piernas. Simplemente se fueron. Y no podía salir de la cama. Desperté gritando.

Mi papá vino a mi cuarto y me susurró:

—Es solo un sueño, Ari. Solo un mal sueño.

—Sí —susurré—, solo un mal sueño.

Pero sabes, estaba acostumbrado en cierta manera, a las pesadillas. Pero, ¿por qué es que algunas personas no recuerdan sus sueños? Y, ¿por qué no era yo una de ellas?

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintuno

Querido Dante,

¡Tengo mi licencia! Llevé a mi papá y mi mamá a dar una vuelta. Los conduje hasta la Mesilla, Nuevo México. Almorzamos, conduje de regreso a casa y creo que aprobaron más o menos mi forma de conducir. Pero la mejor parte fue esta: salí en la noche, manejé en el desierto y aparqué. Escuché la radio, me tiré en la parte de atrás de la camioneta y miré todas las estrellas. Sin contaminación lumínica, Dante. Fue realmente hermoso.

Ari.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintidós

Una noche, mis padres salieron a un baile de bodas. Mexicanos. Aman los bailes de bodas. Querían arrastrarme con ellos pero les dije: no, gracias. Ver a mis papás bailar música tex-mex era mi idea del infierno. Les dije que estaba cansado de estar volteando hamburguesas todo el día y que me quedaría en casa a relajarme y descansar.

—Bueno, si te sientes con ganas de salir —me dijo mi papá—, solo deja una nota.

No tenía planes.

Me puse cómodo y estaba a punto de hacerme una quesadilla cuando Charlie Escobedo vino a tocar a mi puerta y me preguntó:

—¿Cenas?

Y le dije:

—No mucho. Estoy haciendo una quesadilla.

Y me contestó:

—Interesante.

No le iba a preguntar si quería que le hiciera una incluso si el tipo parecía tener un hambre del diablo. Pero ese era su aspecto. Tenía esta apariencia de hambre a su alrededor. Era un tipo huesudo. Siempre parecía un coyote en medio de una sequía. Sé acerca de los coyotes. Así que más o menos nos vimos uno a otro y le dije:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Tienes hambre? —No podía creer que dije eso.

Y él me contestó:

—Nah.

Y dijo:

—¿Alguna vez te inyectaste?

Y le dije:

—Nop.

Y me dijo:

—¿Quieres hacerlo?

Y le dije:

—Nop.

Y dijo:

—Deberías intentarlo. Es fantástico. Sabes que podemos conseguir algo e irnos al desierto en tu camioneta y, tú sabes, drogarnos. Es dulce. Muy dulce, chico.

Y le contesté:

—Lo mío es el chocolate.

Y me dijo:

—¿De qué diablos estás hablando?

Y le dije:

—Dulce. Dijiste dulce. Creo que obtendré el dulce de mi chocolate.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Y entonces se enojó y me llamo *pinche joto* y toda clase de groserías y dijo que iba a patearme el trasero todo el camino hasta la frontera. Y quién *chingados* pensaba que era, que me creía muy bueno para inyectarme o incluso fumar cigarrillos y que no sabía que no le caía bien a nadie porque pensaba en mí mismo como Sr. *Gabacho*.

Sr. *Gabacho*.

Odiaba eso. Era tan mexicano como él. Y también era más grande que él. No me daba miedo el hijo de la chingada. Y le dije:

—¿Por qué no te consigues a alguien más con el que drogarte, *vato*?

Supongo que el chico estaba solitario. Pero no tenía que ser un estúpido sobre eso.

Y me dijo:

—Eres gay, *vato*, ¿lo sabes?

¿De qué diablos estaba hablando este chavo? ¿Era gay porque no quería inyectarme heroína?

Y luego le dije:

—Sí, soy gay y quiero besarte.

Y entonces puso esa expresión de asco en su cara y dijo:

—Debería patearte el culo.

Y dije:

—¡Adelante!

Entonces él solo se volteó y, bueno, solo se fue, lo que estuvo bien conmigo. Digo, más o menos me gustaba ese chico antes de que se



BENJAMIN ALIRE SAENZ

metiera en todo eso del abuso de sustancias que alteran el humor y a decir la verdad, estaba realmente curioso con esto de la heroína, pero, ya sabes, aún no estaba listo.

Un chico tiene que estar listo para las cosas importantes. Así es como yo lo veía.

Me puse a pensar acerca de Dante y cómo tomó algunas cervezas y pensé en el par de cervezas que tomé con Gina y Susie y me pregunté cómo sería emborracharse. Realmente emborracharse. Me preguntaba si sentiría bien. Digo, Dante había probado la marihuana. Y me puse a pensar en mi hermano nuevamente. Tal vez él se drogaba. Tal vez por eso estaba en prisión.

Pienso que realmente lo amaba cuando era pequeño. *Creo que realmente lo hacías.* Tal vez por eso es que me sentía triste y vacío, porque lo he extrañado toda mi vida.

No sé por qué hice lo que hice. Pero lo hice. Salí y me encontré con un viejo borracho que merodeaba cerca del Círculo K en Sunset Height pidiendo dinero. Se veía como el infierno y olía aún peor. Pero no es como si estuviera interesado en ser su amigo. Le pregunté si me compraba un six-pack. Y le dije que le compraría uno también. Estuvo de acuerdo. Estacioné mi camioneta a la vuelta de la esquina. Cuando salió y me dio mi six-pack, me sonrió y dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —dije—, ¿y usted?

—Yo tengo cuarenta y cinco. —Se veía más viejo. Quiero decir el señor se veía tan viejo como la mugre. Y entonces me sentí mal, por usar al tipo. Pero él también me estaba usando. Así que quedamos a mano.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Al principio empecé a conducir hacia el desierto para tomar mi six-pack. Pero entonces pensé que eso no sería tan buena idea. Seguía escuchando la voz de mi mamá en mi cabeza y en verdad me enfurecía que estuviera ahí. Así que solo decidí irme a casa. Sabía que mis padres no regresarían en un largo tiempo a casa. Tenía toda la noche para beber mi cerveza.

Estacioné mi camioneta en la entrada y solo me senté ahí. Bebiendo mi cerveza. Dejé a Piernas conmigo en la camioneta y trató de lamer mi bote de cerveza y entonces tuve que decirle que la cerveza no era buena para los perros. Probablemente la cerveza tampoco era buena para chicos, pero, ya sabes, estaba experimentando. Sabes, descubriendo los secretos del universo. No que yo creyera encontrar los secretos del universo en una Budweiser.

Tenía la idea de que si me bebía las primeras dos o tres cervezas entonces tal vez tendría una buena borrachera. Y eso es exactamente lo que hice. Y funcionó. Se sentía un poco agradable, sabes.

Me puse a pensar acerca de las cosas.

Mi hermano.

Las pesadillas de mi papá.

Ileana.

Después de beberme tres cervezas no sentía ningún dolor. Más o menos como con la morfina. Pero diferente. Y entonces abrí otra cerveza. Piernas puso su cabeza en mi regazo y solo nos quedamos ahí sentados.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Te amo, Piernas. —Era verdad. Amaba a ese perro. Y la vida no parecía tan mala, sentado ahí en mi camioneta con mi perro y una cerveza.

Había un montón de chicos en el mundo que matarían por tener lo que yo tenía. Así que, ¿por qué no era más agradecido? Porque era un ingrato, por eso. Eso es lo que Gina Navarro decía de mí. Era una chica lista. No estaba equivocada respecto a mí.

Tenía mi ventana abajo y sentía el frío. El clima había cambiado y empezaba el invierno. El verano no me trajo lo que quería.

¿Qué es lo que quieres, Ari? Es lo que me seguía preguntando. Tal vez era la cerveza. *¿Qué es lo que quieres, Ari?*

Y entonces me contestaba:

—Una vida.

—¿Qué es una vida, Ari?

—¿Cómo si supiera la respuesta a eso?

—Dentro de ti lo sabes, Ari.

—No, no lo sé.

—Cállate, Ari. —Así que *me* calle. Y entonces un pensamiento pasó por mi cabeza de que me gustaría besar a alguien. No importaba quién. Cualquiera. Ileana.

232

Cuando me terminé todas mis cervezas, me tiré a la cama.

No soñé nada esa noche. Absolutamente nada.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintitrés

En las vacaciones de Navidad, estaba envolviendo algunos regalos para mis sobrinos. Fui a buscar unas tijeras. Sabía que mi mamá tenía un cajón con basura en el armario del cuarto de al lado. Así es que ahí es a donde fui a buscarlas. Y ahí estaban, las tijeras, exactamente encima de un sobre café extra grande con el nombre de mi hermano escrito encima. BERNARDO.

Sabía que el sobre contenía todo sobre la vida de mi hermano.

Toda una vida en un sobre.

Y sabía que también había fotografías de él ahí dentro.

Quería abrirlo de un jalón pero no fue lo que hice. Dejé las tijeras ahí y pretendí que no había visto el sobre.

—Mamá —le pregunte—, ¿dónde están las tijeras? —Ella me las dio.

Esa noche escribí una entrada en mi diario. Escribí su nombre una y otra vez:

Bernardo.

Bernardo.

Bernardo.

Bernardo.

Bernardo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Bernardo.

234



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veinticuatro

Querido Ari,

Tengo esta imagen en mi cabeza de ti acostado en tu camioneta viendo todas las estrellas. Tengo el boceto en mi cabeza. Te mando una foto de mi parado junto al árbol de navidad. Y te estoy mandando un regalo, espero que te guste.

Feliz Navidad, Ari.

Dante

Cuando abrí el regalo, sonreí.

Y después me reí.

Un par de tenis miniatura. Sabía exactamente lo que tenía que hacer con ellos. Colgarlos del espejo retrovisor. Y es exactamente lo que hice.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veinticinco

El día después de Navidad, trabajé unas ocho horas en el Charcoaler. Papá me dejaba tomar turnos extras ya que era el descanso de Navidad. No me importaba el trabajo. Está bien, ahí estaba este chico con el que trabajaba quien era un real imbécil. Pero solo lo dejaba hablar y la mayoría del tiempo ni siquiera notaba que no estaba escuchando. Él quería pasar el rato después de nuestro turno y yo dije:

—Tengo planes.

—¿Cita? —dijo.

—Sip —dije.

—¿Tienes una novia?

—Sip —dije.

—¿Cuál es su nombre?

—Cher.

—Púdrete, Ari —dijo.

Algunos chicos no pueden soportar una broma.

236

Cuando llegué a casa, mi mamá estaba en la cocina calentando algunos tamales para la cena. Amaba los tamales hechos en casa. Me gustaba calentarlos en el horno lo que era realmente raro porque esa no era la manera estándar de calentar tamales. Me gustaba la manera en la

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

que el horno como que secaba los tamales así quedaban un poco crujientes y podías oler el maíz medio quemarse y eso huele realmente bien así que mi mamá ponía algunos en el horno.

—Dante llamó —dijo.

—¿De verdad?

—Va a llamarte de vuelta en un momento. Le dije que estabas trabajando.

Asentí.

—Él no sabía que trabajabas. Dijo que nunca le mencionaste nada acerca de eso en tus cartas.

—¿Por qué importa eso?

Sacudió la cabeza.

—Supongo que no importa. —Sabía que ella estaba haciendo algunos cálculos en su cabeza acerca de esto, pero estaba manteniendo los cálculos para sí misma. Eso estaba bien conmigo. Fue ahí cuando el teléfono sonó de nuevo—. Probablemente es Dante —dijo.

Era Dante.

—Hola.

—Hola.

—Feliz Navidad.

—¿Está nevando en Chicago?

—No. Solo frío. Y gris. Quiero decir realmente frío.

—Suena lindo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Como que me gusta. Pero estoy cansado de los días grises. Dijeron que sería peor en enero. Febrero también, probablemente.

—Eso apesta.

—Sí, apesta.

Hubo un pequeño silencio en el teléfono.

—Así que, ¿estás trabajando?

—Sí, volteando hamburguesas en el Charcoaler. Tratando de ahorrar algo de dinero.

—No me dijiste.

—Sí, no es importante. Solo un trabajo de mierda.

—Bueno, no vas a ahorrar mucho dinero comprando lindos libros de arte para tus amigos. —Podía decir que estaba sonriendo.

—¿Entonces recibiste el libro?

—Lo tengo en mi regazo. *La balsa de Medusa de Géricault* por Lorenz E. A. Eitner. Es un libro hermoso, Ari.

Pensé que él iba a llorar. Y murmuré en mi propio cerebro: *no llores, no llores*. Y era como si él me hubiese oído, y no lloró. Y entonces dijo:

—¿Cuántas hamburguesas volteaste para comprar este libro?

—Esa es una pregunta muy Dante —dije.

—Esa es una respuesta muy Ari —dijo.

Y entonces empezamos a reír y no pude detenerme. Lo extrañaba muchísimo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuando colgué el teléfono, me sentí un poco triste. Y un poco feliz. Por algunos minutos deseé que Dante y yo viviéramos en el universo de los chicos en lugar de en el universo de los casi-hombres.

Salí para una lenta caminata. Piernas y yo. Es cierto lo que dicen que cada chico debería tener un perro. Gina dice que todo chico es un perro. Esa Gina. Ella era como mi madre. Tenía su voz en mi cabeza.

A medio camino de mi caminata, empezó a llover. La película del accidente se reproducía a través de mi cerebro. Por unos segundos, ahí estaba el dolor en mi pierna.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintiséis

En Año Nuevo fui llamado a trabajar al Charcoaler. Estaba bien con eso. No tenía planes y no tenía ganas de estar en mi cabeza.

—¿Vas a trabajar? —Mamá no estaba feliz.

—Interacción social —dije.

Sacudió su cabeza.

—Todos van a venir.

Sí, la cosa familiar. Tíos. Primos. Los restos de comida de mamá y más tamales. Estaba lleno de tamales. Cerveza. Vino para mi mamá y mis hermanas. No era un entusiasta de las reuniones familiares. Muchos extraños íntimos. Sonreía mucho, pero nunca sabía qué decir realmente.

Le sonreí a mamá.

—1987. Me alegro de que se haya acabado.

Ella me lanzó otra mirada.

—Fue un buen año, Ari.

—Bueno, hubo un pequeño incidente bajo la lluvia.

Sonrió.

—¿Por qué te es tan difícil darte un poco de crédito?

—Porque soy como mi padre. —Levanté mi taza de café hacia ella en un brindis—. Por el '88. Y por papá.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Mamá se estiró y peinó mi cabello con sus dedos. Ella no había hecho eso en un tiempo.

—Te ves más y más como un hombre —dijo.

Levanté mi taza de nuevo.

—Bueno, por la hombría.

El trabajo no estaba tan ocupado. La lluvia mantenía a las personas lejos, por lo que los cuatro que estábamos trabajando nos turnábamos para cantar nuestra canción favorita de 1987. La versión de Los Lobos de “La Bamba” era mi favorita, absolutamente. No podía cantar nada bien por lo que la canté a propósito porque sabía que todos me dirían *no cantes, no cantes*, que fue exactamente lo que dijeron. Por lo que quedé libre. Alma seguía cantando “Faith”. No me interesaba George Michael. Lucy seguía fingiendo ser Madonna e incluso creía que tenía una buena voz, no era un aficionado de Madonna. En algún momento hacia el final del turno todos empezamos a cantar canciones de U2. “I Still Haven’t Found What I’m Looking For”²³. Sí, esa era una buena canción. Mi tema. Pero realmente creía que era el tema de todos.

A cinco minutos de las diez, escuché una voz ordenando una hamburguesa y papas. Gina Navarro. Reconocería esa voz en cualquier lugar. No podía decidir si realmente me agradaba o si solo la usaba. Cuando su orden estuvo lista, la llevé hasta su maltratado Volkswagen Beetle, donde ella y Susie Byrd estaban estacionadas.

—¿Ustedes van a salir juntas?

—Difícilmente, idiota.

—Feliz Año Nuevo para ti también.

²³ “Aún no encuentro lo que estoy buscando”.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Casi acabas?

—Tenemos que limpiar antes de salir.

Susie Byrd sonrió, tengo que decir que tenía una dulce sonrisa.

—Vinimos a invitarte a una fiesta.

—Fiesta, no lo creo —dije.

—Hay cerveza —dijo Gina.

—Y chicas que puedes querer besar —dijo Susie.

Mi propio servicio personal de citas. Justo lo que quería para Año Nuevo.

—Tal vez —dije.

—Nada de tal vez —dijo Gina—. Relájate.

No sé por qué dije que sí, pero eso fue lo que hice.

—Solo dame la dirección y las encontraré ahí. Tengo que ir a casa y decirle a mis padres.

Esperaba que mi mamá dijera que de ninguna forma. Pero eso no fue lo que pasó.

—¿Realmente vas a una fiesta? —dijo mi madre.

—¿Sorprendida de que estoy invitado, mamá?

—No. Solo sorprendida de que quieras ir.

—Es Año Nuevo.

—¿Vas a tomar?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No lo sé, mamá.

—No vas a conducir tu camioneta. Punto.

—Supongo que no puedo ir.

—¿Dónde es la fiesta?

—Esquina de Silver y Elm.

—Eso está al final de la calle. Puedes caminar.

—Está lloviendo.

—Ya se detuvo.

Mamá era práctica al echarme de la casa.

—Vete. Pasa un buen rato.

Maldición. Un buen rato.

¿Y adivina qué? *Sí* tuve un buen rato.

Besé a una chica. No, ella me besó. Ileana. Ella estaba ahí. Ileana. Ella solo caminó hacia mí y dijo:

—Es Año Nuevo. Así que Feliz Año Nuevo. —Y luego solo se inclinó y me besó.

Nos besamos. Por un largo rato. Y luego susurró:

—Eres el mejor besador en el mundo.

—No —dije—. No lo soy.

—No discutas conmigo. Sé sobre estas cosas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Bien —dije—. No discutiré contigo. —Y luego nos besamos de nuevo.

Y luego dijo:

—Tengo que irme. —Y entonces solo se fue.

Ni siquiera tuve tiempo de asimilar todo antes de que Gina estuviera de pie frente a mí.

—Vi eso —dijo.

—¿Y qué?

—¿Cómo estuvo?

Solo la observé.

—Feliz Año Nuevo. —Y luego la abracé—. Tengo una resolución de Año Nuevo para ti.

Eso la hizo reír.

—Yo tengo toda una lista para ti, Ari.

Nos quedamos ahí riendo a carcajadas.

Fue extraño pasarla bien.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintisiete

Un día, cuando estaba solo en la casa, abrí el cajón. El cajón con el sobre grande de manila marcada con el BERNARDO. Quería abrirlo. Quería saber todo los secretos que estaban contenidos ahí.

Tal vez sería libre. ¿Pero por qué no era libre? No estaba en prisión, ¿lo estaba?

Puse el sobre de vuelta.

No quería hacerlo de esta manera. Quería a mi madre dándomelo. Diciendo:

—Esta es la historia de tu hermano.

Tal vez quería demasiado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintiocho

Dante me escribió una pequeña carta.

Ari,

¿Te masturbas? Pienso que crees que esa es una pregunta divertida. Pero es una pregunta muy seria. Quiero decir, eres bastante normal. Al menos eres más normal que yo.

Así que tal vez te masturbas o no. Tal vez estoy un poco obsesionado con este tema últimamente. Tal vez es solo una fase. Pero, Ari, si te masturbas, ¿en qué piensas?

Sé que debería preguntarle a mi papá sobre esto, pero no tengo ganas. Amo a mi papá... ¿pero tengo que decirle todo?

Los chicos de dieciséis años se masturban, ¿cierto? ¿Cuántas veces a la semana es normal?

*Tu amigo,
Dante*

Realmente me enfadó que enviara esa carta. No que la escribiera, sino que la enviara. Estaba bastante avergonzado por toda la cosa. *No estoy interesado en tener una conversación sobre masturbación con Dante.*

246

No estoy interesado en tener una conversación sobre masturbación con nadie.

¿Qué demonios estaba mal con ese chico?

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

247



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintinueve

Enero, febrero, marzo, abril. Los meses parecieron correr juntos. La escuela estaba bien. Estudié. Trabajé. Corrí con Piernas. Trabajé en el Charcoaler. Jugué al escondite con Ileana. O más bien ella jugó al escondite conmigo. Solo que no la encontraba.

Algunas noches de viernes, me gustaba conducir mi camioneta en el desierto después del trabajo. Acostarme en la parte de atrás y mirar las estrellas.

Un día le pregunté a Ileana si quería tener una cita. Estaba cansado de la cosa del coqueteo. No estaba funcionando más.

—Vayamos a ver una película —le dije—. Ya sabes, tal vez tomarnos de las manos.

—No puedo —dijo ella.

—¿No puedes?

—No, nunca.

—¿Por qué me besas entonces?

—Porque eres guapo.

—¿Esa es la única razón?

—Y eres agradable.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Estaba empezando a darme cuenta de que Ileana estaba jugando un juego que simplemente no me gustaba.

A veces ella llegaba al Charcoaler el viernes por la noche cuando estaba cerrando y nos sentábamos en mi camioneta y hablábamos. Pero realmente no hablábamos de nada importante. Ella era aún más introvertida que yo.

Había esta cosa del baile por delante y pensé que tal vez me gustaría pedirle que fuera. No importaba que ella me hubiera rechazado ya. ¿Y no era ella la que venía a verme al Charcoaler? Un par de semanas antes de la fiesta de graduación se presentó en el Charcoaler mientras estaba cerrando. Nos sentamos en mi camioneta.

—¿Así que quieres ir al baile conmigo? —le dije. Estaba tratando de sonar confiado, pero no creo que saliera exactamente bien.

—No puedo —dijo.

—Está bien —le dije.

—¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿No quieres saber por qué, Ari?

—Si quieres decirme por qué, dime.

—Está bien, te voy a decir por qué no puedo ir.

—No tienes que hacerlo.

—Tengo novio, Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Oh —dije. Lo dije como si nada—. Así que estoy solo, esto, bueno, ¿qué soy yo, Ileana?

—Eres un chico que me gusta.

—Está bien —le dije. Oí la voz de Gina en mi cabeza. *Ella solo está jugando contigo.*

—Él está en una pandilla, Ari.

—¿Tu novio?

—Sí. Y si él supiera que estoy aquí, algo malo te pasaría.

—No tengo miedo.

—Deberías tenerlo.

—¿Por qué no simplemente rompes con él?

—No es así de fácil.

—¿Por qué?

—Eres un buen chico, ¿sabes eso, Ari?

—Sí, bueno, eso apesta, Ileana. No quiero ser un buen chico.

—Bueno, *lo eres*. Me encanta eso de ti.

—Bueno, aquí está la cosa —le dije—, tengo la oportunidad de ser el buen chico. Y el chico de pandilla consigue a la chica. No me gusta esta película.

—Estás loco. No te enfades.

—No me digas que no me enfade.

—Ari, por favor no te enfades.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Por qué me besaste? ¿Por qué me besaste, Ileana?

—No debería haberlo hecho. Lo siento. —Ella solo me miró. Antes de que pudiera decir nada más, se fue de mi camioneta.

El lunes la busqué en la escuela. Pero no pude encontrarla. Tuve a Gina y Susie en el caso. Eran buenas detectives.

Gina volvió con un informe:

—Ileana abandonó la escuela.

—¿Por qué?

—Solo lo hizo, Ari.

—¿Puede hacer eso? ¿No es contra la ley o algo así?

—Ella es una persona mayor, Ari. Tiene dieciocho. Es una adulta. Puede hacer lo que quiera.

—Ella no sabe lo que quiere.

Encontré su dirección. El número de su padre figuraba en el libro. Fui a su casa y llamé a su puerta. Su hermano salió.

—¿Sí? —Él solo me miró.

—Estoy buscando a Ileana.

—¿Para qué la buscas?

—Es una amiga. De la escuela.

—¿Amigo? —Siguió asintiendo con la cabeza—. Mira, *vato*, ella se casó.

—¿Qué?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Se embarazó. Se casó con el chico.

No sabía qué decir. Así que no dije nada en absoluto.

Me senté en mi camioneta esa noche con Piernas. No dejaba de pensar que tomé esto de besar demasiado en serio. Me prometí a mí mismo que iba a ser el más informal besador del mundo.

Besar no significaba una maldita cosa.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Treinta

Querido Ari,

Siete a uno. Ésa es la proporción de Cartas de Dante a Cartas de Ari. Para que lo sepas. Cuando regrese este verano, voy a llevarte a nadar y ahogarte. Casi te ahogaré. Entonces te voy a dar respiración boca a boca y revivirte. ¿Qué te parece? Suena bien para mí. ¿Estoy enloqueciéndote ahora?

Así que en el negocio de los besos. Está esta chica con la que he estado experimentando. Quiero decir con los besos. Es una buena besadora. Ella me ha enseñado mucho en ese departamento. Pero finalmente me dijo:

—Dante, creo que cuando me besas, estás besando a alguien más.

—Sí —le dije—. Supongo que sí.

—¿Estás besando a otra chica? ¿O besando a un chico?

Me pareció que era una pregunta muy interesante y continué:

—Un chico —le dije.

—¿Alguien que conozca? —preguntó.

—No —le dije—. Creo que solo estoy inventando un chico en mi cabeza.

—¿Cualquier chico?

—Sí —le dije—. Un chico guapo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Bueno, sí —dijo—. ¿Tan guapo como tú?

Me encogí de hombros. Es bueno que ella pensara que era apuesto. Somos amigos ahora. Y es bueno porque ahora no me siento como si la estuviese engañando. Y de todos modos, ella me confesó que la única razón por la que le gustaba besar a todos en esas fiestas era porque estaba tratando de poner a este chico que le gusta celoso. Eso me hizo reír. Ella dijo que no estaba funcionando.

—Tal vez él prefiere ser besado por ti más que por mí —dijo. Ja, ja, me dije. Yo no sabía de qué tipo estaba hablando, pero si te digo la pura verdad, Ari, a pesar de que ha sido un verdadero viaje pasar el rato con chicos privilegiados de Chicago que pueden permitirse un montón de cerveza, licor y marihuana, en realidad no son tan interesantes. No para mí de todos modos.

Quiero ir a casa.

Eso es lo que le dije a mamá y papá:

—¿Podemos irnos ahora? ¿Hemos terminado aquí? —Por supuesto, mi padre, que puede ser un verdadero sabiondo, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—¿Pensé que odiabas El Paso? ¿No es eso lo que dijiste cuando te dije nos estábamos mudando a El Paso? Dijiste: solo dispárame, papá.

Sé lo que buscaba. Él quería que dijera que estaba equivocado. Bueno, lo miré de vuelta y le dije:

—Me equivoqué, papá. ¿Estás feliz?

Puso esta sonrisa en su rostro.

—¿Feliz sobre qué, Dante?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Feliz de que me equivoqué?

Me besó en la mejilla y dijo:

—Sí, estoy feliz, Dante.

La cosa es que yo amo a mi papá. A mi mamá también. Y me sigo preguntando lo que van a decir cuando les diga que algún día me quiero casar con un chico. ¿Me pregunto cómo va a terminar? Soy hijo único. ¿Qué va a pasar con la cosa de los nietos? Odio eso de que voy a decepcionarlos, Ari. Sé que también te he decepcionado.

Estoy un poco preocupado de que no vayamos a ser amigos cuando regrese. Supongo que tengo que lidiar con estas cosas. No me gusta mentir a la gente, Ari. En especial no me gusta mentir a mis padres. Ya sabes lo que siento por ellos.

Supongo que voy a decirle a mi papá. Tengo este pequeño discurso. Comienza algo como esto. "Papá, tengo algo que decirte. Me gustan los chicos. No me odies. Por favor, no me odies. Quiero decir, papá, eres un chico también". El discurso en realidad no encaja muy bien. Necesita un poco de trabajo. Suena demasiado necesitado. Odio eso. No quiero ser necesitado. El hecho de que estoy jugando para el otro equipo no significa que soy este ser humano patético que está pidiendo ser amado. Tengo más amor propio que eso.

Sí, lo sé, estoy zumbando y sigue. Tres semanas más y estaré en casa. Casa. Otro verano, Ari. ¿Crees que somos demasiado viejos para jugar en las calles? Probablemente. Tal vez no. Mira, solo quiero que sepas que no quiero que sientas como si tuvieras que ser mi amigo cuando vuelva. No soy exactamente material de mejor amigo, ¿verdad?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

*Tu amigo,
Dante*

*PD: Sería muy raro que no seas amigo del chico que salvó tu vida,
¿no te parece? ¿Estoy rompiendo las reglas?*



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Treinta y uno

En el último día de escuela, Gina realmente me dio un cumplido.

—Ya sabes, todo ese trabajo te ha convertido en un tanque.

Ella sonreí.

—Eso es lo más bonito que me has dicho alguna vez.

—Entonces, ¿cómo vas a celebrar el comienzo del verano?

—Estoy trabajando esta noche.

Ella sonrió.

—Tan serio.

—¿Tú y Susie irán a una fiesta?

—Sí.

—¿No te cansas de las fiestas?

—No seas estúpido. Tengo diecisiete años, idiota. Por supuesto que no me canso de las fiestas. Sabes qué, eres un anciano atrapado en el cuerpo de un chico de diecisiete años.

—No voy a tener diecisiete hasta agosto.

—Se pone peor.

Los dos nos reímos.

—¿Quieres hacerme un favor? —le dije.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Qué?

—Si voy al desierto esta noche y me pongo como una cuba, ¿podrían Susie y tú llevarme de vuelta a casa? —Ni siquiera sabía que diría eso.

Ella sonrió. Tenía una gran sonrisa. Realmente una gran sonrisa.

—Claro —dijo ella.

—¿Qué hay de tu fiesta?

—Verte soltarte, Ari. Esa es una fiesta. Incluso vamos a conseguir la cerveza para ti —dijo—. Para celebrar el fin de la escuela.

Gina y Susie estaban esperando por mí en mis escalones delanteros cuando llegué a casa del trabajo. Estaban hablando con mi mamá y mi papá. Por supuesto que lo estaban. Me maldije por decirles que se encontraran conmigo en mi casa. ¿Qué demonios estaba pensando? Y ni siquiera tenía una explicación. *Sí, mamá, vamos al desierto y me voy a emborrachar.*

Gina y Susie estaban frescas, sin embargo. Sin atisbo de la cerveza que dijeron que iban a conseguir. Jugaron de buenas chicas con mis padres. No es que no fueran buenas chicas. Eso es exactamente lo que eran: las chicas buenas que querían aparentar que eran chicas malas, pero que nunca serían chicas malas porque eran demasiado decentes.

Cuando llegué, mi mamá estaba en éxtasis. No es que ella se comportara en éxtasis. Pero conocía esa mirada. *¡Amigos por fin! ¡Vas a una fiesta!* Sí, está bien, realmente amaba a mi mamá. Mi mamá. Mi madre conocía a los padres de Gina, que conocían a los padres de Susie, que conocían a todos. Por supuesto que lo hacía.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Recuerdo cambiarme de ropa en mi habitación y limpiarme. Recuerdo mirarme en el espejo. Recuerdo susurrar:

—*Tú eres un chico hermoso.* —No lo creía, pero quería.

Así que las primeras personas que entraron en mi camioneta que no fueran Piernas, mi madre y mi padre, fueron Gina Navarro y Susie Byrd.

—Ustedes están rompiendo en mi camioneta virgen —dije. Ellas pusieron los ojos en blanco, entonces solo se rieron a carcajadas.

Nos detuvimos en la casa del primo de Gina y recogimos una hielera llena de cerveza y coca-colas. Dejé a Gina conducir para asegurarme de que ella sabía cómo conducir una caja de cambios. Era una profesional. Conducía mejor que yo. No es que se lo dijera. Fue una noche perfecta y todavía había algunos frescos de la brisa del desierto, el calor del verano estaba todavía a un paso de distancia.

Susie, Gina y yo sentados en la parte trasera de mi camioneta. Bebí cerveza y miré todas las estrellas. Y me encontré murmurando:

—¿Crees que alguna vez descubriremos todos los secretos del universo?

Me sorprendí al escuchar la voz de Susie responder a mi pregunta:

—Eso sería una cosa hermosa, ¿no es así, Ari?

—Sí —le susurré—, realmente hermosa.

—¿No te parece, Ari, que el amor no tiene nada que ver con los secretos del universo?

—No lo sé. Tal vez.

Susie sonrió.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Amabas a Ileana?

—No. Tal vez un poco.

—¿Ella te rompió el corazón?

—No. Ni siquiera la conozco.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

—¿Cuenta mi perro?

—Bueno, cuenta para algo. —Todos reímos.

Susie estaba bebiendo una coca-cola mientras yo bebía cerveza tras cerveza.

—¿No estás borracho todavía?

—Algo así.

—Entonces, ¿por qué quieres emborracharte?

—Para sentir algo.

—Eres un idiota —dijo—. Eres un buen chico, Ari, pero definitivamente eres un idiota.

Todos nos acostamos en la parte posterior de la camioneta, Gina, Susie y yo, y seguimos mirando hacia el cielo nocturno. Realmente no sé cuánto bebí. Solo me permití relajarme. Escuchaba a Gina y Susie hablar, pensé que era bonito que sabían cómo hablar, cómo reír y cómo estar en el mundo. Pero tal vez era más fácil para las chicas.

—Es bueno que trajeras una manta —dije—, bien pensado.

Gina rió.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Eso es lo que hacen las chicas, piensan bien.

Me preguntaba lo que sería amar a una chica, saber cómo piensa una chica, ver el mundo a través de los ojos de una chica. Tal vez sabían más que los chicos. Tal vez entendían las cosas que los chicos no podíamos entender.

—Lástima que no podemos estar aquí para siempre.

—Lástima —dijo Susie.

—Lástima —dijo Gina.

Lástima.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Quinta parte

Recuerda la lluvia

*Pasando las páginas pacientemente
en busca de significados*

—W.S. Merwin

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Eno

El verano de nuevo estaba aquí. Verano, verano, verano. Amaba y odiaba los veranos. Los veranos tenían su propia lógica y siempre sacaban algo de mí. Se suponía que el verano era acerca de la libertad, juventud, sin escuela, de las posibilidades, la aventura y la exploración. El verano era un libro de esperanza. Es por eso que amaba y odiaba los veranos. Porque ellos me hacían querer creer.

Tenía esa canción de Alice Cooper en mi cabeza.

Me hice a la idea de que este iba a ser *mi* verano. Si el verano era un libro entonces yo iba a escribir algo hermoso en él. Con mi puño y letra. Pero no tenía idea de qué escribir. Y en realidad el libro ya estaba siendo escrito para mí. Ya todo no era prometedor. Ya se trataba de más trabajo y compromisos.

Había pasado a tiempo completo en el Charcoaler. Nunca había trabajado cuarenta horas a la semana. Sin embargo, me gustaron las horas: de las once de la mañana a las siete y media de la noche, de lunes a jueves. Eso significaba que siempre podía dormir y si quería podía salir. No era que supiera a dónde quería ir. Los viernes entraba tarde y cerraba a las diez. No era un mal horario y tenía los fines de semana libres. Así que, estaba bien. *¡Pero esto era el verano!* Y los sábados por la tarde, mi mamá me inscribió en el banco de alimentos. No discutí con ella.

Mi vida todavía era de alguien más.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Me levanté temprano el primer sábado después de la escuela. Estaba en mis pantalones de trotar, en la cocina, con un vaso de jugo de naranja. Miré a mi mamá, quien estaba leyendo el periódico.

—Tengo que trabajar esta noche.

—Pensé que no trabajabas los sábados.

—Solo estoy tomando el lugar de Mike por un par de horas.

—¿Es él tu amigo?

—En realidad no.

—Es muy bueno que hagas algo así por él.

—No lo estoy haciendo por nada, me pagan. Y de todos modos, me criaste para ser bueno.

—No sueñas muy emocionado.

—¿Qué es emocionante de ser bueno? Quiero ser el chico malo, si quieres saber la verdad.

—¿Un chico malo?

—Tú sabes. Che Guevara. James Dean.

—¿Y quién te detiene?

—La estoy mirando.

—Sí, culpa de todo a tu madre. —Se echó a reír.

Yo estaba intentando decidir si estaba bromeando o no.

—Sabes, Ari, si realmente quieres ser un chico malo, solo hazlo. Lo último que necesitan los chicos malos es la aprobación de su madre.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Crees que necesito tu aprobación?

—No sé cómo responder a eso.

Nos miramos el uno al otro. Siempre terminaba teniendo estas conversaciones con mi madre, las cuales yo no quería tener.

—¿Qué pasa si renuncio a mi trabajo?

Ella sólo me miró.

—Está bien.

Conocía ese tono. "Está bien" significa "Está asqueroso como la mierda". Yo me sabía el código. Nos miramos durante unos cinco segundos que parecieron una eternidad.

—Eres demasiado viejo para una pensión —dijo.

—Tal vez solo voy a cortar el césped.

—Eso es imaginativo.

—¿Demasiado mexicano para ti, mamá?

—No. Demasiado poco fiable.

—Freír hamburguesas. Eso es confiable. No es muy imaginativo. Vamos, piénsalo. Es el trabajo perfecto para mí. Soy confiable y poco imaginativo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Vas a gastar tu vida batallando contra ti mismo?

—Tienes razón. Quizá me tomaré el verano libre.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estás en la secundaria, Ari. No estás buscando una profesión. Estás buscando una forma de ganar algo de dinero. Es una transición.

—¿Transición? ¿Qué clase de madre mexicana eres?

—Soy una mujer educada. Eso no me des-mexicaniza, Ari.

Sonaba un poco enojada. Me encantaba su ira y deseaba sentir lo mismo. Su ira era diferente a la mía o a la de mi padre. No la paralizaba.

—Está bien, entiendo tu punto, mamá.

—¿Lo haces?

—De alguna manera, mamá, siempre me he sentido como un caso de estudio a tu alrededor.

—Lo siento —dijo ella. Aunque no lo sentía en absoluto. Me miró—. Ari, ¿sabes lo que es un ecotono?

—Es el terreno donde dos ecosistemas diferentes se encuentran. En un ecotono, el paisaje contendrá elementos de los dos ecosistemas. Es como una frontera natural.

—Muchacho inteligente. En transición. No tengo que decir nada más, ¿verdad?

—No mamá, no es necesario. Yo vivo en un ecotono. El empleo debe coexistir con la pérdida de tiempo. La responsabilidad debe coexistir con la irresponsabilidad.

266

—Algo así.

—¿Tengo una A en Sonhood 101²⁴?

²⁴ Ari pregunta si obtuvo una nota sobresaliente en el curso básico de cómo ser un hijo.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No te enfades conmigo, Ari.

—No lo hago.

—Seguro que lo haces.

—Eres como una maestra de escuela.

—Mira, Ari, no es mi culpa que tengas casi diecisiete años.

—Y cuando tenga veinticinco, todavía serás como una maestra de escuela.

—Bueno, eso estuvo mal.

—Lo siento.

Ella me estudió.

—Yo soy el problema, mamá. Lo siento.

—Siempre comenzamos el verano con una discusión, ¿no?

—Es una tradición —le dije—. Me voy a correr.

Cuando me di la vuelta, ella me agarró del brazo.

—Mira, Ari, lo siento demasiado.

—Está bien, mamá.

—Te conozco, hijo —dijo ella.

Yo quería decirle lo mismo que le quería decir a Gina Navarro. *Nadie me conoce.*

Entonces ella hizo lo que yo sabía que haría: me peinó el cabello con los dedos.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No tienes que trabajar si no quieres. Tu padre y yo estamos encantados de darte dinero.

Sabía que lo decía en serio.

Pero eso no era lo que yo quería. No sabía lo que quería.

—No se trata del dinero, mamá.

Ella no dijo nada.

—Espero que sea un lindo verano, Ari.

La forma en que dijo eso. La forma en que me miró. A veces había tanto amor en su voz que yo no podía soportarlo.

—Está bien, mamá —dije—. Quizá me enamore.

—¿Por qué no? —respondió.

A veces los padres amaban tanto a sus hijos que hacían un romance fuera de sus vidas. Pensaban que nuestra juventud nos ayudaba a superar todo. Tal vez las mamás y los papás se olvidaban de este pequeño hecho: estar al borde de los diecisiete años podía ser duro, doloroso y confuso. Estar a punto de tener diecisiete podía realmente apestar.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dos

No fue exactamente un accidente que Piernas y yo corriéramos por casa de Dante. Yo sabía que él iba a regresar, aunque no sabía exactamente cuándo. Él había enviado una postal el día que dejó Chicago: *Vamos a regresar hoy a Washington D.C. Mi papá quiere buscar algo en la Librería del Congreso. Nos vemos pronto. Con amor, Dante.*

Cuando llegué al parque, solté a Piernas de la correa, aún y cuando no debía hacerlo. Amaba verla correr alrededor. Estaba enamorado de la inocencia de los perros, la pureza de su cariño. No sabían tanto como para ocultar sus sentimientos. Ellos existían. Un perro era un perro. Había una elegancia tan sencilla acerca de ser un perro que yo envidiaba. La llamé, le puse de nuevo su correa y comencé mi carrera una vez más.

—¡Ari!

Me detuve y me giré. Y ahí estaba, Dante Quintana parado en su porche, saludándome con esa honesta y sincera sonrisa suya, esa misma sonrisa que llevaba cuando me preguntó si quería aprender a nadar. Lo saludé también y caminé hacia su casa. Él se quedó parado ahí, observándonos por un minuto. Era extraño que ninguno de los dos tuviéramos algo que decir. Entonces él solo dio un salto fuera del porche y me abrazó.

—¡Ari! ¡Mírate! ¡Tu cabello está largo! Te vez como el Che Guevara sin bigote.

—Genial —le dije.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Piernas le ladró.

—Tienes que acariciarla —dije—. Odia ser ignorada.

Dante se hincó y la acarició. Después la besó. Piernas lengüeteó su cara. Era difícil decir cuál de los dos era más afectivo.

—Piernas, Piernas, mucho gusto en conocerte. —Él se veía tan feliz y me pregunté acerca de eso, su capacidad de ser feliz. ¿De dónde venía eso? ¿Acaso yo tenía ese tipo de felicidad dentro de mí? ¿Tenía miedo de ella?

—¿De dónde sacaste todos esos músculos, Ari?

Lo miré, parado frente a mí, él y todas sus preguntas sin censura.

—De las viejas pesas de mi papá en el sótano —contesté. Entonces me di cuenta de que ahora él era más alto que yo—. ¿Cómo fue que creciste tanto? —pregunté.

—Debe haber sido el frío —dijo—. Un metro ochenta. Soy exactamente tan alto como mi papá. —Él me estudió—. Tú eres más pequeño, pero tu cabello te hace lucir más alto.

Eso me hizo reír aunque no sabía por qué. Él me abrazó de nuevo y susurró:

—Te extrañé mucho, Ari Mendoza.

Típico, yo no sabía qué decir, así que no dije nada.

—¿Vamos a ser amigos?

—No seas tonto, Dante. Nosotros somos amigos.

—¿Siempre seremos amigos?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Siempre.

—Nunca te mentiría, acerca de nada —me dijo.

—Tal vez te mienta —dije. Ambos nos reímos. Entonces pensé, *Tal vez este sea el verano donde no habrá nada más que risas. Tal vez este será el verano.*

—Ven a saludar a mamá y papá —dijo—. Ellos querrán verte.

—¿Pueden salir? Traigo a Piernas.

—Piernas puede entrar.

—No creo que a tu mamá le guste eso.

—Si es tu perro, el perro puede entrar. Confía en mí en esa. —Él bajó su voz a un susurro—. Mi mamá no planea olvidar ese incidente en la lluvia.

—Esa es historia antigua.

Pero no tuvimos que probar a la mamá de Dante sobre los perros porque justo en ese momento, el Sr. Quintana estaba en la puerta principal gritándole a su esposa:

—Soledad, ¿adivina quién está aquí?

Estaban todos alrededor de mí, abrazándome y diciéndome palabras agradables y yo quería llorar porque su cariño era tan real de alguna manera, sentía que no lo merecía o que tal vez estaban abrazando al tipo que había salvado la vida de su hijo. Quería que ellos me abrazaran solo por ser Ari y yo nunca sería solo Ari para ellos. Pero había aprendido a esconder lo que sentía. No, eso no era cierto. No había aprendizaje de por medio. Había nacido sabiendo cómo ocultar lo que sentía.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Estaban tan felices de verme. Y la verdad era que yo estaba contento de verlos también.

Recuerdo decirle al Sr. Quintana que estaba trabajando en el Charcoaler.

Frunció el ceño a Dante.

—Trabajo, Dante, ese es un bueno pensamiento.

—Voy a obtener un trabajo, papá. De verdad.

La Sra. Quintana se veía diferente. No lo sé, era como si estuviera sosteniendo el sol dentro de ella. Nunca había visto a una mujer lucir así de hermosa. Se veía más joven que la última vez que la había visto. Más joven, no más vieja. No era que ella estuviera vieja. Ella había tenido a Dante cuando tenía veinte, eso lo sabía. Así que tenía treinta y ocho o algo así. Pero se veía más joven que eso en la luz de la mañana. Tal vez eso era, la luz de la mañana.

Escuché la voz de Dante mientras escuchaba a sus padres hablar de su año en Chicago.

—¿Cuándo podré dar una vuelta en la camioneta?

—¿Qué tal después del trabajo? —pregunté—. Salgo alrededor de las siete treinta.

—Debes enseñarme a conducir, Ari.

Vi la expresión en la cara de su madre.

—¿No se supone que eso lo hacen los papás? —le dije.

—Mi papá es el peor conductor del universo —me dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Eso no es verdad —dijo el Sr. Quintana—. Solo el peor conductor en El Paso. —Él era el único hombre que yo conocía que realmente admitía que era un mal conductor. Antes de irme, su mamá se las arregló para jalarme a un lado—. Sé que vas a dejar a Dante manejar tu camioneta tarde o temprano.

—No lo haré —le dije.

—Dante es muy persuasivo. Solo promete que vas a tener cuidado.

—Lo prometo. —Le sonreí. Algo acerca de ella me hacía sentir perfectamente en confianza y cómodo. No me sentía de esa manera con la mayoría de las personas—. Puedo ver que voy a tener que arreglármelas con dos madres este verano.

—Eres parte de esta familia —me dijo—. No tiene caso luchar contra ello.

—Estoy seguro que la decepcionaré un día, señora Quintana.

—No, —ella dijo. Y aún y cuando su voz pudo haber sido firme, después fue casi como la de mi propia madre—. Eres muy duro contigo mismo, Ari.

Encogí los hombros.

—Tal vez es solo la forma en la que es conmigo.

Ella me sonrió.

—Dante no es el único que te extrañó.

Esa había sido la cosa más bonita que un adulto que no fuera mi mamá o mi papá me había dicho alguna vez. Y supe que había algo en mí que la Sra. Quintana había visto y amado. Y aunque sentía que era una cosa hermosa, también sentía que era una carga. No era que ella



BENJAMIN ALIRE SAENZ

quisiera que fuera una carga. Pero el amor era siempre algo pesado de llevar para mí. Algo que debía cargar.

274



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

Piernas y yo recogimos a Dante cerca de las ocho. Había sol todavía, pero se estaba escondiendo rápidamente y el aire estaba caliente. Toqué la bocina y Dante salió por la puerta inmediatamente.

—¡Esta es tu camioneta! ¡Es increíble! ¡Es hermosa, Ari!

Sí, sabía que debía tener una sonrisa estúpida en la cara. Un tipo que ama a su auto necesita de otras personas para que lo admiren. Sí, las *necesitaba*. Esa es la verdad. No sé por qué, pero era la forma en que los chicos-camioneta funcionaban.

Gritó de nuevo hacia su casa:

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Vengan a ver la camioneta de Ari!

Saltó por las escaleras como un niño. Siempre tan sin censura. Piernas y yo saltamos de la camioneta y vimos cómo Dante caminaba alrededor de la camioneta, admirándola.

—Ni un rasguño —dijo.

—Eso es porque no conduzco a la escuela.

Dante sonrió.

—Llantas de cromo real —dijo—. Eres un verdadero mexicano, Ari.

Eso me hizo reír.

—Tú también lo eres, idiota.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No, yo nunca voy a ser un verdadero mexicano.

¿Por qué eso le importaba tanto? Aunque también me importaba demasiado. Él estaba a punto de decir algo, pero se dio cuenta de que sus padres venían bajando los escalones de la entrada de su casa.

—¡Una gran camioneta, Ari! Es un clásico. —El Sr. Quintana reaccionó igual que Dante: entusiasmo sin censura.

La señora Quintana se limitó a sonreír. Ambos caminaron alrededor del automóvil, inspeccionándolo, sonriéndole como si se hubieran encontrado con un viejo amigo.

—Es realmente hermosa, Ari. —No me esperaba eso de la señora Quintana. Dante ya había re direccionado su atención hacia Piernas, que estaba lamiendo su rostro.

No sé qué se apoderó de mí, pero le lancé las llaves al Sr. Quintana.

—Puede llevar a su esposa a dar una vuelta, si quiere —le dije.

No había ninguna duda en su sonrisa. Me di cuenta de que la señora Quintana estaba intentando suprimir a la niña que vivía en su interior. Pero incluso sin la sonrisa de su marido, lo que se estaba llevando a cabo dentro de ella parecía mucho más profundo para mí. Fue como si estuviera comenzando a entender a la madre de Dante. Sabía que eso importaba.

Me pregunté por qué.

276

Me gustó verlos, ellos tres alrededor de mi camioneta. Quería que el tiempo se detuviera porque todo parecía tan simple: Dante y Piernas enamorándose el uno del otro, sus padres recordando algo acerca de su juventud mientras examinaban mi auto, y yo, el orgulloso propietario.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tenía algo de valor, incluso si era solo una camioneta que convocaba a la dulce nostalgia de las personas.

Era como si mis ojos fueran una cámara que fotografiara el momento, sabiendo que iba a tener la imagen para siempre.

Dante y yo nos sentamos en sus escaleras y observamos a su padre poner en marcha mi camioneta y a su madre apoyándose en él como una chica en su primera cita.

—¡Cómprale un batido de leche! —gritó Dante—. ¡A las chicas les gusta cuando les compras cosas!

Podíamos verlos reír mientras se iban.

—Tus padres —le dije—. A veces son como niños.

—Ellos son felices —dijo—. ¿Tus padres? ¿Están felices?

—Mamá y papá no son en absoluto como tus padres. Pero mi madre adora a mi padre. Lo sé. Y creo que mi papá la adora también. Solo que no son demostrativos.

—Demostrativos. Eso no es una palabra propiamente tuya, Ari.

—Estás bromeando. He ampliado mi vocabulario. —Le di un codazo—. Estoy preparándome para la universidad.

—¿Cuántas palabras nuevas por día?

—Ya sabes, algunas. Me gustan las palabras viejas. Son como viejos amigos.

Dante me codeó de vuelta.

—Demostrativo. ¿Esa palabra podría ser un viejo amigo?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tal vez no.

—Eres como tu padre, ¿no es así?

—Sí, supongo que lo soy.

—Mi mamá lucha contra eso también, ¿sabes? Ella no muestra sus sentimientos de forma natural. Es por eso que se casó con papá. O eso es lo que yo creo. Él los arrastra fuera de ella, todos esos sentimientos que lleva dentro.

—Entonces es un buen partido.

—Sí, lo es. Lo gracioso es que a veces pienso que mi madre ama más a mi padre de lo que él la ama a ella. ¿Tiene sentido?

—Sí, supongo que sí. Tal vez. ¿Es el amor un concurso?

—¿Qué significa eso?

—Tal vez todo el mundo ama de manera diferente. Tal vez eso es todo lo que importa.

—Te das cuenta de que estás hablando, ¿no? Quiero decir, que realmente estás hablando.

—Hablo, Dante. No seas idiota.

—A veces hablas. Otras veces solo, no sé, evades.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

—Lo sé. ¿Va a haber reglas entre nosotros, Ari?

—¿Reglas?

—Sabes de lo que estoy hablando.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿cuáles son las reglas?

—No beso a chicos.

—Ok, así que esa es la primera regla: no intentar besar a Ari.

—Sí, esa es la primera regla.

—Y yo tengo una regla para ti.

—Bueno, eso es justo.

—No huir de Dante.

—¿Qué significa eso?

—Creo que lo sabes. Algún día, alguien va a llegar y te dirá “¿Por qué estás saliendo con ese tipo tan raro?”. Si no puedes ser mi amigo, Ari, si no puedes hacerlo, creo que es mejor que... tú sabes, eso me mataría. Sabes que me mataría si tú...

—Entonces es una cuestión de lealtad.

—Sí.

Me reí.

—Tengo una regla más difícil de seguir.

Él se echó a reír también.

Me tocó el hombro y sonrió.

—Basura, Ari. ¿Tienes una regla más difícil? Basura. Mierda. Todo lo que tienes que hacer es ser leal al chico más brillante que hayas conocido, lo que es como caminar descalzo a través del parque. Yo, por



BENJAMIN ALIRE SAENZ

el otro lado, tengo que abstenerme de besar al tipo más genial del universo, que es como caminar descalzo sobre brasas.

—Veo que todavía tienes la cosa de andar descalzo contigo.

—Siempre odiaré los zapatos.

—Vamos a jugar ese juego —dije—. Ese juego en que hiciste puré tus zapatillas.

—Fue divertido, ¿no?

La forma en que dijo eso. Como si supiera que no volvería a jugar ese juego de nuevo.

Estábamos demasiado viejos ahora. Habíamos perdido algo y los dos lo sabíamos.

No dijimos nada por un largo rato.

Nos sentamos allí en sus escalones de entrada. Esperando. Vi a Piernas apoyando la cabeza en el regazo de Dante.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

Dante, Piernas y yo fuimos al desierto esa noche. A mi lugar favorito. Era justo después del crepúsculo y las estrellas salían de dondequiera que se escondieran durante el día.

—La próxima vez traeremos mi telescopio.

—Buena idea —le dije.

Nos acostamos en la parte trasera de mi camioneta y miramos hacia la noche naciente. Piernas se fue a explorar el desierto y la tuve que llamar de vuelta. Saltó al auto y se hizo un lugar entre Dante y yo.

—Me encanta Piernas —dijo Dante.

—Ella también te quiere.

Señaló hacia el cielo.

—¿Ves la Osa Mayor?

—No.

—Por ahí.

Estudié el cielo.

—Sí, sí. Ya la veo.

—Es increíble.

—Lo es.

Nos quedamos en silencio.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Ari?

—¿Sí?

—Adivina.

—¿Qué?

—Mi madre está embarazada.

—¿Qué?

—Mi mamá va a tener un bebé. ¿Puedes creerlo?

—No jodas.

—Chicago era frío y mis padres encontraron una forma de mantener el calor. —Me reí ante su comentario.

—¿Crees que los padres nunca superan el sexo?

—No lo sé. No creo que sea algo que superes, ¿verdad? Qué sé yo, estoy esperando madurar.

—Yo también.

Nos quedamos en silencio de nuevo.

—Guau, Dante —susurré—. Vas a ser un hermano mayor.

—Sí, un hermano muy grande. —Él me miró—. ¿Eso te hace pensar en... cuál era el nombre de tu hermano?

—Bernardo.

—¿Te hace pensar en él?

—Todo me hace pensar en él. A veces, cuando estoy conduciendo, pienso en él y me pregunto si le gustarían las camionetas y me pregunto



BENJAMIN ALIRE SAENZ

cómo le gustaría y deseo haberlo conocido y... no sé. Simplemente no puedo dejarlo ir. Quiero decir, no es como si realmente lo conociera. Entonces, ¿por qué me importa tanto?

—Si es importante, entonces es importante.

No dije nada.

—¿Estás rodando los ojos?

—Sí, supongo.

—Creo que deberías enfrentar a tus padres. Debes sentarlos y hacer que te cuenten. Haz que sean adultos.

—No puedes hacer que una persona sea adulta. Mucho menos alguien que ya es adulto. —Eso hizo reír a Dante y ambos nos reímos con tanta fuerza que Piernas comenzó a ladrarnos.

—Sabes —dijo Dante—. Tengo que seguir mi propio consejo. —Hizo una pausa—. Espero por Dios que mi madre tenga un niño. Y que le gusten las niñas. Porque si no lo hace, lo mataré.

Eso nos hizo reír de nuevo. Y Piernas nos volvió a ladrar.

Cuando finalmente nos tranquilizamos, oí la voz de Dante y me pareció muy pequeña en el desierto nocturno.

—Tengo que decirles, Ari.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacerlo.

—Pero, ¿qué pasa si te enamoras de una chica?

—Eso no va a suceder, Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Ellos siempre te amarán, Dante.

Él no dijo nada. Entonces lo oí llorar. Así que lo dejé llorar. No había nada que yo pudiera hacer. Excepto escuchar su dolor. Podía hacer eso. A penas podría soportarlo. Pero debía hacerlo. Solo escuchar su dolor.

—Dante —le susurré—. ¿No puedes ver lo mucho que te aman?

—Voy a decepcionarlos. Al igual que te he decepcionado.

—No lo has hecho, Dante.

—Solo lo dices porque estoy llorando.

—No, Dante. —Me levanté de donde estaba y me senté al borde de la puerta trasera. Se sentó y nos miramos fijamente el uno al otro—. No llores, Dante. No estoy decepcionado.

En el camino de regreso a la ciudad paramos en un autoservicio de hamburguesas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer este verano? —le dije.

—Bueno, voy a entrenar con el equipo de natación de Cathedral y voy a trabajar en algunas pinturas y voy a conseguir un trabajo.

—En serio. ¿Vas a conseguir un trabajo?

—Dios, sueñas como mi papá.

—Bueno, ¿por qué quieres trabajar?

—Para aprender acerca de la vida.

—La vida —dije—. Trabajo. Mierda. Ecotono.

—¿Ecotono?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

285



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

Una noche, Dante y yo pasamos el rato en su habitación. Él se había graduado en pintura sobre lienzo. Trabajaba en una gran pintura en un caballete. Estaba cubierta por encima.

—¿Puedo ver?

—No.

—¿Cuándo termines?

—Sí. Cuando termine.

—Está bien —dije.

Él estaba recostado en su cama y yo estaba sentado en su silla.

—¿Has leído algún libro bueno de poesías últimamente? —le pregunté.

—No, no realmente. —Parecía un poco distraído.

—¿Dónde estás, Dante?

—Aquí —dijo. Se sentó en su cama—. Estaba pensando en la cosa de los besos.

—Oh —susurré.

—Quiero decir, ¿cómo sabes que no te gusta besar chicos si nunca lo has hecho?

—Creo que eso solo lo sabes, Dante.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Bueno, ¿lo has hecho alguna vez?

—Sabes que no. ¿Y tú?

—No.

—Bueno, quizás no te gusta realmente besar chicos. Quizá solo piensas que te gusta.

—Creo que deberíamos intentar un experimento.

—Sé lo que vas a decir y la respuesta es no.

—Eres mi mejor amigo, ¿cierto?

—Sí. Pero ahora me estoy arrepintiendo.

—Venga, solo intentémoslo.

—No.

—No le diré a nadie. Anda.

—No.

—Mira, es solo un beso. Tú sabes. Y entonces lo sabremos.

—Ya lo sabemos.

—No lo sabremos hasta que lo hagamos.

—No.

—Ari, por favor.

—Dante.

—Párate.

No sé por qué lo hice, pero lo hice. Me puse de pie.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Y entonces, él se paró justo en frente de mí.

—Cierra los ojos —dijo.

Cerré los ojos.

Y me besó. Y lo besé de vuelta.

Y comenzó a besarme realmente. Y yo lo empujé lejos.

—¿Bueno? —preguntó.

—No funciona para mí —le dije.

—¿Nada?

—Nop.

—Está bien. Sí funcionó para mí.

—Sí. Creo que lo pillo, Dante.

—Así que, bueno, con esto se termina, ¿huh?

—Sí.

—¿Estás enojado conmigo?

—Un poco.

Se sentó en su cama de nuevo. Se veía triste. No me gustaba verlo así.

—Estoy más enojado conmigo mismo —dije—. Siempre dejo que me convenzas de todo. No es tu culpa.

—Sí —susurró.

—No llores, ¿sí?

—Está bien —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estás llorando.

—No.

—Está bien.

—Está bien.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Seis

No llamé a Dante por un par de días.

Él tampoco lo hizo.

Pero de alguna forma sabía que estaba de mal humor. Se sentía mal. Y yo me sentía mal también. Así que después de un par de días, lo llamé.

—¿Quieres ir a correr en la mañana? —le dije.

—¿A qué hora? —dijo.

—Seis y media.

—Está bien —contestó.

Para alguien que no era un corredor, lo hizo muy bien. Corrí mucho más lento con Dante, pero eso estaba bien. Hablamos un poco. Y se rió. Y después, jugamos frisbee con Piernas en el parque y estábamos bien. Yo nos necesitaba para estar bien. Y él también nos necesitaba para estar bien. Así que lo estábamos.

—Gracias por llamar —dijo—. Pensé que no lo harías nunca más.

La vida parecía extrañamente normal por un momento. No es que quisiera que mi verano fuese normal. Pero lo normal estaba bien. Podría conformarme con eso. Fui a correr y entrenar por las mañanas. Y fui a trabajar.

A veces Dante me llamaba y hablábamos. De nada en particular.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Él estaba trabajando en un cuadro y había conseguido trabajo en la farmacia de Kern Place. Dijo que le gustaba trabajar ahí porque cuando salía, podía ir a la universidad y pasar algún tiempo en la biblioteca. Ser hijo de un profesor tenía sus privilegios.

—No vas a creer quién compró condones —dijo.

No sé si lo dijo para hacerme reír. Pero funcionó.

—Y mamá está enseñándome a conducir —dijo—. Peleamos más que nada.

—Dejaré que conduzcas mi camioneta —prometí.

Nos reímos de nuevo. Y eso era bueno. No era un verano realmente, no sin la risa de Dante. Hablamos mucho por teléfono, pero no nos vimos mucho esas primeras semanas de verano.

Él estaba ocupado. Yo estaba ocupado.

Principalmente, creo que estábamos ocupados evitándonos el uno al otro. A pesar de que no queríamos que ese beso fuera algo grande, lo había sido. Me tomó un tiempo para que ese fantasma desapareciera.

Una mañana, cuando volví de correr, mi mamá se había ido. Dejó una nota diciéndome que iba a pasar el día reorganizando el banco de alimentos:

¿Cuándo empezarás tu turno de sábado por la tarde? Lo prometiste.

No sé por qué, pero decidí llamar a Dante.

—Me ofrecí de voluntario para trabajar en el banco de alimentos los sábados por la tarde. ¿Quieres ser voluntario conmigo?

—Claro. ¿Qué se supone que debemos hacer?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estoy seguro de que mi mamá nos va a entrenar —le dije.

Me alegré de haberle preguntado. Lo echaba de menos. Lo extrañaba más ahora que estaba de vuelta que cuando se había ido.

No sabía por qué.

Me di una ducha y miré el reloj. Tenía un poco de tiempo para gastar. Me encontré abriendo el cajón en la habitación de invitados. Me encontré sosteniendo un sobre rotulado BERNARDO. Quería desgarrarlo y abrirlo. Tal vez si lo hacía, también estaría rasgando mi vida.

Pero no podía. Lo tiré de vuelta al cajón.

Durante todo el día, pensé en mi hermano. Pero ni siquiera recordaba cómo lucía. Metí la pata varias veces en el trabajo, tanto que mi jefe me dijo que prestara atención.

—No te estoy pagando por ser bonito.

Una mala palabra cruzó por mi cabeza, pero no dejé que pasara hasta mis labios.

Pasé por la casa de Dante después del trabajo.

—¿Quieres emborracharte? —le dije.

Estudió mi rostro.

—Seguro. —Tuvo la decencia de no preguntarme qué iba mal.

Volví a casa y me duché, para quitar el olor de patatas fritas y anillos de cebolla de mi piel. Mi papá estaba leyendo. La casa parecía tranquila para mí.

—¿Dónde está mamá?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Ella y tus hermanas están en Tucson visitando a tu tía Ofelia.

—Oh, sí. Lo olvidé.

—Estamos solos tú y yo.

Asentí.

—Suena divertido. —No quise sonar tan sarcástico. Me di cuenta que me miraba fijamente.

—¿Algo anda mal, Ari?

—No. Voy a salir. Dante y yo vamos a dar una vuelta.

Asintió. Siguió mirándome.

—Pareces diferente, Ari.

—¿Diferente cómo?

—Enojado.

Si hubiera sido más valiente, le habría dicho:

¿Enojado? ¿Debería estarlo? ¿Sabes algo, papá? En realidad no me importa que no puedas hablar de Vietnam. Incluso cuando sé que la guerra se apoderó de ti, no me importa si no quieres hablar de ello. Pero sí me importa que no puedas hablar de mi hermano. Maldita sea, papá, no puedo sobrevivir soportando todo este silencio.

Me imaginé su respuesta:

Todo este silencio me ha salvado, Ari. ¿No lo sabes? ¿Y qué es esta obsesión con tu hermano?

Imaginé mi argumento:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

¿Obsesión, papá? ¿Sabes lo que he aprendido de mamá y tú? He aprendido a no hablar. He aprendido cómo mantener todo lo que siento enterrado profundamente en mí. Y los odio por eso.

—¿Ari?

Sabía que estaba a punto de llorar. Sabía que lo podía ver. Odiaba dejar que mi papá viera toda la tristeza dentro de mí.

Alargó la mano hacia mí.

—Ari...

—No me toques, papá. Simple y sencillamente no me toques.

No me recuerdo conduciendo a la casa de Dante. Solo me recuerdo sentado en mi camioneta, estacionado frente a su casa.

Sus padres estaban sentados en los escalones de entrada. Me saludaron. Les devolví el saludo.

Y luego estaban parados allí. En la puerta de mi camioneta. Y oí la voz de la señora Quintana.

—Ari, estás llorando.

—Sí, eso sucede a veces —le dije.

—Deberías entrar —me sugirió.

—No.

294 Y entonces Dante estaba allí. Me sonrió. Y luego sonrió a su mamá y papá.

—Nos vamos —dijo.

Sus padres no preguntaron nada.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Solo conduje. Podría haberlo hecho por siempre. No sé cómo me las arreglé para encontrar mi lugar en el desierto, pero lo encontré. Era como si hubiera una brújula oculta en algún lugar dentro de mí. Uno de los secretos del universo era que nuestros instintos eran a veces más fuertes que nuestras mentes. Cuando estacioné la camioneta, me bajé, dando un portazo.

—¡Mierda! Me olvidé de la cerveza.

—No necesitamos la cerveza —susurró Dante.

—¡Necesitamos la cerveza! ¡Necesitamos la puta cerveza, Dante! —No sé por qué estaba gritando. Los gritos se convirtieron en sollozos. Caí en los brazos de Dante y lloré.

Me abrazó y no dijo una palabra.

Otro secreto del universo, a veces el dolor era como una tormenta que viene de la nada. La clara mañana de verano podría convertirse en un aguacero. Podría terminar con relámpagos y truenos.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Siete

Era extraño no tener a mi mamá alrededor.

No estaba acostumbrado a hacer el café. Mi padre dejó una nota. *¿Estás bien?* Sí, papá.

Me alegré de que Piernas rompiera el silencio de la casa cuando comenzó a ladrar. Era su manera de decirme que era hora de salir a correr.

Piernas y yo corrimos más rápido aquella mañana. Traté de no pensar en nada mientras corría, pero no funcionó. Pensé en mi padre y en mi hermano y en Dante. Siempre pensaba en Dante, siempre intentando comprenderlo, siempre preguntándome por qué éramos amigos y por qué parecía importar tanto. A los dos. Odiaba pensar en las cosas y en las personas, especialmente cuando eran misterios que no podía resolver. Cambié el tema en mi cabeza a la tía Ofelia en Tucson. Me pregunté por qué nunca fui a visitarla. No es como si yo no la quisiera. Vivía sola y podría haber hecho un esfuerzo. Pero nunca lo hice. A veces la llamaba. Era extraño, pero podía hablar con ella. Siempre me hacía sentir querido. Me preguntaba cómo lo hacía.

Cuando me estaba secando el cuerpo después de mi ducha, me quedé mirando mi cuerpo desnudo en el espejo. Lo estudié. Qué extraño era tener un cuerpo. A veces se sentía así. Extraño. Recuerdo lo que mi tía me había dicho una vez: "El cuerpo es una cosa hermosa". Ningún adulto me había dicho eso. Y me pregunté si alguna vez había sentido que mi propio cuerpo era hermoso. Mi tía Ofelia había resuelto algunos de los



BENJAMIN ALIRE SAENZ

muchos misterios del universo. Sentí como si yo no hubiera resuelto ninguno en absoluto.

Ni siquiera había resuelto el misterio de mi propio cuerpo.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ocho

Justo antes de ir a trabajar, me detuve en la farmacia donde Dante estaba trabajando. Creo que solo quería comprobar que tuviera un trabajo.

Cuando entré en la farmacia estaba detrás, colocando cigarrillos en el estante.

—¿Llevas zapatos? —le dije.

Sonrió. Me quedé mirando su nombre en su placa de identificación.
Dante Q.

—Justo estaba pensando en ti —dijo.

—¿Sí?

—Algunas chicas vinieron hace un rato.

—¿Chicas?

—Te conocían. Nos pusimos a hablar.

Sabía de quienes me estaba hablando.

—Gina y Susie —le dije.

—Sí. Son agradables. Lindas también. Van a la escuela contigo.

—Sí, son agradables y lindas. Y también insistentes.





BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Miraron mi nombre. Y luego se miraron la una a la otra y una de ellas me preguntó si te conocía. Pensé que se trataba de una pregunta divertida.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que sí. Les dije que eras *mi* mejor amigo.

—¿Les has dicho eso?

—Eres mi mejor amigo.

—¿Te preguntaron algo más?

—Sí, me preguntaron si sabía algo acerca de un accidente y de ti rompiéndote las piernas.

—No puedo creerlo. ¡No puedo creerlo!

—¿Qué?

—¿Les dijiste?

—Por supuesto que les dije.

—¿Les dijiste?

—¿Por qué te estás enojando?

—¿Les contaste acerca de lo que pasó?

—Por supuesto que lo hice.

—Hay una regla, Dante.

—¿Estás loco? ¿Estás enojado conmigo?

—La regla era que no íbamos a hablar sobre el accidente.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Incorrecto. La regla fue que no íbamos a hablar del accidente entre nosotros. La regla no aplica a otras personas.

Se estaba formando una cola detrás de mí.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Dante.

Esa misma tarde, Dante me llamó al trabajo.

—¿Por qué estás enojado?

—Simplemente no quiero que otras personas sepan.

—No te entiendo, Ari. —Colgó el teléfono.

Lo que sabía que iba a pasar, pasó. Gina y Susie se presentaron en el Charcoaler justo cuando estaba por salir del trabajo.

—Estabas contando la verdad —dijo Gina.

—¿De qué? —le dije.

—¿De qué? Salvaste la vida de Dante.

—Gina, no vamos a hablar de eso.

—Suenas molesto, Ari.

—No me gusta hablar de eso.

—¿Por qué no, Ari? Eres un héroe. —Susie Byrd tenía esta cosa en su voz.

—¿Y por qué —dijo Gina—, no sabemos nada acerca de tu mejor amigo?

—Sí, ¿por qué?

Las miré a ambas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Es muy lindo. También me lanzaría delante de un coche en movimiento para salvarle la vida.

—Cállate, Gina —murmuré.

—¿Cómo es que él es algo así como un secreto?

—No es un secreto. Solo va al Cathedral.

Susie tenía esa mirada alucinada en su rostro.

—Los chicos del Cathedral son tan lindos.

—Los chicos del Cathedral apestan —les dije.

—¿Así que cuándo vamos a conocerlo?

—Nunca.

—Oh, así que lo quieres todo para ti.

—Ya basta, Gina. Me estás molestando realmente.

—Estás muy sensible con estas cosas, lo sabes, ¿no?

—Vete al infierno, Gina.

—No quieres que lo conozcamos, ¿verdad?

—No me importa. Saben dónde trabaja. Vayan a acosarlo. Tal vez de esa manera me dejarán en paz.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nueve

—No entiendo por qué estás tan molesto.

—¿Por qué le dijiste a Gina y a Susie todo?

—¿Qué pasa contigo, Ari?

—Acordamos no hablar de eso.

—No te entiendo.

—Yo tampoco me entiendo.

Me levanté de las escaleras de su porche donde estábamos sentados.

—Me tengo que ir. —Miré al otro lado de la calle. Recordé a Dante corriendo detrás de dos niños que estaban disparando a un pájaro. Abrí la puerta de mi auto y subí en este. Cerré la puerta. Dante estaba parado en frente de mí.

—¿Deseas no haberme salvado la vida? ¿Es eso? ¿Quisieras que estuviera muerto?

—Claro que no —susurré.

Él se quedó ahí, mirándome.

No miré atrás. Encendí mi auto.

—Eres la persona más inescrutable del universo.

—Sí —le dije—, supongo que lo soy.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Papá y yo cenamos juntos. Ambos estuvimos callados. Nos turnamos para alimentar a Piernas con las sobras de comida.

—Mamá no lo aprobaría.

—No, no lo haría.

Sonreímos incómodamente el uno al otro.

—Voy a ir a jugar bolos. ¿Quieres ir?

—¿Bolos?

—Sí. Sam y yo vamos a ir a jugar bolos.

—¿Vas a jugar bolos con el papá de Dante?

—Sí. Él me invitó. Pensé que sería bueno salir. ¿Ustedes quieren venir?

—No lo sé —dije.

—¿Están peleando?

—No. —Llamé a Dante al teléfono—. Nuestros padres van a jugar bolos esta noche.

—Lo sé.

—Mi papá quiere saber si queremos ir.

—Dile que no —dijo Dante.

—Bueno.

—Tengo una mejor idea.

El señor Quintana recogió a mi papá para ir a jugar bolos. Pensé que eso era realmente extraño. Ni siquiera sabía que mi papá jugara bolos.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Noche de chicos —dijo el Sr. Quintana.

—No tomen y manejen —dije.

—Dante te está enseñando algo —dijo—. ¿Qué pasó con ese joven respetuoso?

—Sigue aquí —dije—. No lo estoy llamando Sam, ¿o sí?

Mi papá me lanzó una mirada.

—Adiós —dije.

Los vi alejarse. Miré a Piernas.

—Vamos. —Ella esperó en el auto y condujimos hasta la casa de Dante. Él estaba sentado en el porche frontal, hablando con su madre. Los saludé. Piernas y yo bajamos del auto. Subí las escaleras, me incliné y le di un beso a la señora Quintana. La última vez que la había visto, había dicho hola y estrechado su mano. Me había sentido estúpido.

—Un beso en la mejilla servirá, Ari. —dijo ella. Así que ese era nuestro nuevo saludo.

El sol se estaba poniendo. Aunque había sido un día caluroso, la brisa estaba golpeando, las nubes se estaban reuniendo y parecía que podía haber una tormenta. Mirar el cabello de la señora Quintana en la brisa me hizo pensar en mi madre.

—Dante está haciendo una lista de nombres para su hermanito.

Miré a Dante.

—¿Qué pasa si es una niña?

—Será un niño. —No había duda en su voz—. Me gusta Diego. Me gusta Joaquín. Me gusta Javier. Rafael. Me gusta Maximiliano.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Esos nombres suenan bastantes mexicanos —dije.

—Sí, bueno, estoy renunciando a los clásicos nombres antiguos. Además, si tiene un nombre mexicano, entonces tal vez se *sienta* más mexicano.

La mirada en la cara de su madre me dijo que habían tenido esta discusión un par de veces.

—¿Qué piensas de Sam? —dije.

—Sam está bien. —dijo.

La señora Quintana se rió.

—¿La madre puede decir algo?

—No —dijo Dante—. La madre solo consigue hacer todo el trabajo.

Ella se inclinó y lo besó. Me miró.

—¿Entonces ustedes dos van a observar las estrellas?

—Sí, observar las estrellas con los ojos desnudos. Nada de telescopios —dije—. Y somos tres. Olvidó a Piernas.

—No —dijo ella—. Piernas se queda conmigo. Quiero un poco de compañía.

—Bueno —dije—, si usted quiere.

—Es una mascota extraordinaria.

—Sí, lo es. Así que, ¿le gustan los perros?

—Me gusta Piernas. Es dulce.

—Sí —dije—. Dulce.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Era casi como si Piernas supiera qué significaba esa palabra. Cuando Dante y yo subimos al auto, ella se quedó justo al lado de la señora Quintana. Qué extraño, pensé, los perros a veces entienden las necesidades y los comportamientos de los seres humanos.

La señora Quintana me gritó antes de que encendiera el auto.

—Prométeme que tendrán cuidado.

—Lo prometo.

—Recuerda la lluvia —dijo ella.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Mientras manejaba hacia mi lugar en el desierto, Dante sacó la mercancía. Hizo un gesto con las manos en el aire.

Ambos sonreímos, luego nos reímos.

—Eres un chico malo —dije.

—Tú también eres un chico malo.

—Justo lo que siempre quisimos ser.

—Si nuestros padres supieran —dije.

—Si nuestros padres supieran —dijo él.

Nos reímos.

—Nunca había hecho esto.

—No es difícil de aprender.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Daniel. Ese tipo con el que trabajo. Creo que le gusto.

—¿Quiere besarte?

—Creo.

—¿Tú quieres besarlo?

—No estoy seguro.

—Pero le hablaste para que te diera algo de marihuana, ¿no?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Aunque seguí mirando el camino, sabía que él estaba sonriendo.

—Te gusta pedirle cosas a la gente, ¿no?

—No voy a responder eso.

Hubo un relámpago en el cielo y un trueno y el olor de la lluvia.

Dante y yo salimos de la camioneta. No dijimos nada. Encendió el puro, inhaló, luego mantuvo el humo en sus pulmones. Luego, finalmente, lo dejó salir. Después lo hizo otra vez, y me lo entregó a mí. Lo hice exactamente como lo hizo él. Tengo que decir que me gustó el olor, pero la marihuana era dura en mis pulmones. Luché para no toser. Si Dante no tosía, entonces yo no iba a toser. Nos sentamos ahí pasando el puro hasta que se acabó.

Me sentí ligero, despreocupado y feliz. Era extraño y maravilloso, todo parecía lejano y al mismo tiempo como cercano. Dante y yo seguimos mirándonos el uno al otro mientras nos sentábamos en la parte trasera de la camioneta. Empezamos a reír y no podíamos parar.

Entonces la brisa se convirtió en viento. Y los truenos y relámpagos estaban más y más cerca y empezó a llover. Corrimos al interior de la camioneta. No podíamos parar de reír, no queríamos parar de reír.

—Es una locura —dije—. Se siente tan loco.

—Loco —dijo él—. Loco, loco, loco.

—Dios, loco.

308

Yo quería que nos riéramos por siempre. Escuchamos el aguacero. Dios, estaba lloviendo realmente. Como esa noche.

—Vamos afuera —dijo Dante—. Vamos a la lluvia. —Lo miré mientras se quitaba toda su ropa: su camisa, sus pantalones cortos, sus



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

calzoncillos. Todo excepto sus tenis. Lo cual era realmente gracioso—. Bien —dijo. Tenía la mano en la manija de la puerta—. ¿Listo?

—Espera —dije. Y me quité la camisa y toda mi ropa. Excepto mis tenis.

Nos miramos el uno al otro y reímos.

—¿Listo? —dije.

—Listo —contestó.

Corrimos afuera hacia la lluvia. Dios, las gotas de lluvia eran frías.

—¡Mierda! —grité.

—¡Mierda! —gritó Dante.

—Estamos jodidamente locos.

—Sí, sí —rió Dante. Corrimos alrededor de la camioneta, desnudos y riendo, la lluvia cayendo contra nuestros cuerpos. Vueltas y vueltas alrededor de la camioneta. Corrimos hasta que ambos estuvimos cansados y sin aliento.

Nos sentamos dentro de la camioneta, riendo, tratando de recuperar el aliento. Y entonces la lluvia se detuvo. Así era en el desierto. La lluvia caía, después paraba. Solo así.

Abrí la puerta de la camioneta y salí al aire húmedo y ventoso de la noche.

Estiré los brazos hacia el cielo. Y cerré los ojos.

Dante estaba parado a mi lado. Podía sentir su respiración.

No sé qué habría hecho si me hubiera tocado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Pero no lo hizo.

—Estoy muerto de hambre —dijo.

—Yo también.

Nos vestimos y manejamos de regreso al pueblo.

—¿Qué deberíamos comer? —dije.

—Menudo —dijo él.

—¿Te gusta el menudo?

—Sí.

—Creo que eso te hace un verdadero mexicano.

—¿A los verdaderos mexicanos les gusta besar a otros chicos?

—No creo que el gusto por los chicos sea un invento estadounidense.

—Podrías estar en lo cierto.

—Sí, podría. —Le lancé una mirada. Él odiaba que yo tuviera razón—.
¿Qué te parece Chico's Tacos?

—No tienen menudo.

—Está bien, ¿qué te parece Good Luck Café en Alameda?

—Mi papá ama ese lugar.

—El mío también.

—Ellos están jugando bolos —dije.

—Ellos están jugando bolos. —Estábamos riendo tanto que tuve que
parar.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuando finalmente llegamos a Good Luck Café, teníamos tanta hambre que ambos pedimos un plato de enchiladas y dos platos de menudo.

—¿Tengo los ojos rojos?

—No —le dije.

—Bien. Creo que podemos ir a casa.

—Sí —dije.

—No puedo creer que hicimos eso.

—Yo tampoco.

—Pero fue divertido —dijo él.

—Dios —dije—. Fue fantástico.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Once

Papá me levantó temprano.

—Nos vamos a Tucson—dijo.

Me senté en la cama. Lo miré fijamente.

—Hay café.

Piernas me siguió a la puerta.

Me preguntaba si estaba molesto conmigo. Me preguntaba por qué teníamos que ir a Tucson. Me sentí un poco mareado, como si me hubiera despertado en medio de un sueño.

Me puse un par de *jeans* y me fui camino a la cocina. Papá me dio una taza de café.

—Eres el único chico que conozco que toma café.

Traté de seguir la pequeña conversación, traté de pretender que no había tenido una conversación imaginaria con él. Sin que supiera que lo había dicho. *Pero lo sabía*. Y sabía que me quería decir esas cosas incluso aunque no lo hubiera hecho.

—Algún día, papá, todos los chicos del mundo tomarán café.

—Necesito un cigarrillo—dijo.

Piernas y yo lo seguimos al patio trasero.

Lo vi encender su cigarrillo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Cómo estuvieron los bolos?

Sonrió torciendo la boca.

—Fue un poco divertido. Soy un pésimo bolichero. Afortunadamente, Sam también lo es.

—Debes salir más—dije.

—Tú también —dijo. Tomó una calada del cigarrillo—. Tu madre llamó tarde anoche. Tu tía tuvo un severo derrame cerebral. No pudo llegar a tiempo.

Recuerdo cuando viví con ella un verano. Era un niño pequeño y ella era una mujer bondadosa. Nunca se había casado. No le importaba. Sabía de chicos, cómo reír y cómo hacerle sentir a un chico ser el centro del universo. Había vivido separada del resto de su familia por razones que nadie se había tomado la molestia de explicarme. Nunca me importó tampoco.

—¿Ari, estás escuchándome?

Asentí.

—Te vas a veces.

—No, en serio. Estaba pensando. Pasé un verano con ella cuando era pequeño.

—Sí, lo hiciste. No querías regresar a casa.

—¿No quería? No lo recuerdo.

—Estabas enamorado de ella. —Sonrió

—Quizá sí lo estaba. No recuerdo no haberla amado. Y eso es raro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Por qué es raro?

—No sentí eso con mis otros tíos y tías.

Asintió.

—El mundo sería suertudo si tuviera más mujeres como ella. Tu madre y ella se escribían todas las semanas. Una carta semanal por años y años. ¿Lo sabías?

—No. Esas son muchas cartas.

—Las guardó todas.

Tomé un sorbo de mi café.

—¿Puedes hacer unos arreglos en el trabajo, Ari?

Podría imaginármelo en las fuerzas armadas. Tomando un cargo. Su voz calmada e imperturbable.

—Sí. Es un trabajo de voltear hamburguesas únicamente. ¿Qué pueden hacer, despedirme? —Piernas, me ladró. Solía tomar su carrera matutina.

Miré a mi papá.

—¿Qué vamos hacer con Piernas?

—Dante —dijo.

Su madre contestó el teléfono.

—Hola—dije—. Es Ari.

—Lo sé —dijo—. Te has levantado temprano.

—Sí—dije—. Dante está levantado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Ari, estás bromeando? Se levanta media hora antes para estar en el trabajo. No se levantaría ni un minuto más temprano.

Ambos nos reímos.

—Bueno —dije—. Necesito un favor.

—Está bien—dijo.

—Bueno, mi tía ha tenido un derrame cerebral. Mi madre fue a visitarla. Mi papá y yo iremos allá lo más pronto que podamos. Pero Piernas no irá, y pensé que quizá... —No me dejó terminar la oración.

—Claro, la cuidaremos, ella es una gran compañía. Se quedó dormida en mi regazo la última noche.

—Pero usted trabaja y Dante trabaja.

—Estará bien, Ari, Sam estará en casa todo el día. Está terminando su libro.

—Gracias —dije.

—No me lo agradezcas. —Sonaba mucho más calmada y ligera que la mujer que conocí la primera vez. Quizás era porque iba a tener un bebé. Quizá fuera eso. No es que todavía no lo consiguiera después de Dante.

Colgué el teléfono. Empaqué algunas cosas. El teléfono sonó. Era Dante.

—Lamento lo de tu tía. Pero, oye, ¡tengo a Piernas! —Podía comportarse como un niño. Quizá siempre sería un niño. Como su papá.

—Sí, tienes a Piernas, a ella le gusta correr temprano por las mañanas.

—¿Qué tan temprano?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Nos levantamos a las cinco y cuarenta y cinco.

—Cinco y cuarenta y cinco. ¿Estás loco? ¿Qué hay del sueño?

Este chico siempre me hacía reír.

—Gracias por hacer esto —dije.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí.

—¿Tu padre te mandó al diablo por llegar tarde?

—No, él se quedó dormido.

—Mi mamá quería saber qué nos había pasado.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no conseguimos mirar las estrellas por la tormenta. Le dije que estaba lloviendo como el infierno y que justamente nos quedamos atrapados en la tormenta. Que solo nos sentamos en la camioneta y hablamos. Cuando la lluvia paró, tuvimos hambre y fuimos por algo de comer. Me miró de manera graciosa y dijo: “¿Por qué no te creo?” Y le dije: “Porque tienes una sospecha natural”. Y entonces dejó ahí las cosas.

—Tu mamá y sus súper instintos —dije.

—Sí, bueno, no puede probar nada.

—Apuesto a que lo sabe.

—¿Cómo podría saberlo?

—No lo sé, pero apuesto a que lo sabe.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Me estás volviendo paranoico.

—Bien.

Ambos nos matamos de la risa.

Dejamos a Piernas muy tarde por la mañana en la casa de Dante. Mi padre le dio al Señor Quintana la llave de nuestra casa.

Dante quedó atascado con las plantas de mamá que debían ser regadas.

—Y no te robes mi camioneta —dije.

—Soy mexicano —dijo—, sé todo sobre puentear. —Eso realmente me hizo reír.

—Mira —le dije—, comer menudo y puentear una camioneta son dos artes totalmente diferentes.

Nos sonreímos el uno al otro.

La señora Quintana nos disparó una mirada.

Tomamos una taza de café con la mamá y el papá de Dante. Dante le dio a Piernas un tour alrededor de la casa.

—Apuesto a que Dante va animar a Piernas a morderle todos sus zapatos. —Todos nos reímos excepto mi papá. No sabía sobre la guerra contra los zapatos de Dante.

Nos reímos muy fuerte cuando Piernas y Dante regresaron a la cocina.

Piernas llevaba uno de los zapatos de Dante en su boca.

—Mira lo que encontró, mamá.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Doce

Mi padre y yo hablamos mucho en el trayecto a Tucson.

—Tu madre está triste —dijo. Sabía que él estaba pensando regresar.

—¿Quieres que maneje?

—No —dijo. Pero luego cambió de opinión—. Sí.

Se bajó en el siguiente paradero y fuimos por algo de gasolina y café. Me dio las llaves. Su carro me resultó mucho más sencillo que mi camioneta.

Sonreí.

—Nunca había manejado nada aparte de mi camioneta.

—Si puedes manejar una camioneta, puedes manejar todo.

—Lamento lo de la última noche —dije—. Es solo que a veces tengo cosas rondando dentro de mí, estos sentimientos. No siempre sé qué hacer con esto. Es eso lo que probablemente no tenga sentido.

—Suenas normal, Ari.

—No creo que sea muy normal.

—Sientes cosas, es normal.

—Excepto cuando me enoja. Y no sé realmente de dónde viene tanta ira.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Quizá si habláramos más.

—Bueno, ¿alguno de nosotros es bueno con las palabras, papá?

—Tú eres bueno con las palabras, Ari. Solo que no lo eres cuando estás alrededor mío.

No dije nada. Pero luego dije:

—Papá no soy bueno con las palabras.

—Hablas con tu madre todo el tiempo.

—Sí, pero eso es porque es un requisito.

Rió.

—Estoy alegre de que nos haga hablar.

—Hubiéramos muerto en nuestro silencio si ella no hubiera estado en torno a nosotros.

—Bueno, estamos hablando ahora, ¿no?

Le eché un vistazo y lo vi sonriendo.

—Sí, estamos hablando.

Bajó la ventanilla.

—Tu madre no me deja fumar en el carro. ¿Te importaría?

—No me importa.

Ese olor, a cigarrillo, siempre me hacía pensar en él.

Fumó su cigarrillo. Manejé.

No me importó el silencio, el desierto y la niebla en el cielo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

¿Qué importaban las palabras en el desierto?

Mi mente se desvió. Pensé en Piernas y en Dante. Me pregunté lo que Dante veía cuando me observaba. Me pregunté por qué no vi alguna vez los bocetos que me dio. Pensé en Gina y Susi, preguntándome por qué nunca las llamaba. Me molestaban, pero era su única manera de ser lindas conmigo. Sabía que les agradaba. Y a mí me agradaban. *¿Por qué un chico no puede ser amigo de las chicas? ¿Qué hay de malo en eso?*

Pensé en mi hermano y me pregunté si había sido cercano a mi tía. Me pregunté por qué una buena dama se había separado de su familia. Me cuestioné por qué había pasado un verano con ella cuando solo tenía cuatro años.

—¿Qué estás pensando? —Escuché la voz de mi padre apenas él hizo la pregunta.

—Estoy pensando en la tía Ofelia.

—¿Qué estás pensando?

—¿Por qué me mandaron a pasar un verano con ella?

No me respondió. Bajó la ventanilla y el calor del desierto vino a bañar el aire acondicionado del carro. Sabía que iba a fumar otro cigarrillo.

—Fue en el momento del juicio de tu hermano —dijo.

Era la primera vez que decía algo sobre mi hermano. No dije nada. Quería que siguiera hablando.

—Tu madre y yo tuvimos un tiempo difícil. Todos lo teníamos. Tus hermanas también. Nosotros no queríamos que tu... —Paró—. Creo que ya sabes lo que trato de decir.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tenía un aspecto muy serio en su rostro. Más serio de lo usual.

—Tu hermano te amaba, Ari —dijo—, y no quería que estuvieras envuelto.

—Por eso me mandaron lejos.

—Sí, por eso lo hicimos.

—Eso no resolvió el maldito problema, papá. Pienso en él todo el tiempo.

—Lo siento, Ari. Yo solo... Realmente lo lamento.

—¿Por qué no podemos solo...?

—Ari, es más complicado de lo que piensas.

—¿En qué forma?

—Tu madre tuvo una crisis nerviosa. —Pude oírlo fumar su cigarrillo.

—¿Qué?

—Estuviste con tu tía Ofelia por más de un verano. Estuviste ahí por nueve meses.

—¿Mamá? —*No puedo... es solo... ¿mamá?*—. Mamá realmente tuvo... —Quería pedirle a papá un cigarrillo.

—Tu madre es muy fuerte. Pero, no lo sé, la vida es tan ilógica, Ari. Era como si tu hermano hubiera muerto. Tu madre se volvió otra persona. Apenas podía reconocerla. Cuando lo sentenciaron, se derrumbó. Estaba inconsolable. No tienes idea de cuánto amaba a tu hermano. Y no sabía qué hacer. A veces, todavía la miro y quiero preguntarle: *¿Ha terminado? ¿No?* Cuando volvió a mí, Ari, se veía muy



BENJAMIN ALIRE SAENZ

frágil. Y a medida que pasaban las semanas y los meses, volvió a su otro yo de nuevo. Fue más fuerte, otra vez y...

Escuché a papá llorar. Detuve el carro a un lado de la carretera.

—Lo siento —susurré—. No lo sabía. No lo sabía, papá.

Asintió. Bajó del auto. Salió y se quedó parado bajo el calor. Sabía que estaba tratando de organizarse. Como un cuarto desordenado que necesita ser limpiado. Lo dejé solo por un momento. Pero luego decidí que quería estar con él.

Decidí que quizás alejarnos el uno al otro sería demasiado. Dejarnos solos sería matarnos.

—Papá, a veces te odio a ti y a mamá por pretender que él ha muerto.

—Lo sé. Lo siento, Ari. Lo lamento, lo lamento, lo siento.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Trece

Para cuando habíamos llegado a Tucson, mi tía Ophelia estaba muerta.

Había solo espacio para estar de pie en la misa del funeral. Era obvio que había sido profundamente amada. Por todos excepto su familia. Éramos los únicos ahí. Mi mamá, mis hermanas, mi papá y yo.

Gente que no conocía caminaba hacia mí.

—¿Ari? —preguntaban.

—Sí, soy Ari.

—Tu tía te adoraba.

Estaba avergonzado. Por haberla mantenido al margen de mis recuerdos. Estaba tan avergonzado.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Esforce

Mis hermanas regresaron a casa luego del funeral.

Mi mamá, mi papá y yo nos quedamos. Mi mamá y papá cerraron la casa de mi tía. Mamá sabía exactamente qué hacer y fue casi imposible para mí imaginarla viviendo en los límites de la cordura.

—Sigues observándome —me dijo una noche mientras veíamos una tormenta de verano venir por el oeste.

—¿Lo hago?

—Has estado callado.

—Callado es bastante normal para mí.

—¿Por qué no vinieron? —pregunté—. ¿Mis tíos y tías? ¿Por qué no vinieron?

—Ellos no aprobaban su forma de ser.

—¿Por qué no?

—Ella vivió con otra mujer. Por muchos años.

—Franny —dije—. Ella vivía con Franny.

—¿La recuerdas?

—Sí. Un poco. No mucho, era linda. Tenía ojos verdes. Le gustaba cantar.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Ellas eran amantes, Ari.

Asentí.

—Bien —dije.

—¿Te molesta eso?

—No.

Seguí jugando con la comida en mi plato. Miré a mi padre. No esperó a que hiciera mi pregunta.

—Yo amé a Ophelia —dijo—. Era bondadosa y decente.

—¿No te importaba que viviera con Franny?

—Para algunas personas importaba —dijo—. Tus tías y tíos, Ari, ellos simplemente no podían.

—¿Pero no importaba para ti?

Mi padre tenía una mirada extraña en la cara, como si estuviera tratando de detener su enojo. Creo que sabía que su enojo estaba dirigido a la familia de mi madre y también pensaba que él sabía que su enojo era inútil.

—Si nos hubiera importado a nosotros, ¿piensas que habríamos permitido que vinieras a quedarte con ella?

Miré a mi madre.

Mi madre asintió.

—Cuando volvamos a casa —dijo ella—, me gustaría mostrarte algunas fotografías de tu hermano. ¿Estaría eso bien?

Ella se acercó y limpió mis lágrimas. No podía hablar.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No siempre tomamos la decisión correcta, Ari. Hacemos lo mejor que podemos.

Asentí, pero no había palabras y las lágrimas silenciosas siguieron rodando por mi cara como si hubiera un río dentro de mí.

—Creemos que te lastimamos.

Cerré mis ojos e hice que las lágrimas se detuvieran. Entonces dije:

—Creo que estoy llorando porque estoy feliz.



ARISTOTLE AND DANTE

discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Quince

Llamé a Dante y le dije que estaríamos de vuelta en un par de días. No le dije nada de mi tía. Excepto que me dejó la casa.

—¿Qué? —dijo.

—Sí.

—Guau.

—Es genial.

—¿Es una casa grande?

—Sí. Es una casa genial.

—¿Qué vas a hacer con la casa?

—Bueno, aparentemente hay un amigo de mi tía que quiere comprarla.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero?

—No lo sé. No he pensado sobre eso.

—¿Por qué supones que te dejó la casa?

—No tengo idea.

—Bueno, puedes dejar tu trabajo en el Charcoaler.

Dante. Él siempre me podía hacer reír.

—Así que, ¿qué has estado haciendo?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Trabajar en la farmacia. Y estoy como saliendo con un chico —dijo.

—¿Sí?

—Sí.

Quería preguntar su nombre, pero no lo hice.

Cambió el tema. Sabía cuando Dante cambiaba el tema.

—Mi mamá y papá están enamorados de Piernas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dieciséis

Para el cuatro de julio seguíamos en Tucson.

Fuimos a ver los fuegos artificiales.

Mi papá me dejó tomar una cerveza con él. Mi madre trató de actuar como si no lo aprobara. Pero si no lo hubiese aprobado, nos hubiese parado.

—No es tu primera cerveza, ¿o sí, Ari?

No le iba a mentir a ella.

—Mamá, te dije que cuando rompiera las reglas, lo iba a hacer a tus espaldas.

—Sí —dijo—, eso es lo que dijiste. No estabas manejando, ¿cierto?

—No.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Bebí la cerveza lentamente y miré los fuegos artificiales. Me sentí como un niño pequeño. Amaba a los fuegos artificiales, las explosiones en el cielo, la manera en que la multitud expresaba su asombro.

329

—Ophelia siempre decía que Franny era el cuatro de julio.

—Eso es realmente una cosa buena para decir —dijo—, entonces, ¿qué le pasó a ella?

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Murió de cáncer.

—¿Cuándo?

—Aproximadamente seis años atrás, creo.

—¿Fuiste al funeral?

—Sí.

—No me llevaste.

—No.

—Ella solía enviarme regalos de navidad.

—Deberíamos haberte dicho.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecisiete

Creo que mi madre y mi padre habían decidido que existían demasiados secretos en el mundo. Antes de irnos de la casa de mi tía, ella puso dos cajas en el maletero del auto.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Las cartas que le escribí a ella.

—¿Qué vas hacer con ellas?

—Te las voy a dar.

—¿En serio?

Me pregunté si mi sonrisa era tan grande como la suya. Tal vez más grande. Pero no tan hermosa.

Dieciocho

En el viaje de regreso a El Paso desde Tucson, me senté en el asiento trasero. Pude ver a mi mamá y papá tomados de las manos. Algunas veces echando un vistazo el uno al otro. Miré hacia el desierto. Pensé en la noche en que Dante y yo habíamos fumado marihuana y corrido desnudos bajo la lluvia.

—¿Qué vas hacer el resto del verano?

—No lo sé. Trabajar en el Charcoaler. Salir con Dante. Trabajar. Leer. Cosas como esas.

—No tienes que trabajar —dijo mi papá—. Tienes el resto de tu vida para hacer eso.

—No me importa trabajar. Y de todos modos, ¿qué es lo que haría? No me gusta ver la televisión. Soy ajeno a mi propia generación. Y le tengo que dar las gracias a mamá por ello.

—Bueno, puedes ver toda la televisión que quieras de ahora en adelante.

—Muy tarde.

Ambos rieron.

—No es divertido. Soy el más anti-genial de casi diecisiete años de edad en el universo. Y todo es culpa tuya.

—Todo es culpa nuestra.

—Sí. Todo es su culpa.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Mi mamá se dio la vuelta solo para asegurarse de que estaba sonriendo.

—Tal vez tú y Dante deberían dar un viaje juntos. Quizás ir de día de campo o algo así.

—No lo creo —le dije.

—Deberías pensar en ello —dijo mi mamá—. Es verano.

Es verano, pensé. Me quedé pensando en lo que la señora Quintana dijo: *Recuerda la lluvia*.

—Hay una tormenta por delante —dijo mi padre—. Y estamos a punto de entrar en ella.

Miré por la ventana las nubes negras delante de nosotros. Abrí la ventana trasera y olí la lluvia. Podías oler la lluvia en el desierto, incluso antes de que cayera una gota. Cerré mis ojos. Extendí mi mano y sentí la primera gota. Era como un beso. El cielo me estaba besando. Era un buen pensamiento. Era lo que Dante hubiera pensado. Sentí otra gota y otra. Un beso. Un beso. Y luego otro beso. Pensé en los sueños que había estado teniendo, todos ellos acerca de los besos. Pero nunca sabía quién me estaba besando. No lo podía ver. Y entonces, así como así, estábamos en medio de un aguacero. Subí la ventana y de repente estaba frío. Mi brazo estaba mojado, el hombro de mi camiseta empapado.

Mi padre estacionó el auto.

—No se puede conducir en esto —dijo.

No había nada más que oscuridad, cortinas de lluvia y el temor de nuestro silencio. Mi mamá tomó la mano de mi padre.

Las tormentas siempre me hacían sentir tan pequeño.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Aunque los veranos eran principalmente de sol y calor, los veranos para mí eran sobre tormentas que iban y venían. Y me hacían sentir solo.

¿Todos los chicos se sienten solos?

El sol del verano no estaba destinado para los chicos como yo. Chicos que pertenecían a la lluvia.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Sesta parte

Todos los secretos del Universo

*Durante toda la juventud te estuve buscando
sin saber lo que estaba buscando.*

—W.S. Merwin



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

Eno

Lovió en todo el viaje de regreso a El Paso. Me quedé dormido. Me despertaba cada vez que llegábamos a un fuerte aguacero.

Había algo muy sereno en ese viaje de vuelta a casa.

Fuera del coche había una tormenta terrible. En el interior del coche todo era cálido.

No me sentí amenazado por el enojo, el clima impredecible. De alguna manera, me sentí seguro y protegido.

En una de las veces que me quedé dormido, empecé a soñar. Creo que podía soñar al segundo. Soñé que mi padre, mi hermano y yo nos estábamos pasando un cigarrillo. Estábamos en el patio trasero. Mi madre y Dante estaban en la puerta. Observando.

Yo no podía decidir si el sueño era un buen sueño o una pesadilla. Tal vez era un buen sueño porque cuando me desperté no estaba triste. Tal vez así es como se mide si un sueño es bueno o malo. Por la forma en que te hace sentir.

—¿Estás pensando en el accidente? —Oí la voz suave de mi madre.

—¿Por qué?

—¿La lluvia siempre te recuerda el accidente?

—A veces.

—¿Tú y Dante hablan de ello?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente no lo hacemos.

—Oh —dijo—. Yo pensé que ustedes dos hablaban de todo.

—No —le dije—. Somos como todos los demás en el mundo. —Yo sabía que no era cierto. No éramos como todos los demás en el mundo.

Cuando llegamos en carro hasta la casa había una tormenta. Truenos, relámpagos y vientos, la peor tormenta de la temporada de verano. Mi papá y yo empapados llevamos las maletas de vuelta a la casa. Mi madre encendió las luces y puso un poco de té mientras mi padre y yo nos poníamos ropa seca.

—Piernas odia los truenos —dije—. Le duelen sus oídos.

—Estoy segura de que está durmiendo al lado de Dante.

—Sí, supongo que sí —le dije.

—¿La extrañas?

—Sí. —Imaginé a Piernas en los pies de Dante, gimiendo ante el sonido de los truenos. Me imaginaba a Dante besándola, diciéndole que todo estaba bien. Dante, que amaba besar a los perros, que amaba besar a sus padres, que amaba besar a los chicos, que aún amaba besar a las chicas. Tal vez besarse era parte de la condición humana. Tal vez yo no era humano. Tal vez yo no era parte del orden natural de las cosas. Pero Dante disfrutaba besar. Y yo sospechaba que le gustaba demasiado masturbarse. Pensé que masturbarse era vergonzoso. Ni si quiera sabía por qué. Simplemente lo era. Era como tener sexo contigo mismo. Tener relaciones sexuales con uno mismo era realmente extraño.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Autoerotismo. Lo busqué en un libro de la biblioteca. Dios, me sentía estúpido de solo pensar en esas cosas. Algunos chicos hablaban de sexo todo el tiempo. Los escuchaba en la escuela. ¿Por qué estaban tan contentos cuando hablaban de sexo? Eso hizo que me sintiera miserable. Inadecuado. No esa palabra otra vez. ¿Y por qué estaba pensando en esas cosas en medio de una tormentosa lluvia, sentado a la mesa de la cocina con mi madre y mi padre? Traté de regresar mis pensamientos a la cocina. Donde estaba yo, donde vivía yo. Odiaba las cosas que vivían en mi cabeza.

Mi madre y mi padre estaban hablando y yo sentado allí, tratando de escuchar su conversación, pero en realidad no escuchaba nada, solo pensaba en esas cosas. Mi mente simplemente paseaba. Y entonces mis pensamientos cayeron sobre mi hermano. Siempre caían ahí. Era como mi lugar de estacionamiento favorito en el desierto. Yo solo como que conducía allí todo el tiempo. Me pregunté qué habría sido si mi hermano hubiera estado alrededor. Tal vez él podría haberme enseñado cosas sobre cómo ser un chico y lo que los chicos deben sentir, hacer y cómo deben actuar. Tal vez yo sería feliz. Pero tal vez mi vida sería la misma. Tal vez mi vida sería aún peor. No es que yo tuviera una mala vida. Sabía eso. Tenía una mamá y un papá cuidándome, tenía un perro y un mejor amigo llamado Dante. Pero había algo nadando dentro de mí que siempre me hacía sentir mal.

Me preguntaba si todos los chicos tenían una oscuridad en su interior. Sí. Tal vez incluso Dante.

338

Sentí los ojos de mi madre en mí. Ella me estaba estudiando. Una vez más.

Le sonreí.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Te preguntaría qué estás pensando, pero no creo que me lo digas.

Me encogí de hombros. Señalé a mi padre.

—Muy parecido a él, supongo.

Eso hizo que mi padre se riera. Parecía cansado, pero en ese momento, cuando nos sentamos a la mesa de la cocina, había algo joven en él. Y yo que pensaba que tal vez estaba cambiando en otra persona.

Todo el mundo se convertía siempre en alguien más.

A veces, cuando eres más viejo, te conviertes en alguien más joven. Y yo, yo me sentía más viejo.

¿Cómo puede un tipo que está a punto de cumplir los diecisiete años sentirse así?

Seguía lloviendo cuando me fui a dormir. Los truenos estaban lejos y el suave sonido de estos era más como un susurro lejano.

Dormí. Soñé. Era ese sueño de nuevo, ese sueño en que estaba besando a alguien.

Cuando me desperté, quería tocarme. "Dar la mano a tu mejor amigo". Ese era un eufemismo de Dante. Siempre sonreía cuando él decía eso.

Me di una ducha fría en su lugar.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dos

Por alguna razón, tenía una sensación divertida en la boca del estómago. No solo el sueño, lo del beso, lo corporal y la ducha de agua fría. No solo eso. Había algo más que no se sentía bien.

Me acerqué a la casa de Dante para recuperar a Piernas. Estaba vestido para una carrera en la fría mañana. Me encantaba la humedad después de todas las lluvias del desierto.

Llamé a la puerta principal.

Era temprano, pero no demasiado. Sabía que Dante probablemente todavía estaba durmiendo, pero sus padres estarían despiertos. Y quería a Piernas.

El Sr. Quintana abrió la puerta. Piernas salió y saltó sobre mí. La dejé lamer mi cara, que no es algo que me deje hacer muy a menudo.

—¡Piernas, Piernas, Piernas! Te extrañé. —Yo seguía acariciándola y acariciándola, pero cuando levanté la vista, me di cuenta que el Sr. Quintana parecía... él parecía, no sé... había algo en su rostro.

Sabía que algo estaba mal. Lo miré. Ni siquiera hice la pregunta.

—Dante —dijo.

—¿Qué?

—Está en el hospital.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Está bien?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Está bastante golpeado. —Su madre se quedó con él durante toda la noche.

—¿Qué pasó?

—¿Te gustaría una taza de café, Ari?

Piernas y yo lo seguimos a la cocina. Vi como el Sr. Quintana me vertía una taza de café. Me entregó la taza y nos sentamos uno frente del otro. Piernas puso su cabeza sobre el Sr. Quintana de nuevo. Él mantuvo su mano sobre la cabeza. Nos sentamos en la tranquilidad, observándolo. Esperé a que hablara. Finalmente dijo:

—¿Qué tan cercanos son tú y Dante?

—No entiendo la pregunta —dije.

Mordió el labio.

—¿Qué sabes de mi hijo?

—Es mi mejor amigo.

—Ya lo sé, Ari. ¿Pero cuán bien lo conoces?

Sonaba impaciente. Me hacía el tonto. Sabía exactamente lo que pedía.

Sentí mi corazón latir contra mi pecho.

—¿Les dijo?

El Sr. Quintana sacudió la cabeza.

—Así que ya sabes —dije.

No dijo nada.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Sabía que tenía que decir algo. Parecía perdido, asustado, triste, cansado y no me gustó nada porque era un hombre bueno y amable. Sabía que tenía que decirle algo. Pero no sabía qué.

—Está bien —le dije.

—¿Está bien? ¿Qué, Ari?

—Cuando se fueron a Chicago, Dante me dijo que algún día quería casarse con otro chico. —Miré alrededor de la habitación—. O al menos besar a otro chico. Bueno, en realidad, creo que lo dijo en una carta. O tal vez dijo algo después de que regresó.

Él asintió con la cabeza. Se quedó fijo en su taza de café.

—Creo que lo sabía —dijo.

—¿Cómo?

—La manera en que te mira a veces. —¡Oh! Miré hacia el suelo.

—Pero ¿por qué no me lo dijo, Ari?

—No quería decepcionarlos —dije.

Me detuve y aparté la mirada de él. Pero luego me hizo mirar a sus ojos negros, esperanzados. Y aunque sentía que estaba traicionando a Dante, sabía que tenía que hablar con él. Tenía que decirle.

—Señor Quintana

—Llámame Sam. —Lo miré.

—Sam —dije. Asintió—. Él está loco por ustedes. Supongo que lo sabes.

—Si él está tan loco por mí, entonces ¿por qué no me lo dijo?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Hablar con los papás no es fácil. Incluso tú, Sam.

Tomó un sorbo de su café con nerviosismo.

—Estaba tan feliz de que fueran a tener otro bebé. Y no sólo porque iba a ser un hermano mayor. Él dijo: *Tiene que ser un niño y tienen que gustarle las chicas*. Eso es lo que dijo. Así podrían tener nietos. Para que puedan ser felices.

—No me importan los nietos. Me preocupo por Dante.

Odiaba ver las lágrimas cayendo por el rostro de Sam.

—Amo a Dante —susurró—. Amo a ese chico.

—Tiene suerte —le dije.

Él me sonrió.

—Lo golpearon —susurró—. Golpearon a mi Dante por todos los infiernos. Algunas costillas rotas, le golpearon la cara. Tiene moretones por todas partes. Le hicieron esto a mi hijo.

Era una cosa extraña querer sostener a un hombre adulto en los brazos. Pero eso era lo que yo quería hacer.

Terminamos nuestro café.

No le hice más preguntas.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Tres

No sabía qué decirles a mi mamá y papá. No es que yo supiera algo. Sabía que alguien, tal vez varios, habían golpeado a Dante, estaba tan mal que había terminado en un hospital. Sabía que tenía algo que ver con otro chico. Sabía que Dante estaba en el Hospital Providence Memorial. Eso era todo lo que sabía.

Volví a casa con Piernas, que se volvió loca cuando me la traje a casa. Los perros no se autocensuran. Tal vez los animales eran más inteligentes que las personas. La perra estaba tan feliz. Mamá y papá también. Me sentí bien al saber que les encantaba la perra, que dejaron que hiciera esto. Y de alguna manera parecía que la perra nos ayudó a ser una mejor familia.

Tal vez los perros eran uno de los secretos del Universo.

—Dante está en el hospital —les dije.

Mi madre me estaba estudiando. Mi padre también lo hacía. Ambos llevaban un signo de interrogación en sus rostros.

—Alguien lo atacó. Está herido. Está en el hospital.

—No —dijo—. ¿Nuestro Dante? —Me pregunté por qué dijo "Nuestro Dante."

—¿Fue una cosa de pandilla? —susurró mi padre.

—No.

—Sucedió en un callejón —le dije.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿En el barrio?

—Sí. Creo que sí.

Ellos estaban esperando a que les dijera más. Pero no pude.

—Creo que voy a salir —dije. No recordé salir de la casa.

No me acordé de ir en auto al hospital.

Lo siguiente que supe era que estaba de pie delante de Dante, mirando su hinchado rostro. Estaba irreconocible. Ni siquiera podía ver el color de sus ojos. Recuerdo tomar su mano y susurrando su nombre. Apenas podía hablar. Apenas podía ver, con los ojos cerrados prácticamente hinchados.

—Dante.

—¿Ari?

—Estoy aquí —le dije.

—¿Ari? —susurró.

—Yo debería haber estado aquí —le dije—. Los odio. Los odio. —Yo sí los odiaba. Los odiaba por lo que le habían hecho en su cara, por lo que le habían hecho a sus padres. *Debería haber estado aquí. Debería haber estado aquí.*

Sentí la mano de su madre en el hombro.

Me senté junto a su madre y su padre. Solo sentados.

—Va a estar bien, ¿no es así?

La señora Quintana asintió.

—Sí. Pero... —Ella me miró—. ¿Va a ser siempre tu amigo?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Siempre.

—¿No importa qué?

—No importa lo que pase.

—Necesita un amigo. Todo el mundo necesita un amigo.

—También necesito un amigo —le dije. Yo nunca había dicho eso antes.

No había nada que hacer en el hospital. Solo sentarse y mirarse el uno al otro. Ninguno de nosotros parecíamos estar de humor para hablar.

Cuando ya me iba, sus padres salieron conmigo. Nos quedamos fuera del hospital. La señora Quintana me miró.

—Debes saber lo que pasó.

—No tiene que decirme.

—Creo que sí —dijo—. Había una anciana. Vio lo que pasó. Ella le dijo a la policía. —Sabía que ella no iba a llorar—. Dante y otro chico se besaban en un callejón. Algunos chicos estaban caminando y los vieron. Y... —Ella trató de sonreír—. Bueno, ya viste lo que le hicieron a él.

—Los odio —le dije.

—Sam me dijo que sabes sobre Dante.

—Hay cosas peores en el mundo que un chico al que le gusta besar a otros chicos.

—Sí, las hay —dijo—. Mucho peores. ¿Te importa si digo algo?

Le sonreí y me encogí de hombros.

—Creo que Dante está enamorado de ti.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dante tenía razón sobre ella. Ella *lo* sabía todo.

—Sí —le dije—. Bueno, tal vez no. Creo que le gusta ese otro tipo.

Sam miró a la derecha de mí.

—Tal vez el otro tipo es solo un soporte.

—Para mí, ¿quieres decir?

Él sonrió con torpeza.

—Quiero decir, lo siento. No debería haber dicho eso.

—Está bien —le dije.

—Esto es difícil —dijo—. Yo... demonios, me estoy sintiendo un poco perdido en este momento.

Le sonreí.

—¿Sabes qué es lo peor de los adultos?

—No.

—No siempre son adultos. Pero eso es lo que me gusta de ellos.

Él me tomó en sus brazos y me abrazó. Luego me dejó ir.

La señora Quintana nos miraba.

—¿Sabes quién es?

—¿Quién?

—¿El otro chico?

—Tengo una idea.

—¿Y no te importa?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Qué se supone que debo hacer? —Sabía que mi voz se resquebrajaba. Pero me negué a llorar. ¿Qué había que llorar?—. No sé qué hacer. —Miré a la señora Quintana y miré a Sam—. Dante es mi amigo. —Yo quería decirles que nunca había tenido un amigo, nunca, no uno de verdad. Hasta Dante. Quería decirles que no sabía que la gente como Dante existía en el mundo, las personas que consultaban las estrellas y conocían los misterios del agua y que sabían lo suficiente como para saber que las aves pertenecían a los cielos y no estaban destinadas a ser derribadas de sus graciosos vuelos por chicos medio estúpidos. Quería decirles que había cambiado mi vida y que nunca volvería a ser el mismo, nunca. Y que de alguna manera se sentía como que era Dante el que había salvado mi vida y no al revés. Quería decirles que él era el primer ser humano aparte de mi madre que tuve alguna vez con el que me daban ganas de hablar de las cosas que me asustaban. Quería decirles tantas cosas y, sin embargo, yo no tenía las palabras. Así que sólo estúpidamente repetí—. Dante es mi amigo.

Ella me miró, casi sonriendo. Pero ella estaba demasiado triste para sonreír.

—Sam y yo teníamos razón sobre ti. Tú *eres* el chico más dulce del mundo.

—Luego de Dante —le dije.

—Luego de Dante —dijo ella.

Me llevaron a mi camioneta. Y entonces un pensamiento entró en mi cabeza.

—¿Qué pasó con el otro chico?

—Corrió —dijo Sam.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Y Dante no lo hizo.

—No.

Fue entonces cuando la señora Quintana se derrumbó y lloró.

—¿Por qué no corrió, Ari? ¿Por qué no solo corrió?

—Porque él es Dante —le dije.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cuatro

No sabía que iba a hacer las cosas que hice. No era como si tuviera un plan. No era como que lo estaba pensando. A veces se hacen las cosas y no las haces porque estás pensando, sino porque lo sientes. Porque sientes demasiado. Y no siempre se pueden controlar las cosas que haces cuando sientes demasiado. Tal vez la diferencia entre ser un chico y ser un hombre es que los chicos no pueden controlar las cosas horribles que a veces se sienten. Y los hombres pueden. Esa tarde, yo era solo un niño. Ni siquiera cerca de ser un hombre.

Yo era un chico. Un chico que se volvió loco. Loco, loco.

Me metí en la camioneta y me fui directamente a la farmacia donde trabajaba Dante. Corrí a través de la conversación que habíamos tenido. Recordé el nombre del tipo. Daniel. Entré en la farmacia y estaba allí. Daniel. Vi su nombre en la etiqueta. *Daniel G.* El chico que Dante dijo que quería besar. Él estaba en el mostrador.

—Soy Ari —le dije.

Me miró con una expresión de pánico en su rostro.

—Soy amigo de Dante —le dije.

—Lo sé —dijo.

—Creo que debes tomar un descanso.

—No creo...



BENJAMIN ALIRE SAENZ

No esperé por sus excusas.

—Voy a salir a la calle y te esperaré. Voy a esperar exactamente cinco minutos. Y si no estás por allí en cinco minutos, entonces voy a volver a entrar a esta farmacia y te daré una patada en el culo de mierda en frente de todo el mundo. Y si tú no crees que lo voy a hacer, es mejor que me mires a los ojos.

Salí por la puerta principal. Y esperé. No tardó cinco minutos antes de que él estuviera allí de pie.

—Vamos a caminar —le dije.

—No puedo estar ausente por mucho tiempo —dijo. Me siguió.

Caminamos.

—Dante está en el hospital.

—Oh.

—¿Oh? No lo has ido a visitar. —No dijo nada. Quería sacar la santa mierda de él en ese mismo momento—. ¿No tienes nada que decir, idiota?

—¿Qué quieres que diga?

—Bastardo. ¿A caso no sientes nada?

Pude ver que estaba temblando. No es que me importara.

—¿Quiénes eran?

—¿De qué estás hablando?

—No me jodas, idiota.

—No vas a contarle a nadie.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Lo agarré por el cuello y luego lo dejé ir.

—Dante está en un hospital y lo único que te preocupa es lo que voy a decir. ¿A quién voy a decirle, imbécil? Solo dime quiénes eran.

—No lo sé.

—Una mierda. *Me lo dices ahora* y no te patearé el culo de aquí hasta el Polo Sur.

—No los conozco a todos.

—¿Cuántos?

—Cuatro chicos.

—Todo lo que necesito es un nombre. *Solo uno.*

—Julian. Él era uno de ellos.

—¿Julián Enríquez?

—Él.

—¿Quién más?

—Joe Moncada.

—¿Quién más?

—No sé de los otros dos.

—¿Y tú solo dejaste a Dante?

—Él no quería correr

—¿Y no te quedaste con él?

—No. Quiero decir, ¿de qué habría servido?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Así que no te importa?

—Sí me importa.

—Pero no regresaste, ¿verdad? No volviste a ver si estaba bien, ¿no?

—No. —Se veía asustado.

Lo empujé contra la pared de un edificio. Y me alejé.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Cinco

Sabía dónde vivía Julian Enriquez. Había jugado béisbol con él y sus hermanos cuando estaba en la escuela primaria. Nunca nos habíamos gustado mutuamente. No es que fuéramos enemigos o algo así. Conduje un rato y luego encontré un estacionamiento frente a su casa. Me acerqué a la puerta de su casa y toqué. Su pequeña hermana abrió la puerta.

—Hola, Ari —dijo.

Le sonreí. Ella era bonita.

—Hola, Lulu —saludé. Mi voz era tranquila y casi amistosa—. ¿Dónde está Julian?

—Está trabajando.

—¿Dónde trabaja?

—En el Taller de Reparaciones de Benny.

—¿A qué hora sale? —dije

—Por lo general llega a casa después de las cinco.

—Gracias —dije.

Ella me sonrió.

—¿Le digo que has venido?

—Por supuesto —le dije.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

El Taller de Reparaciones de Benny. El Sr. Rodríguez, uno de los amigos de mi padre, era el dueño. Habían ido juntos a la escuela. Sabía exactamente dónde estaba. Fui dando vueltas toda la tarde esperando a que llegaran las cinco. Cuando era casi la hora, me estacioné cerca de la esquina del taller de reparaciones. No quería que el Sr. Rodríguez me viera. Haría preguntas. Le diría a mi papá. Yo no quería preguntas.

Salí de mi camioneta y caminé por la misma calle del taller de reparaciones. Quería asegurarme de ver a Julian cuando saliera del garaje. Cuando lo vi, lo saludé. Caminaba por la calle.

—¿Qué pasa, Ari?

—No mucho —le dije. Señalando a mi camioneta—. Dando vueltas.

—¿Es tu camioneta?

—Sí.

—Bonitas ruedas, *vato*.

—¿Quieres darle un buen vistazo?

Caminamos a mi camioneta y corrió su mano sobre el guardabarros cromado. Se arrodilló y estudió los bordes de las llantas cromadas. Lo imaginé dando un puntapié a Dante cuando estaba en el suelo. Me lo imaginé golpeándolo en ese mismo momento.

—¿Quieres dar un paseo?

—Tengo cosas que hacer. Tal vez pueda venir más tarde y podamos dar una vuelta.

Lo agarré por el cuello y lo levanté.

—Entra —dije.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Qué diablos te sucede, Ari?

—Entra —le dije. Lo tiré contra la camioneta.

—*Chingao, ese*²⁵. ¿Qué mierda hay de malo contigo, hombre?

Me lanzó un puñetazo. Eso era todo lo que necesitaba. Así que lo hice. Su nariz estaba sangrando. Eso no me detuvo, no pasó mucho antes de que él estuviera en el suelo. Le estaba diciendo cosas, maldiciéndolo. En mi mente estaba todo borroso y yo simplemente fui contra él.

Entonces escuché una voz y un par de brazos me agarraban y me retuvieron. La voz me gritaba y los brazos eran fuertes y no podía golpear más.

Dejé de luchar.

Y todo se detuvo. Todo se quedó quieto.

El Sr. Rodríguez me estaba mirando.

—¿Qué demonios te pasa a ti, Ari? *¿Qué te pasa?*²⁵

Yo no tenía nada que decir. Miré hacia el suelo.

—¿Qué es lo que está pasando aquí, Ari? *A ver. Dime*²⁵.

No podía hablar.

Vi como el señor Rodríguez se arrodilló y ayudó Julian a levantarse del suelo.

356

Su nariz seguía sangrando.

—Te voy a matar, Ari —susurró.

²⁵ En español original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tú y qué ejército —le dije.

El Sr. Rodríguez me miró. Se volvió hacia Julian.

—¿Estás bien?

Julian asintió.

—Vamos a limpiarte.

No me moví. Entonces empecé a entrar en la camioneta.

El Sr. Rodríguez me lanzó otra mirada.

—Tienes suerte de que no llame a la policía.

—Adelante, llámelos. Me importa un bledo. Pero antes de que los llame, es mejor que le pregunte a Julian lo que él ha estado haciendo.

Me metí en mi camioneta y me alejé.



Seis

No noté la sangre en mis nudillos ni en mi camisa hasta que llegué a casa.

Me quedé ahí sentado.

No tenía un plan, así que lo único que hice fue quedarme sentado. Podría hacerlo por siempre, ese era mi plan.

No sé cuánto tiempo estuve ahí sentado. Empecé a temblar. Sabía que me había vuelto loco, pero simplemente no me lo podía explicar a mí mismo. Tal vez eso es lo que pasa cuando te vuelves loco. No puedes explicarlo. Ni a ti mismo, ni a nadie más. Y la peor parte de volverte loco es que cuando la locura ha pasado, no sabes qué pensar de ti mismo.

Mi padre salió de la casa y se paró en el porche. Me miró y no me gustó la expresión en su mirada.

—Necesito hablar contigo —me dijo.

Nunca me lo había dicho antes, nunca así, su voz me dio miedo.

Salí de la camioneta y me senté en las escaleras del porche.

Mi padre se sentó junto a mí.

—Acaba de llamarme el señor Rodríguez.

No dije nada

—¿Qué pasa contigo, Ari?

—No lo sé. Nada.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Nada? —Podía escuchar la ira en la voz de mi padre

Me quedé mirando mi camisa ensangrentada.

—Voy a tomar una ducha.

Mi padre me siguió hacia la casa.

—¡Ari!

Mi madre estaba en el vestíbulo. No podía soportar la forma en la que me veía. Me detuve y me quedé mirando al piso de nuevo. Mi cuerpo entero seguía temblando, no podía evitarlo.

Observé mis manos. Nada podía evitar el temblor.

Mi padre me tomó por el brazo, no muy fuerte, pero tampoco suavemente. Él era fuerte. Me llevó a través de la sala y me sentó en el sofá, mi madre se sentó junto a mí y él lo hizo en su silla. Sentía que estaba en una especie de trance sin palabras que decir.

—Habla —dijo mi padre.

—Quería herirlo —le dije.

—¿Ari? —Mi madre solo me miraba, y yo odiaba esa expresión de incredulidad. ¿Por qué no podía creer que yo quisiera herir a alguien?

La miré.

—En verdad *quería* herirlo.

359

—Tu hermano una vez hirió a alguien —susurró. Y luego empezó a sollozar. No pude soportarlo. Me odiaba a mí misma mucho más de lo que nunca lo había hecho. La miré llorar hasta que finalmente dije—. No llores, por favor mamá, no llores.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Por qué, Ari? ¿Por qué?

—Le rompiste la nariz a ese chico, Ari. Y la única razón por la que no estás en una estación de policía es porque Elfigo Rodríguez es un viejo amigo de tu padre. Tenemos que pagar esa pequeña visita al hospital. Tú tienes que pagar, Ari.

No dije nada. Sabía lo que estaban pensando. *Primero tu hermano y ahora tú.*

—Lo siento —dije. Sonó fatal, incluso para mí, pero una parte de mí no lo sentía. Parte de mí estaba feliz con haber roto la nariz de Julian, lo único que me apenaba era haber herido a mi madre.

—¿Lo sientes, Ari? —Mi padre traía una mirada dura como el acero.

Yo también podía ser acero.

—No soy mi hermano —les dije—. Detesto que piensen eso. Detesto vivir en su p... —Me detuve antes de usar esa palabra en frente de mi madre—. Detesto vivir bajo su sombra, lo odio. Detesto tener que ser un buen chico solo para complacerlos.

Ninguno de los dos dijo nada.

—No lo siento.

Mi padre me miró.

—Venderé tu camioneta.

Asentí.

—Está bien, véndela.

Mi madre había dejado de llorar. Tenía una extraña mirada en su rostro. No suave, no dura. Solo extraña.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Necesito que me digas porqué lo hiciste Ari.

Tomé un respiro.

—Bien —dije—. ¿Y ustedes escucharán?

—¿Por qué no te escucharíamos?

Miré a mi padre.

Luego miré a mi madre.

Luego miré de nuevo al piso.

—Ellos hirieron a Dante —susurré—. No se puede ni siquiera decir cómo se ve ahora. Deberían ver su rostro. Rompieron algunas de sus costillas y lo abandonaron en un callejón. Como si no fuera nada, como si fuera un pedazo de basura, como si fuera mierda. Como si no fuera nada. Y si él hubiera muerto, ni siquiera les habría importado. —Empecé a llorar—. ¿Quieren que hable? Hablaré. ¿Quieren que les diga? Les diré. Él estaba besando a otro chico.

No sabía por qué pero no podía dejar de llorar. Y cuando dejé de hacerlo supe que estaba muy enojado, más enojado de lo que nunca había estado en mi vida.

—Había cuatro de ellos, el otro chico huyó. Pero Dante no lo hizo, porque él es así. Él no huye.

Miré a mi padre.

Él no dijo ni una palabra.

Mi madre se acercó a mí. No podía dejar de pasar sus dedos por mi cabello.

—Estoy tan avergonzado —susurré—. Quería herirlos de vuelta.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Ari? —La voz de mi padre era suave—. Ari, Ari, Ari. Estás luchando esta guerra en la peor forma posible.

—No sé cómo librarla, papá.

—Deberías pedir ayuda —me dijo.

—Tampoco sé cómo hacer eso.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Siete

Cuando salí de la ducha, papá se había ido.

Mamá se encontraba en la cocina. El sobre con el nombre de mi hermano sobre la mesa. Ella bebía una copa de vino.

Me senté junto a ella y dije:

—Bebo cerveza a veces.

Ella asintió.

—No soy un ángel, mamá. Tampoco un santo. Solo Ari. Un jodido Ari.

—No vuelvas a decir eso.

—Es la verdad.

—No, no lo es. —Su voz era fuerte, fiera y segura—. Tú no estás jodido para nada. Eres dulce, bueno y decente. —Bebió un sorbo de su vino.

—Herí a Julian —dije.

—Eso no fue lo más inteligente que pudiste hacer.

—Ni lo más agradable.

Ella casi rió y dijo:

—No, nada agradable. —Agarró el sobre de la mesa y pasó sus manos sobre él—. Lo siento —dijo, abrió el sobre y sacó una foto—. Estos son tú y Bernardo. —Me pasó la foto.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Yo era un niño pequeño y mi hermano me tenía en sus brazos. Él era guapo y sonriente.

—Lo amabas mucho —dijo—. Lo siento. Es como te dije, Ari, no siempre hacemos las cosas bien. Tampoco decimos lo correcto. A veces duele darnos cuenta. Así que no lo hacemos, pero no significa que desaparezca, porque no lo hace, Ari.

Ella me pasó el sobre y dijo:

—Todo está ahí. —No lloraba—. Él mató a alguien, Ari. Él mató a alguien solamente con sus puños. —Ella casi sonrió, aunque esa fuese la sonrisa más triste que hubiese visto—. Nunca antes te lo dije —susurró.

—¿Todavía te afecta?

—Mucho, Ari. Incluso después de todos estos años.

—¿Siempre dolerá?

—Siempre.

—¿Cómo lo toleras?

—No lo sé, todos tenemos que tolerar ciertas cosas, Ari. Todos nosotros. Tu papá tiene que afrontar la guerra, y lo que esta le hizo. Tú tienes que disimular el convertirte en un hombre. Sé que te entristece, ¿estoy en lo correcto, Ari?

—Sí —dije.

—Tengo que aceptar lo de tu hermano, lo que hizo, la vergüenza de ello, también su ausencia.

—No es tu culpa, mamá.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No lo sé. Pienso que las madres se culpan a sí mismas. Al igual que los padres, creo.

—¿Mamá?

Quería acercarme a ella y tocarla. Pero no lo hice. Solamente la miré, traté de sonreír y dije:

—No sabía que podía amarte tanto.

En ese momento, su sonrisa cambió y no fue triste para nada.

—*Hijo de mi corazón*²⁶, te diré un secreto. Tú me ayudas a soportarlo, todas mis pérdidas, Ari.

—No digas eso, mamá. Solo te decepcionaré.

—No, *amor*. Nunca.

—Pero lo de hoy, sé que te herí.

—No —dijo—. Creo que lo entiendo.

Pero la forma en que lo dijo, era como si ahora entendiese algo sobre mí que ella no había notado antes. Siempre sentía que cuando ella me miraba, estaba tratando de encontrarme, de saber quién era en realidad. Pero cuando me vio esta vez, entendí que por fin sabía todo. Lo cual debo admitir que me confundió.

—¿Entender qué, mamá?

Ella me entregó el sobre y preguntó:

—¿No quieres mirarlo?

Asentí y dije:

²⁶ En español original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, pero no por ahora.

—¿Estás asustado?

—No. Sí. No lo sé. —Pasé mi dedo por el nombre de mi hermano. Mamá y yo nos quedamos sentados ahí, por lo que pareció mucho tiempo.

Ella bebía de su copa de vino, mientras yo miraba las fotos de mi hermano.

Cuando él era un bebé, en los brazos de mi padre, con mis hermanas.

Sentado frente a las escaleras de mi casa.

Era un niño pequeño, saludando a mi padre en uniforme.

Mamá me observaba. Era verdad. Nunca la había amado más que ahora.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ocho

—¿A

dónde fue papá?

—Fue a ver a Sam.

—¿Por qué?

—Él solo quería hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasó. Tú sabes, ellos son amigos. Tu padre y Sam.

—Eso es interesante —dije—. Papá es mayor.

Ella sonrió.

—¿Y qué?

—Sí, ¿y qué?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Nueve

—¿Puedo enmarcar esta y ponerla en mi habitación? —
Era una foto de mi hermano saludando a mi padre.

—Sí —dijo—, la amo.

—¿Lloró? ¿Cuándo papá se fue a Vietnam?

—Por días. Estaba inconsolable.

—¿Estabas asustada de que papá no volviese?

—No pensé en eso. Me hice no pensar en eso. —Rió—. Soy buena en eso.

—Yo también —dije—. Y todo este tiempo pensé en que obtuve ese rasgo de papá.

Reímos.

—¿Podemos poner esa foto en la sala de estar? ¿Te importaría, Ari?

Ese fue el día que mi hermano estuvo en nuestra casa de nuevo. En una manera extraña e inexplicable, mi hermano había vuelto a casa.

No fue mi madre quien contestó mis preguntas hambrientas. Fue mi padre. Mi madre algunas veces escuchaba cuando mi padre y yo hablamos de Bernardo. Pero no decía una palabra.

La amaba por su silencio.

O tal vez lo entendía.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Y amaba a mi padre también, por la manera cuidadosa en que hablaba. Entendí que mi padre era un hombre cuidadoso. Ser cuidadoso con las personas y con las palabras era una cosa rara y hermosa.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Visité a Dante cada día. Estuvo en el hospital por cuatro días. Ellos tenían que estar seguros de que estuviera bien porque había tenido una contusión cerebral.

Sus costillas estaban dañadas.

El doctor dijo que las costillas tomarían tiempo en sanar. Pero no estaban rotas. Eso habría sido peor. Los moretones sanarían por sí mismos. Al menos los que estaban en el exterior.

No habría piscina. Realmente no podía hacer mucho, de verdad. Podía quedarse acostado. Pero a Dante le gustaba estar acostado. Eso era lo bueno.

Él estaba diferente. Triste.

El día que volvió a casa del hospital lloró. Lo abracé. Pensé que nunca pararía.

Sabía que nunca volvería a ser el mismo.

Ellos le rompieron más que sus costillas.

Once

—¿Estás bien, Ari? —La señora Quintana estaba observándome al igual que mi madre lo había hecho. Me senté frente a los padres de Dante en la encimera de su cocina. Él estaba durmiendo. A veces, cuando sus costillas le dolían, tomaba una píldora que le daba mucho sueño.

—Sí, estoy bien.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que necesito un terapeuta?

—No hay nada malo con ver a uno, Ari.

—Tal y como lo diría un terapeuta —dije.

La señora Quintana asintió con la cabeza y dijo:

—No solías ser un sabelotodo cuando empezaste a salir con mi hijo.

Me reí.

—Estoy bien —dije—. ¿Por qué no habría de estarlo?

Los Quintana se miraron entre sí.

—¿Acaso eso es una cosa entre padres?

—¿A qué te refieres?

—Esas miradas que las mamás y los papás se dan entre sí.

Sam río y dijo:



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, eso creo.

Sabía que mi padre había hablado con él. También sabía lo que yo había hecho. Ambos lo sabían.

—Tú sabes quienes eran esos chicos, ¿verdad, Ari? —La señora Quintana había vuelto a su forma estricta. No es que me importara.

—Conozco a dos de ellos.

—¿Y los otros dos?

Pensé que podría hacer una broma y dije:

—Apuesto a que puedo hacerlos hablar.

La señora Quintana rió. Lo cual me tomó por sorpresa.

—Ari —dijo—. Eres un chico loco.

—Sí, supongo que lo soy.

—Todo es cuestión de lealtad —dijo.

—Sí, supongo.

—Pero Ari, pudiste haberte metido en muchos problemas.

—Estuvo mal. Sé que no fue lo correcto, pero solo lo hice. No puedo arreglarlo. Ellos nunca le harán nada a esos chicos, ¿verdad?

—Tal vez no.

—Exacto —exclamé—. Además, no es como si la policía estuviera trabajando en este caso.

—No me importan esos chicos, Ari. —Sam me miraba fijamente a los ojos—. Me preocupo por Dante y también por ti.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estoy bien —aclaré.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—¿No vas a ir a buscar a esos chicos?

—La idea pasó por mi cabeza

La señora Quintana no rió esta vez.

—Lo prometo.

—Eres mejor que eso —dijo.

Yo quería creerla.

—Pero no voy a pagar por la nariz rota de Julian.

—¿Ya le dijiste a tu papá?

—Todavía no. Pero solo le diré que si esos bastar... —Me detuve sin terminar aquella palabra. Había otras palabras que quería decir—. Si esos chicos no tienen que pagar por la estadía de Dante en el hospital, entonces yo no pagaré por la pequeña visita de Julian a emergencias. Si mi padre quiere hacerlo, por mí está bien.

La señora Quintana sonreía. No solía hacerlo muy a menudo.

—Cuéntame lo que te diga tu padre.

—Una última cosa. Julian puede llamar a la policía si él quiere. —Al igual que la señora Quintana, yo también sonreía—. ¿Crees que eso pueda pasar?

—Sabes bastante de la calle, ¿no es así, Ari? —Me gustó la expresión que tenía Sam en su rostro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sé cómo andar por ahí.

374



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Doce

Mi padre no discutió conmigo por no pagar la cuenta del hospital de Julian. Él me miró y dijo:

—Creo que decidiste arreglar esto fuera de la corte. —
Continuó asintiendo pensativamente—. Sam habló con aquella anciana.
Ni en un millón de años podría reconocer a esos chicos.

El padre de Julian vino a casa y tuvo una charla con el mío. No se veía muy alegre al irse.

Mi padre no vendió mi camioneta.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Trece

Parecía que Dante y yo no teníamos mucho que decirnos el uno a otro.

Tomaba prestado algunos libros de poemas de su papá y se los leía. En algún momento, él decía:

—Léelo una vez más. —Entonces lo hacía. No entiendo qué es lo que estaba mal entre nosotros en aquellos últimos días de verano. En algunos aspectos, nunca me había sentido tan cercano a él. Pero en otros, nunca habíamos estado tan separados.

Ninguno de nosotros volvió al trabajo. No sé. Supongo que después de todo lo que había pasado, todo aquello no tenía sentido.

Hice una mala broma un día:

—¿Por qué el verano siempre tiene que terminar con uno de nosotros golpeado hasta no poder más?

Ninguno de nosotros rió.

No llevaba a Piernas a verlo porque a ella le gustaba saltar sobre él y podría herirlo. Dante la extrañaba. Pero sabía que era lo correcto.

Una mañana fui a su casa y le mostré todas las fotografías de mi hermano. Le conté la historia tal y como la conocía, desde los recortes de periódico, hasta las preguntas que me respondía papá.

—¿Así que quieres escuchar todo el asunto? —pregunté.

—Solo dilo —dijo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Ambos estábamos cansados de la poesía, cansados de no hablar.

—Está bien. Mi hermano tenía unos 15 años. Estaba enojado, según lo que supe, siempre lo estaba. Sobre todo por mis hermanas. Supongo que él era malo o, solo, no sé, simplemente nació así. Una noche vagaba por las calles, buscando problemas. Papá decía que siempre los buscaba, una vez dijo: “Bernardo siempre buscaba problemas. Elegía estar con prostitutas”.

—¿De dónde sacaba dinero?

—No lo sé. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Cuando tenías 15 años. ¿Tenías dinero para una prostituta?

—Lo dices como si hubiera sido hace mucho tiempo. Diablos, yo apenas tenía dinero para un dulce.

—Ese es el punto.

Lo miré y dije:

—¿Puedo terminar?

—Lo siento.

—Resultó ser que la prostituta era un hombre.

—¿Qué?

—Era travesti.

—Guau.

—Sí, mi hermano se volvió balístico.

—¿Balístico? ¿Cómo?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Mató al hombre con sus puños.

Dante no sabía qué decir.

—Por Dios —soltó.

—Sí, lo sé.

Pasó bastante tiempo antes de que uno de los dos dijera algo más.

Finalmente, miré a Dante.

—¿Sabías lo que era un travesti?

—Sí, claro que lo sabía.

—Por supuesto que lo sabías.

—¿Acaso tú no?

—¿Cómo se supone que iba a saberlo?

—Eres tan inocente Ari. Lo sabes, ¿no?

—No tan inocente —digo—. La historia se vuelve aún más triste.

—¿Cómo es eso posible?

—Asesinó a alguien más.

Dante no dijo nada. Esperó a que terminara.

—Estaba en el centro de detención juvenil. Supongo que un día volvió a usar sus puños. Mamá tiene razón. Las cosas no desaparecen solo porque queremos que lo hagan.

—Lo siento Ari.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, pues, no hay nada que podamos hacer, ¿verdad? Pero es bueno, Dante. Quiero decir, no para mi hermano. No sé si alguna vez lo sea. Pero haberlo dicho, ya sabes, no guardármelo más. —Lo miré—. Tal vez algún día lo conozca.

Él estaba mirándome y dijo:

—Te ves como si quisieras llorar.

—No lo haré, solo es demasiado triste Dante. ¿Sabes qué más? Soy como él, eso creo.

—¿Por qué? ¿Solo porque rompiste la nariz de Julian Enriquez?

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Por qué no lo hiciste tú, Ari?

—No me siento orgulloso de mí mismo, Dante.

—¿Por qué?

—No lo sé. Él te hirió. Yo quería hacerlo también. Hice cálculos estúpidos en mi cabeza. —Lo miré—. El negro de tus ojos ya casi desaparece.

—Casi —dijo.

—¿Cómo siguen tus costillas?

—Mejor. Algunas noches es difícil dormir. Así que tomo una píldora contra el dolor. Lo odio.

—Serías un mal drogadicto.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tal vez no. En verdad me gustó la hierba.

—Quizá tu mamá debería entrevistarte para el libro que está escribiendo.

—Bueno, ella ya me hizo pasar por el infierno por eso.

—¿Cómo se enteró?

—Ya te lo había dicho. Es como Dios, lo sabe todo.

Traté de no reír pero no pude evitarlo. Dante rió también. Pero le dolía reír, por sus costillas.

—No eres como tu hermano —dijo.

—No lo sé, Dante. A veces pienso que nunca lograré entenderme. No soy como tú. Sabes exactamente quién eres.

—No siempre —dijo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te molesta que haya besado a Daniel?

—Yo creo que Daniel es un pedazo de mierda.

—No lo es. Es agradable. Es atractivo.

—¿Lo es? ¿Qué tan superficial te suena eso? Es un pedazo de mierda, Dante. Él solamente te dejó ahí.

—Suena como si te importase incluso más que a mí.

—Bueno, debería.

—Tú no hubieras hecho eso, ¿verdad?

—No.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Me alegra que hayas roto la nariz de Julian. —Ambos reímos.

—No le importas a Daniel.

—Él estaba asustado.

—¿Y qué? Todos lo estamos.

—Tú no, Ari. A ti no te asusta nada.

—Eso no es verdad. Pero no dejaría que te hicieran eso.

—Tal vez solo te gusta pelear, Ari.

—Tal vez.

Dante me miró, solamente me miró.

—Me estás mirando —dije.

—¿Puedo decirte un secreto, Ari?

—¿Puedo detenerte?

—No te gusta saber mis secretos.

—A veces me asustan.

Dante rió

—En realidad no estaba besando a Daniel. En mi cabeza te besaba a ti.

Me encogí de hombros

—Tienes que conseguirte una nueva cabeza, Dante.

Él se veía triste y dijo:

—Sí, supongo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

382



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Galorce

Me levanté muy temprano. Aún no salía el sol. La segunda semana de agosto. El verano estaba terminando. Al menos la parte del verano que no tenía que ver con la escuela. El último año. Y luego la vida. Tal vez esa era la forma en la que trabajaba. La secundaria solo era el prólogo de la novela real. Todos deben escribirte, pero cuando te gradúas, tú tienes que escribirte a ti mismo. En la graduación tienes que recoger todas las plumas de tus profesores y la de tus padres y luego tienes tu propia pluma. Y puedes hacer toda la escritura. Sí. ¿No es dulce?

Me levanté de mi cama y pasé mis dedos sobre las cicatrices de mis piernas. Cicatrices. Una señal de que habías sido herido. Una señal de que habías sanado.

¿Había sido herido?

¿Había sanado?

Tal vez vivimos entre ser heridos y sanar. Como mi padre. Creo que era ahí donde vivía. Entre ese espacio. En ese ecotono. Mi madre también, tal vez. Ella parecía haber enterrado a mi hermano en algún lugar profundo dentro de ella. Y ahora estaba intentando sacarlo. Pasé mi dedo de arriba a abajo por mis piernas.

383

Piernas descansaba allí conmigo. Mirando. *¿Qué ves, Piernas? ¿Qué ves? ¿Dónde vivías antes de venir conmigo? ¿Alguien también te lastimó?*

Otro verano estaba terminando.

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

¿Qué pasará luego de que esté graduado? ¿Universidad? Más aprendizaje. Tal vez podría mudarme a otra ciudad, a otro lugar. Tal vez los veranos serían diferentes en otro lugar.

384



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Quince

—¿Qué es lo que amas, Ari? ¿Qué es lo que realmente amas?

—Amo al desierto. Dios, amo al desierto.

—Es tan solitario.

—¿Lo es?

Dante no entendía. Yo *era* tan difícil de conocer.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dieciséis

Decidí ir a nadar. Llegué en el instante en el que la piscina abrió para poder nadar en paz antes de que se llenara. Los socorristas estaban allí, hablando de chicas. No les hice caso. Me ignoraron. Nadé y nadé hasta que mis piernas y mis pulmones dolieron. Luego me tomé un descanso. Entonces nadé y nadé un poco más. Sentí el agua sobre mi piel. Pensé en el día en que conocí a Dante. *¿Quieres que te enseñe a nadar?* Pensé en su voz chillona y en cómo había superado sus alergias, cómo su voz había cambiado y se había profundizado. La mía también. Pensé en lo que mi mamá había dicho. *Hablas como un hombre.* Era más fácil hablar como un hombre que ser uno.

Cuando salí de la piscina, me di cuenta que había una chica mirándome. Ella sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—Hola —la saludé.

—Hola. —Ella me devolvió el saludo—. ¿Vas a Austin?

—Sí.

Creo que ella quería seguir hablando. Pero yo no sabía qué decir a continuación.

—¿En qué año?

—Superior.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Soy una estudiante de segundo año.

—Te ves mayor —le dije.

Ella sonrió.

—Luzco un poco mayor.

—Yo no —le dije. Eso la hizo reír—. Adiós.

—Adiós —dijo ella.

Mayor. Hombre. ¿Qué significaban exactamente esas palabras de todos modos? Me acerqué a la casa de Dante y llamé a la puerta. Sam respondió.

—Hola —le dije.

Parecía relajado y feliz.

—Hola, Ari. ¿Dónde está Piernas?

—En casa. —Jalé la toalla húmeda que colgaba sobre mi hombro—. Fui a nadar.

—Dante se pondrá celoso.

—¿Cómo está?

—Bien. Cada vez mejor. No has venido a visitarnos por mucho tiempo. Te hemos echado de menos. —Hizo que entrara en la casa—. Está en su habitación. —Dudó un momento—. Él tiene compañía.

—Oh —dije—. Puedo volver más tarde.

—No te preocupes. Vamos para arriba.

—No quiero molestarlo.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No seas loco.

—Puedo volver. No es una gran cosa. Estaba volviendo de nadar.

—Es solo Daniel —dijo.

—¿Daniel?

Creo que se dio cuenta de la expresión de mi cara.

—No te cae muy bien, ¿verdad?

—El tipo que dejó a Dante plantado —le dije.

—No seas tan duro con la gente, Ari.

Eso realmente me hizo enojar, que él dijera eso.

—Dile a Dante que vine.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecisiete

—Mi papá me dijo que estabas enojado.

—No, no estoy enojado. —La puerta principal se encontraba abierta y Piernas le estaba ladrando a un perro que pasaba—. Solo un minuto —le dije—. ¡Piernas! Ya basta.

Tomé el teléfono de la cocina y me senté en la mesa.

—Está bien —respondí—. Mira, yo no estaba molesto.

—Creo que mi papá lo sabría.

—Está bien —le dije—. ¿Qué diferencia hace en esta mierda de situación?

—Ves. Estás molesto.

—Simplemente no estaba de humor para ver a tu amigo Daniel.

—¿Qué es lo que te hizo?

—Nada. Simplemente no me gusta el tipo.

—¿Por qué no podemos ser amigos?

—El hijo de puta te dejó allí para que murieras, Dante.

—Hemos hablado de ello. Está bien.

—Está bien, entonces. Bueno.

—Estás actuando raro.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Dante, estás tan lleno de mierda a veces, ¿lo sabías?

—Mira —dijo—. Hay una fiesta esta noche. Me gustaría que fueras.

—Te daré una respuesta más tarde —le dije. Colgué el teléfono. Bajé al sótano y levanté algunas pesas por un par de horas. Las levanté y levanté hasta que cada parte de mi cuerpo estaba sumida en el dolor.

El dolor no era tan malo.

Me di una ducha. Me acosté en mi cama y me quedé echado. Debí haberme quedado dormido. Cuando me desperté, Piernas tenía su cabeza apoyada en mi estómago. Seguí acariciándola. Oí la voz de mi madre en la habitación.

—¿Tienes hambre?

—Nah —le dije—. En realidad no.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Seis y media.

—Guau. Supongo que estaba cansado.

Ella me sonrió.

—¿Tal vez fue todo ese ejercicio?

—Supongo que sí.

—¿Ocurre algo?

—No.

—¿Seguro?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estoy cansado.

—Has estado levantando esas pesas demasiado, ¿no crees?

—No.

—Cuando estás molesto haces pesas.

—¿Esa es otra de tus teorías, mamá?

—Es más que una teoría, Ari.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dieciocho

—Dante llamó.
No respondí.
—¿Vas a devolverle la llamada?

—Claro.

—Sabes que has estado deprimido en casa durante los últimos cuatro o cinco días. Deprimido y levantando pesas.

Deprimido. Pensé en lo que Gina siempre decía de mí: *Chico melancólico*.

—No he estado deprimido. Y no he estado solo levantando pesas. He estado leyendo. Y pensando en Bernardo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué has estado pensando?

—Creo que quiero empezar a escribirle.

—Regresó todas mis cartas.

—¿En serio? Tal vez no regrese las mías.

—Tal vez no —dijo ella—. Vale la pena intentarlo. ¿Por qué no?

—¿Dejaste de escribirle?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí, lo hice, Ari. Me dolía mucho.

—Eso tiene sentido —le dije.

—Eso sí, solo no estés demasiado decepcionado, Ari, ¿de acuerdo? No hay que esperar demasiado. Tu padre fue a verlo una vez.

—¿Qué pasó?

—Tu hermano se negó a verlo.

—¿Acaso él te odia a ti y a papá?

—No. No lo creo. Creo que está enojado consigo mismo. Y creo que está avergonzado.

—Debe superarlo. —No sé por qué, pero me golpeé contra la pared. Mi madre me miró fijamente.

—Lo siento —le dije—. No sé por qué lo hice.

—¿Ari?

—¿Qué?

Había algo en su rostro. Esa seriedad, ese aspecto preocupado. No estaba enojada, no tenía la típica mirada que venía cuando ella jugaba a ser madre.

—¿Qué pasa, Ari?

—Lo dices como si tuvieras otra teoría acerca de mí.

—Puedes apostar tu culo a que la tengo —dijo. Pero su voz era tan agradable, amable y dulce. Ella se levantó de la mesa de la cocina y se sirvió una copa de vino.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Sacó dos cervezas y puso una de ellas frente a mí. Puso la otra en el centro de la mesa.

—Tu padre está leyendo. Creo que voy a ir a buscarlo.

—¿Qué pasa, mamá?

—Reunión familiar.

—¿Reunión familiar? ¿Qué es eso?

—Es una cosa nueva —dijo—. De ahora en adelante, vamos a tener muchas más de ellas.

—Me estás asustando, mamá.

—Bueno. —Ella salió de la cocina. Me quedé mirando la cerveza frente a mí. Toqué el vidrio frío. No sé si se suponía que debía beber de ella o simplemente mirarla. Tal vez todo era un truco. Mi mamá y mi papá entraron en la cocina. Ambos se sentaron frente a mí. Mi padre abrió su cerveza. Luego abrió la mía. Tomó un sorbo.

—¿Están burlándose de mí?

—Relájate —dijo mi padre. Tomó otro trago de su cerveza. Mi madre tomó un sorbo de su vino—. ¿No quieres compartir una cerveza con tu mamá y papá?

—En realidad no —le dije—. Va contra las reglas.

—Hay nuevas reglas —dijo mi madre.

—Una cerveza con tu viejo no va a matarte. No es como si no hubieras tomado una antes. ¿Cuál es el problema?

—Esto es muy raro —le dije. Tomé un trago de la cerveza—. ¿Feliz ahora?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Mi padre tenía una mirada muy seria en su rostro.

—¿Alguna vez te conté alguna de mis escaramuzas mientras estaba en Vietnam?

—Oh, sí —le dije—. Estaba pensando en todas esas historias de guerra que me contaste.

Mi padre se acercó y tomó mi mano entre las suyas.

—Me merecía eso. —Siguió apretando mi mano. Luego la soltó—. Estábamos en el norte. Norte de Da Nang.

—¿Ahí es donde estabas, Da Nang?

—Ese fue mi hogar lejos de casa. —Él me sonrió torcidamente—. Estábamos en una misión de reconocimiento. Las cosas estaban bastante tranquilas durante unos días. Era la temporada del monzón. Dios, yo odiaba esas lluvias interminables. Estábamos justo por delante de un convoy. El área había sido despejada. Estábamos allí para asegurarnos de que la costa estaba libre. Entonces se desató el infierno. Había balas por todo el lugar. Granadas por todos lados. Nos encontrábamos más o menos en una emboscada. No era la primera vez. Pero esa vez fue diferente.

»Hubo disparos desde todos los lados. Lo mejor que podías hacer era tirarte al suelo. Beckett pidió un helicóptero para sacarnos. Había un tipo. Un muy buen tipo. Dios, era tan joven. Diecinueve años de edad. Dios, era solo un niño. —Mi padre negó con la cabeza—. Su nombre era Louie. Un chico cajun de Lafayette. —Algunas lágrimas corrían por el rostro de mi padre. Tomó un sorbo de su cerveza—. No dejábamos a un hombre atrás. Esa era la regla. No dejes nunca a un hombre atrás. No dejes que un hombre muera. —Pude ver la expresión en la cara de mi



BENJAMIN ALIRE SAENZ

madre, su rechazo absoluto a llorar—. Recuerdo que corría hacia el helicóptero, Louie estaba justo detrás de mí, las balas volaban por todas partes. Pensé que era un hombre muerto. Y luego él cayó. Gritó mi nombre. Yo quería volver. No recuerdo exactamente, pero la última cosa que recuerdo es que Beckett estaba tirando de mí hacia el helicóptero. Yo ni siquiera sabía que me habían disparado. Lo dejamos ahí. Louie. Lo dejamos. —Vi a mi padre inclinarse sobre sus propios brazos y sollozar. Había algo en el sonido de ese hombre, en el dolor, que parecía el sonido de un animal herido. Mi corazón se rompió. Durante todo este tiempo, yo quería que mi padre me dijera algo sobre la guerra y ahora no podía soportar ver la crudeza de su dolor, cuán nuevo era después de tantos años, ¿cómo es que el dolor estaba vivo y próspero justo debajo de la superficie?

»No sé si yo creía en la guerra o no, Ari. No creo que lo hiciera. Pienso mucho en ello. Pero me inscribí. Y no sé lo que siento por este país. Yo sé que el único país que tenía eran los hombres que lucharon al lado del otro. Eran mi país, Ari. Ellos. Louie, Beckett, García, Al y Gio... eran mi país. No estoy orgulloso de todo lo que hice en esa guerra. No siempre fui un buen soldado. No siempre fui un buen hombre. La guerra hizo algo con nosotros. Conmigo. Con todos nosotros. Pero los hombres que dejamos atrás. Esos son los que están en mis sueños.

Bebí mi cerveza. Mi padre bebía de la suya. Mi madre bebía de su copa de vino. Todos estuvimos en silencio durante lo que pareció mucho tiempo.

396

—Los escucho a veces —dijo mi padre—. Louie. Lo oigo llamar mi nombre. Pero yo no vuelvo.

—Te podrían haber matado también —le susurré.



ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Tal vez. Pero no hice mi trabajo.

—Papá, no lo hagas. Por favor. —Sentí que mi madre se estiraba a través de la mesa, me peinó con sus manos y limpió mis lágrimas—. No tienes que hablar de eso papá. No tienes que.

—Tal vez lo hago. Tal vez es hora de detener los sueños. —Se inclinó hacia mi madre—. ¿No crees que es hora, Lilly?

Mi madre no dijo una palabra. Mi padre me sonrió.

—Hace unos minutos tu madre entró en la sala y sacó el libro que estaba leyendo de mis manos. Y dijo: *Habla con él. Habla con él, Jaime*. Puso esa voz fascista que tiene.

Mi madre se echó a reír en voz baja.

—Ari, es hora de que dejes de correr.

Miré a mi padre.

—¿De qué?

—¿No lo sabes?

—¿Qué?

—Si sigues corriendo, te matará.

—¿Qué, papá?

—Tú y Dante.

—¿Yo y Dante? —Miré a mi madre. Luego miré a mi padre.

—Dante te ama —dijo—. Eso es bastante obvio. No lo puede ocultar.

—No puede evitar lo que siente, papá.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No. No, no se puede.

—Y además, papá, creo que él ha conseguido superar eso. Por ese chico, Daniel.

Mi padre asintió.

—Ari, el problema no es solo que Dante está enamorado de ti. El verdadero problema para ti, de todos modos, es que estás enamorado de él.

No dije nada. Seguí mirando la cara de mi madre. Y luego la cara de mi padre.

No sabía qué decir.

—No estoy seguro, quiero decir, no creo que eso sea cierto. Quiero decir, yo no lo creo. Quiero decir...

—Ari, sé lo que veo. Le has salvado la vida. ¿Por qué crees que lo hiciste? ¿Por qué supones que, en un instante, sin siquiera pensar, te metiste en la calle y empujaste a Dante fuera del camino de un coche en movimiento? ¿Crees que eso suele pasar? Creo que no podías soportar la idea de perderlo. Simplemente no podías. ¿Por qué arriesgar tu propia vida para salvar a Dante si tú no lo amas?

—Porque es mi amigo.

—¿Y por qué te gustaría ir y mandar a la santa mierda a un tipo que le hace daño? ¿Por qué hiciste eso? Todos tus instintos, Ari, todos ellos, dime algo. Amas a ese chico.

Mantuve la mirada fija en la mesa.

—Creo que lo amas más de lo que puedes soportar.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Papá? Papá, no. No. No puedo. No puedo. ¿Por qué dices esas cosas?

—Porque no puedo soportar ver toda esa soledad que vive dentro de ti. Porque te quiero, Ari. —Mis padres me vieron llorar. Pensé que tal vez iba a llorar por siempre. Pero no lo hice. Cuando me detuve, tomé un gran trago de mi cerveza—. Papá, creo que me gustabas más cuando no hablabas. —Mi madre se echó a reír. Me encantaba su risa. Y entonces mi padre se rió. Y entonces me estaba riendo.

—¿Qué voy a hacer? Estoy tan avergonzado.

—¿Avergonzado de qué? —dijo mi madre—. ¿De amar a Dante?

—Soy un chico. Él es un chico. No es como las cosas se supone que deberían ser. Mamá.

—Lo sé —dijo—. Ophelia me enseñó algunas cosas, ¿sabes? Todas esas cartas. He aprendido algunas cosas. Y tu padre tiene razón. No puedes huir. No de Dante.

—Me odio.

—No lo hagas, *Amor. Te adoro*²⁷. Ya he perdido un hijo. No voy a perder otro. No estás solo, Ari. Sé que te sientes de esa manera. Pero no lo estás.

—¿Cómo puedes amarme tanto?

—¿Cómo podría no amarte? Tú eres el chico más bello del mundo.

—No lo soy.

—Lo eres, *lo eres*.

²⁷ Las palabras están escritas en español en el libro original.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—¿Qué voy a hacer?

La voz de mi padre era suave.

—Dante no huyó. Sigo imaginándolo recibiendo todos esos golpes. Pero él no huyó.

—Está bien —le dije. Por una vez en mi vida, entendí a mi padre perfectamente.

Y *él me* entendió.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diecinueve

—¿D^{ante?} —Estuve llamándote a diario durante los últimos cinco días.

—Tuve gripe.

—Es una broma de mal gusto. Que te jodan, Ari.

—¿Por qué estás tan enojado?

—¿Por qué estás *tú* tan enojado?

—No lo estoy.

—Así que tal vez ahora es mi turno de estar enfadado.

—Bueno, eso es justo. ¿Cómo esta Daniel?

—Eres un pedazo de mierda, Ari.

—No. Daniel es un pedazo de mierda.

—A él no le gustas.

—A mí tampoco me gusta. Así que, ¿él es como tu nuevo mejor amigo?

401

—Ni siquiera cerca.

—¿Se han estado besando?

—¿Qué significaría eso para ti?

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Solo preguntaba.

—No quiero darle un beso. Él no es nada para mí.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Es un egocéntrico y vanidoso pedazo de mierda. Tampoco es inteligente. A mamá no le gusta.

—¿Qué piensa Sam de él?

—Papá no cuenta. A él le gusta todo el mundo.

Eso realmente me hizo reír.

—No te rías. ¿Por qué estabas enfadado?

—Podemos hablar de eso —dije.

—Sí, como eres tan bueno en eso.

—Dame un respiro, Dante.

—Está bien.

—Bueno. Entonces, ¿qué harás esta noche?

—Nuestros padres se van de bolos.

—¿Ellos?

—Hablan mucho.

—¿Lo hacen?

—¿Todavía no te diste cuenta?

—Supongo que soy un poco distante a veces.

—¿Solo un poco?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Estoy tratando aquí, Dante.

—Di que lo sientes. No me gusta la gente que no sabe cómo decir que lo sienten.

—Bueno. Lo siento.

—De acuerdo. —Me di cuenta estaba sonriendo—. Ellos quieren que vayamos juntos.

—¿Bolos?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Diez

Dante estaba sentado en el pórtico, esperando. Bajó por las escaleras y subió a mi camioneta.

—Los bolos parecen muy aburridos.

—¿Alguna vez has ido?

—Por supuesto que he ido. Solo que no soy muy bueno.

—¿Tienes que serlo en todo?

—Sí.

—Supéralo. Tal vez tengamos un poco de diversión.

—¿Desde cuándo quieres pasar el rato con tus padres?

—Ellos están bien —dije—. Son buenos. Algo que dijiste me hizo cambiar de opinión.

—¿Qué dije?

—Que nunca salías de casa porque estabas loco por tus padres. Pensé que era extraño que alguien dijera eso. Es decir, no es normal. Creía que tus padres eran alienígenas, supongo.

—No lo son. Son solo personas.

—Sí. Sabes, creo que he cambiado de opinión acerca de mis padres.

—¿Quieres decir que estás loco por ellos?



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Sí. Supongo que sí. —Arranqué la camioneta—. También soy una mierda jugando a los bolos. Para que lo sepas.

—Apuesto a que somos mejores que nuestras madres.

—Seguro que lo somos.

Nos reímos. Cuando llegamos a la bolera, Dante me miró y dijo:

—Le conté a mamá y papá que yo nunca, nunca querría besar a otro chico por el resto de mi vida.

—¿Les dijiste eso?

—Sí.

—¿Qué dijeron?

—Papá no podía creerlo.

—¿Qué dijo tu mamá?

—No mucho. Dijo que conocía un buen terapeuta. *Él te ayudará a aceptarlo.* Y después dijo: *A menos que quieras hablar conmigo en su lugar.*

Él me miraba. Comenzamos a reírnos.

—Tu madre —dije—. Me gusta.

—Es dura como el infierno —dijo—. Pero gentil, también.

—Sí —dije—. Me he dado cuenta.

—Nuestros padres son realmente extraños —dijo.

—¿Porque ellos nos aman? Eso no es tan raro.

—La forma en cómo nos aman es extraña.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—Hermosa —dije.

Dante me miró y dijo:

—Tú estás diferente.

—¿Cómo?

—No lo sé. Actúas diferente.

—¿Raro?

—Sí, raro. Pero en un buen sentido.

—Bueno —dije—. Yo siempre quise ser raro en el buen sentido.

Creo que nuestros padres estaban muy sorprendidos al ver que habíamos llegado. Bebían cerveza, mientras que nuestras madres bebían 7UP. Sus puntuaciones eran pésimas. Sam sonrió y dijo:

—No creía que ustedes en realidad aparecieran.

—Nos aburríamos —dije.

—Me gustabas más cuando no eras tan sabelotodo.

—Lo siento —me disculpé.

Fue divertido. La pasamos genial. Resultó que era el mejor jugador de bolos. Hice 120 puntos. Y mi tercer juego fue de 135 puntos. Sorprendente, en realidad, si piensas en ello. Aunque el resto de ellos realmente apestaban. Especialmente mamá y la señora Quintana. Hablaban demasiado y reían mucho. Dante y yo seguíamos mirándonos el uno al otro y sonriendo.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Veintuno

Cuando Dante y yo salimos de los bolos, conduje la camioneta hacia el desierto.

—¿A dónde vamos?

—A mi lugar favorito.

Dante estaba tranquilo.

—Es tarde.

—¿Estás cansado?

—Más o menos.

—Son solo las diez. Hay que levantarse temprano, ¿verdad?

—Presumido.

—A menos que quieras ir a casa.

—No.

—Está bien.

Dante no puso nada de música. Hojeó mi caja llena de cassette, pero no podía decidirse por cuál. No me molestaba la tranquilidad. Nos fuimos al desierto. Dante y yo. Sin decir nada. Aparqué en mi lugar habitual.

—Me gusta estar aquí —dije.

Podía oír los latidos de mi propio corazón.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

Dante no decía nada. Toqué las zapatillas de tenis que había olvidado que colgaban de mi espejo retrovisor.

—Me encantan estas cosas —dije.

—Amas un montón de cosas, ¿no?

—Suenas enfadado. Pensé que no lo estabas.

—Creo que lo estoy.

—Lo siento. Dije que lo sentía.

—No puedo hacer esto, Ari —dijo.

—¿No puedes hacer qué?

—Todo este asunto de ser amigos. No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—¿Tengo que explicártelo?

No respondí. Se bajó de la camioneta y cerró la puerta. Salí detrás de él.

—Espera—dije, tocándole el hombro.

Él me empujó.

—No me gusta que me toques.

Nos quedamos allí por mucho tiempo. Ninguno de los dos dijo nada. Me sentía pequeño, despreciable y también incapaz. Odiaba sentirme de esta manera. Iba a dejar de sentirme así. Iba a detenerlo.

—¿Dante?

—¿Qué? —Podía escuchar el enojo en su voz.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No te enojés.

—No sé qué hacer, Ari.

—¿Recuerdas aquella vez que me besaste?

—Sí.

—¿Recuerdas que dije que no funcionaba para mí?

—¿Por qué me lo mencionas? Lo recuerdo. Maldita sea, Ari, ¿pensaste que lo olvidaría?

—Nunca te he visto tan enfadado.

—No quiero hablar de eso, Ari. Solo me hace sentir mal.

—¿Qué dije cuando me besaste?

—Dijiste que no funcionaba para ti.

—Mentí.

Él me miró.

—No juegues conmigo, Ari.

—No lo hago.

Lo tomé de los hombros. Lo observé, y el también a mí.

—Tú dijiste que yo no tenía miedo a nada. Eso no es verdad. Eres tú lo que me da miedo. Temo por nosotros, Dante. —Tomé una respiración profunda—. Trata de nuevo —dije—. Bésame.

—No —dijo.

—Bésame.



BENJAMIN ALIRE SAENZ

—No. —Y luego sonrió—. *Tú bésame.*

Puse mi mano en su cuello. Lo atraje hacia mí. Y lo besé. Nos besamos mucho. Él me correspondía besándome de nuevo. Nos reímos y hablamos mientras mirábamos las estrellas.

—Me hubiera gustado que estuviera lloviendo —dijo.

—No necesito la lluvia —dije—. Te necesito a ti.

Trazaba su nombre en mi espalda, y yo lo hacía en la suya. Durante todo el rato.

Esto era lo que estaba mal conmigo. Todo este tiempo había estado tratando de averiguar los secretos del Universo, de mi propio cuerpo y de mi corazón. Todas las respuestas siempre habían estado tan cerca sin siquiera saberlo. Desde el momento en que conocí a Dante me había enamorado de él. Simplemente no pude evitarlo, ¿saben? Creo que solo lo supe. Mi padre tenía razón. Y era verdad lo que decía mi madre. Todos peleamos nuestras propias guerras privadas. Como Dante y yo tumbados sobre la espalda en la parte trasera de mi camioneta, mirando las estrellas del verano, era libre. Imagínense eso. Aristotle Mendoza, alguien libre. No tendría miedo nunca más. Pensé en esa expresión en la cara de mamá cuando le dije que sentía vergüenza. Pensé en esa mirada de amor y compasión que traía y en como ella me miró y dijo: *¿Avergonzado? ¿De amar a Dante?*

Tomé la mano de Dante y la sostuve.

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Fin

411

ARISTOTLE AND DANTE
discover the secrets of the Universe

Love For Silver Books-Gold Books-Cúpula de Libros

BENJAMIN ALIRE SAENZ

Poemas

⁶*Primera parte, capítulo cinco*

Muerte

William Carlos Williams

Él está muerto
el perro ya no tendrá que
dormir en sus papas
para evitar que se
congelen

Él está muerto
el viejo bastardo...
Él es un bastardo porque

Ya no hay nada
legítimo en él
él está muerto
Él está moribundo

Él es
un curioso olvidado de Dios
sin
ningún aliento en eso

Él no es nada
él está muerto
encogido en la piel

Pon su cabeza en
una silla y sus
pies en otra y
él se quedara ahí
como un acróbata...

El amor está vencido. Él
lo venció. Por eso
es insufrible...

porque
está aquí necesitan una
afeitada y hacer el amor
un gruñido interior
de angustia y derrota...

él ha salido del hombre
y él ha dejado
el hombre irse...
el mentiroso

Muerto
sus ojos
rodaron fuera de
la luz... una burla

la cual
el amor no puede tocar...

solo enterrar
y esconder su rostro
por vergüenza

Juventud

W. S. Merwin

A pesar de toda la juventud te estaba buscando a ti
sin saber lo que estaba buscando

o cómo llamarte pienso que no
siquiera saber qué estaba buscando cómo

podría haberlo sabido cuando te vi como lo hice
tiempo después cuando tu apareciste ante mí

como lo hiciste desnuda ofreciéndote
completamente al momento y me permitiste

respirarte tocarte probarte sabiendo
nada más de lo que yo sabía y solo cuando

comencé a pensar en perderte pude
reconocerte cuando ya eras

parte recuerdo parte distancia que permanece
mía en las formas que comencé a extrañarte

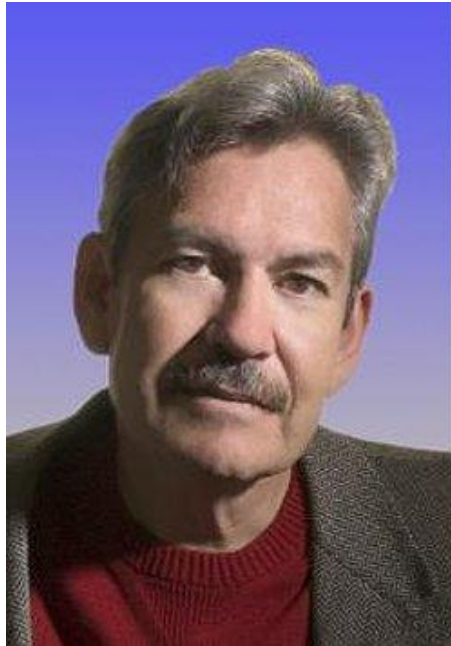
de lo que no podemos mantener las estrellas se hacen

Agradecimientos

Tenía dudas acerca de la redacción de este libro. De hecho, después de haber terminado el primer capítulo o así, casi me había decidido a abandonar el proyecto. Pero tengo suerte y he estado lo suficientemente bendecido de estar rodeado de gente comprometida, valiente, con talento, inteligentes y que me inspiraron a terminar lo que empecé. Este libro no se habría escrito sin ellos. Así que aquí está mi pequeña y, sin duda, incompleta lista de las personas a las que me gustaría dar las gracias: Patty Moosebrugger, gran agente, gran amiga. Daniel y Sasha Chacón por su gran afecto y su creencia de que tenía que escribir este libro. Para Héctor, Annie, Ginny y Barbara, que siempre han estado ahí. Mi editor, David Gale, que creyó en mi libro y todo el equipo de Simon & Schuster, especialmente Navah Wolfe. Mis colegas en el Departamento de Escritura Creativa, cuyo trabajo y generosidad continuamente me retan a ser un mejor escritor y mejor persona. Y, por último, me gustaría dar las gracias a mis estudiantes, pasados y presentes, que me recuerdan que el lenguaje y la escritura siempre importarán. Mi agradecimiento a todos ustedes.

Sobre el autor

Benjamin Alire Sáenz



Benjamin Alire Sáenz (nacido el 16 de agosto de 1954) es un poeta, novelista y escritor de libros infantiles. Nació en Picacho, Nuevo México. Se graduó en Humanidades y Filosofía en 1972; estudió teología en la Universidad de Louvain en Leuven, Bélgica (1977-1981). Fue pastor por una época en El Paso, Texas antes de dejar su orden.

En 1985 estudió Inglés y Escritura Creativa en la Universidad de Texas en El Paso. En la Universidad de Iowa y la Universidad de Stanford consiguió un doctorado en Literatura Americana. Ha ganado varios premios con sus novelas.

Actualmente enseña en el Departamento de Escritura Creativa en la Universidad de Texas en El Paso.



Moderadoras de Traducción

PrisAlvS	Michelle M	Rashel Melbourne
----------	------------	------------------

Traducción

PrisAlvS	Peke-Pink	Rashel Melbourne
----------	-----------	------------------

Kypchy	JustSmileJ	Hiram J. González
--------	------------	-------------------

Auroo_J	TamiMiau	Maka
---------	----------	------

vals<3	Vicky	Angelline Ramos
--------	-------	-----------------

elicqm	Rachelly	André
--------	----------	-------

EnithCrystal	Diss Herzig	Cami Montenegro
--------------	-------------	-----------------

Walkiria	Domy	Sol Torruella
----------	------	---------------

Claryvslove	Melii	Romyss
-------------	-------	--------

Michelle M	Virginia Salinas	Andre Perez
------------	------------------	-------------

Lu_Rodríguez	Angie Koncurat	Guillermina López
--------------	----------------	-------------------

Recopilación y Revisión

Celesmg	PrisAlvS
---------	----------

Corrección

PrisAlvS	Lu_Rodriguez	Pagan Moore
----------	--------------	-------------

Celesmg	Amélie	Grizelda DC
---------	--------	-------------

Pily	Vicky
------	-------

Diseño Rashel Melbourne

Traducido, corregido y
diseñado en:

